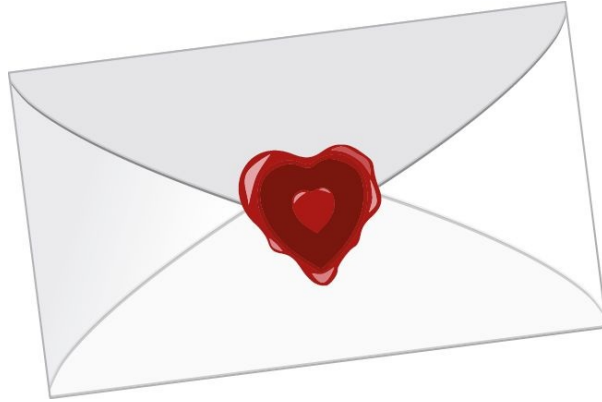




EL PRECIO DEL
ORGULLO

Ana B. López

El precio del orgullo



Ana B. López

Capítulo 1



Tras más de dos años de negociaciones con el rey para conseguir que firmara una cédula en la que le permitiera crear su empresa, Juan Jorge Graubner había cumplido su sueño el mes de febrero de 1773.

Parado frente al gran edificio, el ingeniero admiraba con orgullo el proyecto terminado en el que tanto dinero había invertido. Por fin, la había puesto en funcionamiento y, en ese momento, se detuvo a observar a los obreros que entraban a la fábrica. Antes de comenzar el proyecto, sabía que la distancia entre el pueblo y su lugar de trabajo era demasiado larga y más de un obrero, especialmente los de edad más avanzada, llegaban cansados de la gran caminata. Fue por eso por lo que meses atrás decidió construir casas alrededor de la fábrica para que no tuvieran que desplazarse. El día anterior habían llegado más de la mitad de los obreros al nuevo pueblo y se habían instalado con rapidez. El resto de trabajadores haría lo mismo tarde o temprano.

Graubner sonrió de lado cuando escuchó el sonido del reloj marcando las ocho de la mañana. En ese mismo momento, un soplo de aire desordenó sus bien peinados cabellos. El color castaño oscuro de estos contrastaba con la palidez de su rostro y sus rojizos labios. Sus grandes manos blancas volvieron a peinar su pelo, dejándolo como si ese soplo de aire jamás hubiera existido.

Era un hombre demasiado atractivo a pesar de que le faltaban apenas tres años para entrar en la cuarentena. Sus increíbles ojos verdes querían acaparar con una sola mirada todo el edificio que tenía ante él. La mandíbula tan marcada y endurecida le proporcionaba un aspecto altanero y orgulloso, propio de las personas que descendían de familias adineradas y nobles. Aunque puede que también ayudara a eso su alta y esbelta estatura, además del traje negro hecho a su medida y el chaquetón del mismo color que llevaba encima para alejar los últimos coletazos del invierno.

—¿No piensas entrar? —escuchó una voz masculina a su espalda.

Joseph Axel, maestro tirador de alambres de la fábrica y amigo personal de Graubner, se encontraba detrás de él, sonriendo como hacía mucho que no lo veía. Se trataba de un hombre de estatura más baja que su amigo y con varios kilos más que él. Gran parte de su pelo lo había perdido con el paso del tiempo, aunque se podía vislumbrar aún su color negro.

—Estoy disfrutando de lo que tengo ante mí —contestó Graubner con un ligero acento austríaco.

Y no era para menos. Una extensión inmensa de tierra se había convertido en el sueño de su vida: una fábrica de latón. Ocho arcos de piedra parecían indicar el camino hacia la puerta principal, para la cual había que subir varios escalones y atravesar un pequeño patio.

La oficina principal y el despacho del dueño se encontraban en el segundo piso, lejos del ruido constante de las máquinas y de las voces de los capataces. En ese lugar, Graubner se encerraba durante horas para hacer cuentas y firmar los muchos papeles que después debía enviar al vecino pueblo de Alcaraz.

No obstante, ese día se sentía diferente. Veía todo a su alrededor con otros ojos y de manera distinta hasta entonces. Desde que llegó, no se había preocupado de otra cosa que no fuera el inicio de las obras de la fábrica y la puesta en funcionamiento de esta. Su carácter decidido y exigente provocó, más de una vez, alguna discusión con los constructores para que se dieran la mayor prisa posible en el levantamiento del edificio y, sin embargo, ese día no se sentía con fuerzas para entrar.

—Debemos contratar a más obreros en el pueblo —comentó su amigo—. Los pedidos están subiendo y apenas damos abasto.

—Está bien —cedió—, pero ocúpate tú de eso hoy. Yo tengo que hacer otras gestiones en el pueblo.

El gesto de Joseph indicaba que no creía en lo más mínimo lo que acababa de decirle, pero decidió dejarlo marchar. Lo conocía bastante bien y sabía que algo le rondaba por la cabeza. Sin embargo, su carácter orgulloso le impedía a Graubner contarle lo que ocurría, por lo que dio media vuelta y entró rápidamente a la fábrica para intentar calentar sus huesos en el fuego de la chimenea.

Por otro lado, Graubner se dirigió al viejo Riópar para hacer lo mismo que había hecho durante los últimos dos días: esconderse tras una esquina para poder

verla sin que nadie le preguntara lo que estaba haciendo.

La colina sobre la que se situaba el pueblo siempre lo había exasperado. Por muchos años que viviera, jamás entendería por qué levantaron un pueblo en lo más alto del cerro, pero en ese momento ni la colina ni los problemas que tenía con el ayuntamiento alcaraceño menguarían los rápidos latidos de su corazón.

Una vez en la plaza del pueblo, se sentó en un lugar apartado de la vista de los habitantes, pero desde el cual veía a la perfección la fuente del arco. Faltaba poco para que ella saliera de casa en busca de agua como hacía todos los días.

—Buenos días, señor Graubner —lo interrumpió una voz.

Se trataba de un joven del pueblo al que a veces había visto rondar a la muchacha que él esperaba. Nunca le había caído bien y no le gustaban las intenciones que tenía con ella.

Lo odió en ese instante por interrumpirlo.

—Lo mismo te deseo —contestó con sequedad.

—¿Cómo es que no está en la fábrica, señor?

—Eso no es asunto tuyo, muchacho —respondió altanero—. Y ahora déjame que tengo mejores cosas que hacer.

—Es que yo venía a ofrecerme como obrero para su fábrica. Me gustaría aprender un oficio distinto al del campo y estoy interesado en los objetos que realizan allí en el nuevo pueblo.

Graubner, que ya había vislumbrado a la joven, se giró de golpe hacia el oportunista.

—¿Realmente quieres trabajar en algo tan duro? —el joven asintió—. Pues espero que mis maestros ingenieros te vean allí en menos de media hora o jamás entrarás a trabajar en mi fábrica. Así que estás perdiendo el tiempo, muchacho.

Como si hubiera aparecido un resorte en sus pies, el joven marchó corriendo colina abajo en dirección al nuevo pueblo para llegar lo antes posible a su lugar de trabajo.

Graubner suspiró irritado, aunque su enfado salió de su mente de la misma forma en la que había aparecido. Sin embargo, a su corazón llegaron sentimientos que jamás había experimentado. Por eso, le llamaba la atención esa joven muchacha. Siempre se había considerado una persona atrevida que

apostaba lo que tuviera con valentía y sin miedo a las consecuencias de sus actos. No obstante, en ese momento, un ligero temblor de manos dejaba visible que no era tan hermético como quería hacer ver a todo el mundo, sino que se trataba de una persona mucho más humana de lo que aparentaba.

Se levantó del banco de madera y, tras arreglarse su ya peinado pelo y recolocarse el abrigo negro, se dirigió hacia la fuente del arco con pasos lentos, pero seguros. En ella, una larga escalinata impedía ver el grifo por el que salía abundante agua de la sierra y no se lograba ver nada hasta que no se estaba en lo alto de la escalera, por lo que allí estaría a salvo de miradas indiscretas.

La joven estaba de espaldas a él llenando dos cántaros de agua. Su pelo largo se extendía como una cascada hasta la mitad de su espalda y el color negro brillaba con los tímidos rayos del sol que se filtraban entre las nubes. Su vestido, algo rudimentario y discreto, marcaba todas y cada una de sus curvas, especialmente en aquellos lugares donde más carne sobresalía de su cuerpo gracias al corsé.

Ella, ajena a las miradas de Graubner, seguía llenando los cántaros, cantando una canción popular de cuna. El suave timbre de su voz llegaba a los oídos del ingeniero, que lo recibía como si se tratase de música celestial.

Graubner carraspeó para hacerse notar, aunque sin ningún resultado, ya que la chica estaba completamente inmersa en su canción y en sus tareas. Cuando terminó de llenar el segundo recipiente, cogió este con fuerza y se dio media vuelta dispuesta a regresar a por el otro cuando hubiera llegado a su casa. Sin embargo, la sombra que se proyectaba sobre ella desde el comienzo de las escaleras la asustó y, sin querer, soltó el cántaro, que estalló en pedazos cuando chocó contra las piedras.

—¿Pero se puede saber qué hace usted ahí? —su dulce rostro se tornó en ira cuando pudo al fin hablar—. Me ha dado un susto de muerte, señor.

Graubner no contestó enseguida, tan solo la miraba. Bajó las escaleras hasta ponerse a la altura de aquel rostro angelical.

—Lo siento —las palabras le sonaron raras cuando salieron de su boca—. No era mi intención asustarla. Tan solo miraba lo que hacía.

Los ojos de ambos se cruzaron un instante, pero ella pareció ver algo en su mirada que la hizo sonrojarse toda.

—Yo... creo que será mejor que regrese a casa, señor —tartamudeó—. No quiero que mi padre se preocupe.

—¡Espere! —la sorprendió él—. ¿Podría decirme cómo se llama?

—¿Qué hará usted con mi nombre después de saberlo? —le preguntó mientras recogía el otro recipiente del suelo.

A pesar de su pregunta, la joven no esperó a que le diera respuesta alguna y subió las escaleras ágilmente, dejando a Graubner sin palabras por primera vez en su vida.

Capítulo 2



Durante el resto de la semana, Graubner decidió no ir al que habían bautizado como Riópar Viejo, puesto que casi todos los habitantes del pueblo se mudaron a las casas que él había mandado construir, ni tampoco para cruzarse con aquella muchacha de rostro angelical y fuerte carácter. Nadie, durante sus más de treinta años, había tenido el valor de tratarlo de aquella manera y tuvo que llegar a Riópar para que aquella joven pisoteara su orgullo y lo arrastrara por la fuente del arco. A pesar de eso, no podía dejar de pensar en ella. Su corazón deseaba encontrársela otra vez por las calles del pueblo nuevo.

—¿Piensas en las musarañas, amigo? —le preguntó Joseph—. Pareces distraído últimamente.

Ambos se encontraban reunidos en el despacho desde hacía más de una hora, discutiendo sobre los presupuestos de los que disponían por culpa de la orden del rey al obligar al pueblo de Alcaraz a pagar una comisión a la fábrica de latón.

—Disculpa, no te estaba haciendo caso.

—Ya me he dado cuenta, Jorge —lo llamó por su nombre de pila—. Toda esta semana estás ausente. Si tienes algún problema, puedes decírmelo y ambos buscaremos una solución.

—Creo que no hay solución para lo que me ocurre.

Graubner se levantó de la silla y caminó despacio hasta la ventana, por la que se asomó con la esperanza de verla. Tras unos minutos de silencio, que aprovechó para poner en orden sus pensamientos, se giró hacia su amigo y le confesó sus sentimientos.

—No sé cómo explicar algo que siento —comenzó despacio.

—¿Un dolor? —se preocupó Joseph.

—Sí, un dolor en el pecho cada vez que veo a una persona. Hace un par de

semanas fui al viejo pueblo a hablar con uno de los maestros ingenieros de la fábrica. Y cuando salí de su casa vi a... a una joven que se dirigía a la fuente a por agua.

—¿Una campesina? —le preguntó con un resoplido—. Amigo, tu posición te permite aspirar a algo más.

—Pero no quiero nada más —volvió a sentarse con el gesto contrariado—. Tú no la has visto, pero es la mujer más bella que he conocido. Sin embargo...

Ladeó la cabeza mientras miraba el suelo pensando en lo que había ocurrido días antes.

—¿Qué? ¿Te ha rechazado? —se sorprendió.

Graubner asintió malhumorado porque le avergonzaba afirmar que una muchacha así lo hubiera derrotado por primera vez en su vida.

—Entonces no merece la pena seguir pensando en ella. Hay muchas más mujeres en el pueblo o incluso en Viena si regresas algún día.

—Pero no habrá ninguna como ella —susurró pensativo—. Hay algo que me atrae y no puedo dejar de pensar en esa muchacha.

Joseph observó a su amigo detenidamente. Su gesto y sus ojos le indicaban que, fuera quien fuera la mujer, se había enamorado perdidamente de ella y muy poco se podía hacer para intentar que la olvidara. Sabía que su amigo sufriría por culpa de aquella mujer. Además, le dio la sensación de que no todo quedaría en un simple capricho. El corazón le comenzó a latir deprisa y supo que la joven sería la perdición de Graubner.

—¿Por qué no finges un encuentro con ella? —propuso—. Así podrías hacerte amigo suyo y conocerla.

—Hace unos días hubiera sido fácil, pero ahora que todo el mundo se ha mudado al nuevo pueblo no sé dónde encontrarla.

—El pueblo es pequeño, Jorge. Estoy seguro de que la encontrarás tarde o temprano.

Graubner dio por finalizada la conversación con un silencio turbador, que aprovechó para reordenar los libros de cuentas. Llevaba poco tiempo viviendo en el pueblo, pero ya había tenido más de un dolor de cabeza entre las cuentas de la fábrica y la misteriosa joven.

Apenas había podido dormir esa noche. Las palabras de su amigo Joseph rondaban por su cabeza y no parecían tener la intención de irse. Sabía que no merecía la pena seguir sufriendo por lo aquello que había empezado a sentir su corazón y que, gracias a su posición, podría tener cualquier otra muchacha. Sin embargo, él no quería a otra. La quería a ella, a la joven sin nombre, a la que había visto una y otra vez llenar el cántaro en la fuente del viejo pueblo.

Cansado de dar vueltas en la cama, se levantó y vistió para salir a pasear e intentar ordenar sus ideas. El sol apenas estaba levantándose en el horizonte cuando salió de la inmensa casa que había construido en tiempo record y que pronto la llamaron “Puerta del Arco”. Aún no sabía por qué los vecinos le habían dado ese nombre a su casa, pero le gustaba en demasía como para prohibirlo.

Enfrente de su casa se encontraban las viviendas que también había ordenado construir al mismo tiempo que la suya. La gran mayoría estaban hechas del material que más abundaba por esas tierras: piedra, el resto de casas tenía un material más pobre.

Cerró con llave la puerta de su casa y se dispuso a pasear por la calle que llevaba al otro lado de la fábrica. Siempre le había gustado dar largos paseos por los jardines de Viena y, desde que llegó a aquel lugar, se prometió no perder la costumbre.

—Así que usted es el famoso Juan Jorge Graubner —dijo una voz femenina cerca de él.

Se giró sorprendido de que hubiera alguna mujer despierta y deambulando sola por las calles del pueblo a esa hora tan temprana. Y, en ese mismo instante, su corazón pareció dejar de latir para después intentar salirse de su pecho.

Desde el otro lado de la calle, a tan solo unos metros de él, estaba la mujer que le quitaba el sueño, la que impedía que pudiera llevar la misma vida tranquila que había tenido hasta entonces, la que provocaba que no estuviera pendiente de lo que ocurría a su alrededor.

La joven sonreía dulcemente, aunque un poco burlona. Llevaba el pelo revuelto por la suave brisa y su indumentaria no había cambiado desde la última vez que la vio. Llevaba el mismo vestido, sin embargo, nada más cubría sus hombros ni la protegía del frío de la mañana.

—Sí, ese es mi nombre —contestó—. No obstante, yo no sé el suyo, muchacha.

La joven se acercó a él frotándose los brazos por el frío y castañeando los dientes sin parar. Por eso, en un gesto de caballerosidad, Graubner se quitó su abrigo negro y se lo puso sobre los hombros. En ese momento, el dulce olor de su pelo a jazmín penetró en él paralizándolo e impidiendo que apartara su cuerpo. Sin embargo, el pudor logró que la joven se alejara un paso intentando que el ingeniero no viera el rubor que le había subido a sus redondas mejillas.

—Mi nombre es Carmen, señor —suspiró agradeciendo el calor de su abrigo.

—Es un placer conocerla, Carmen —hizo una ligera inclinación que la sorprendió—. Y dígame, ¿qué hace una chica tan joven a estas horas por la calle? Podría encontrarse con algún maleante.

—No soy tan joven, señor. Tengo veinticinco años y sé defenderme. Además, tengo suerte de haberme encontrado con usted y no con algún ladrón.

Graubner sonrió y, mentalmente, agradeció que hubiera sido así. No obstante, una idea cruzó por su mente y no pudo resistirse a llevarla a cabo.

—¿Y quién le dice a usted que yo no soy un delincuente? —se acercó lentamente a ella mirándola directamente a los ojos—. Puede que haya salido de mi casa en busca de jovencitas como usted para aprovecharme de ellas.

Carmen retrocedió y la seguridad de la que antes gozaba la abandonó al instante, provocando en ella un incesante nerviosismo.

—Usted va a sacar al pueblo del atraso y le ha dado trabajo a todos los hombres en su fábrica —tartamudeó—. Eso lo hace ser buena persona.

—Eso no me hace ser nada, Carmen —sonrió de lado cuando la vio acorralada contra un árbol—. Ni bueno ni malo. Además, no puedes juzgar mi forma de ser porque no me conoces. Puedo ser un ladrón, un asesino o... algo peor.

Inclinó la cabeza hacia ella en un intento por besarla, pero Carmen, asustada por el rumbo que había tomado la conversación, se alejó de él y corrió hacia su casa que, para más inri, estaba justo enfrente de la casa de Graubner. Este rio a carcajadas por primera vez en mucho tiempo, contento por haber limpiado su orgullo del fango por el que la joven lo había arrastrado días atrás. De ahora en adelante, Carmen sabría a qué atenerse cuando tuviera la necesidad de hacer lo mismo que el día que se conocieron en la fuente.

Echó un vistazo por última vez a la casa de la joven. Se trataba de una de las

casas que él mismo había diseñado. Un pequeño jardín delantero antecedió a una casa en planta baja con ocho arcos de piedra sobre los que resguardarse de la lluvia. En cada uno de los arcos había una pequeña barandilla sobre la cual apoyarse cuando los dueños quisieran asomarse a la calle. Lo más característico era el gran arco que había dentro de la casa y que Graubner había mandado hacer a imagen y semejanza que el de la suya propia.

Una brisa de aire frío le recorrió el espinazo y echó de menos el abrigo que le había cedido a Carmen y que se había llevado con ella. Sonrió pensando que en algún momento se lo tenía que devolver, por lo que volvería a verla tarde o temprano.

Regresó a su casa dispuesto a desayunar algo antes de marchar a la fábrica para trabajar. Cuando media hora antes se había levantado para intentar ordenar sus pensamientos, no pensó en ningún momento que se encontraría con la joven y mucho menos que tendría una conversación con ella.

—Ha salido muy temprano, señor.

María, la mujer que había contratado para que limpiara su casa y le hiciera las comidas, lo miraba desde el final de las escaleras con un plumero en la mano. Se trataba de una mujer poco mayor que él, que no tenía dónde dormir ni quien pudiera ayudarla, y él se había ofrecido a darle cobijo a cambio de que trabajara en la casa.

—Usted también ha madrugado, María.

Ella sonrió y asintió. Desde que había llegado a su casa estaba muy agradecida por el trato y el trabajo que le daba. Se consideraba muy afortunada porque el ingeniero se había cruzado por su camino y la había sacado de la calle.

Graubner, por su parte, regresó a su habitación para cambiarse de nuevo la ropa y calentar sus huesos antes de marchar. No obstante, fue directamente a su ventana ya que esta se encontraba situada enfrente de la casa de Carmen. Se asomó por ella, pero el único movimiento que vio en la casa fue la salida de su padre, un hombre que trabajaba en su fábrica.

Se giró y fue directamente a su armario con una sonrisa de suficiencia en los labios. Tenía la sensación de que ese día sería diferente al resto. Y estaba totalmente en lo cierto.

Las máquinas llevaban más de una hora en funcionamiento y todos los

trabajadores estaban en sus puestos cuando Graubner llegó. Tal y como hacía la gran mayoría de los días, excepto cuando tenía que hacer cuentas, dio un paseo por las instalaciones para comprobar que todo estaba yendo a la perfección.

Varios de los maestros ingenieros que había contratado estaban sentados en sus pupitres ideando nuevas imágenes para poder hacerlas con el bronce y el latón con el que trabajaban. Estos lo saludaron con mucho respeto y una inclinación de cabeza cuando lo vieron. Por su parte, Graubner hizo lo mismo, aunque con un espíritu más altanero que ellos.

Cuando llegó a la habitación más grande, donde se encontraba la gran mayoría de las máquinas, todos los trabajadores se giraron para saludarlo. La gran sala se distribuía en pequeñas secciones donde los trabajadores se habían tenido que especializar. Un grupo se dedicaba a fabricar distintos tipos de grifería, cada una de ellas con un dibujo diferente, según los pedidos. Otros se dedicaban íntegramente a la elaboración de cuberterías para las casas más pudientes del país. Y así sucesivamente, según las máquinas que tuvieran delante.

A medida que avanzaba, Graubner fue sintiéndose cada vez más orgulloso de todo lo que había conseguido en tan poco tiempo, gracias a la ayuda del rey. Esa fábrica era uno de sus más grandes sueños desde que había visitado la mina de calamina cercana al emplazamiento en el que se encontraba.

Cuando entró a la habitación de pulido de los objetos recientemente fabricados, uno de los obreros se acercó a él para pedirle su opinión.

—Señor Graubner, esta es la loba de bronce que mandó fabricar para su casa —le expuso—. ¿Prefiere que la dejemos como está o le damos otro pulido?

—Déjenla tal cual está —respondió con su incansable sequedad que usaba con aquellos que le interrumpían.

Decidió subir a la oficina para comprobar si habían llegado ya los pedidos que le prometieron en la capital. Esa oficina era una habitación relativamente amplia en la que un mostrador de madera dividía el espacio y tras el cual pasaba gran parte del día su amigo Joseph, organizando los pedidos.

—No han llegado aún, Jorge, pero espero que lo hagan durante la mañana —le indicó.

—Lo prometieron hace ya quince días —se exasperó Graubner—. Unos

papeles no tardan tanto en recorrer la distancia desde Madrid.

—Puede que el mensajero se haya perdido. Esto no es tan fácil de encontrar como tú te crees. De todas formas, te avisaré en cuanto lo tenga sobre la mesa. Ahora, me parece que tienes visita en tu despacho.

Señaló la puerta de la habitación con una sonrisa enigmática en los labios. Graubner no supo interpretar ese gesto burlón y, para salir de dudas, se dirigió hacia su despacho. Sin embargo, antes de entrar, Joseph lo interrumpió con unas palabras que hicieron que su corazón latiese más deprisa de lo normal.

—Si quieres, le prohíbo a cualquiera la entrada a tu despacho. Puede que tengas algo mejor que hacer que enterrarte entre facturas y cuentas.

Joseph no pudo aguantar la risa y se carcajeó mientras veía a su amigo abrir la puerta y cruzar el umbral.

Graubner, por su parte, se quedó mudo cuando entró al estudio. Reaccionó enseguida y cerró la puerta rápidamente. Allí estaba Carmen con su abrigo negro en las manos. Se la veía incómoda por la situación y por tener que estar a solas con él en la habitación con la puerta cerrada después de lo que pudo haber ocurrido esa misma mañana.

—Yo... venía a traerle su abrigo, señor Graubner —carraspeó incómoda sin saber a dónde mirar.

—Vaya, pensaba que nunca volvería a verlo después de que huyera corriendo. Me parece que la ladrona era usted esta mañana.

—No soy ninguna ladrona, señor —se enfadó ella—. Fue usted quien me lo prestó.

—Podría denunciarla —hizo caso omiso a sus palabras— y acusarla de robar mi abrigo. Puesto que soy uno de los más ricos de la zona, estaría en prisión antes de que llegara la noche.

Carmen abrió los ojos sorprendida e indignada por lo que estaban escuchando sus oídos.

—¡Será posible! —exclamó—. ¡Eso es mentira, maldito embustero!

Le lanzó su abrigo a la cara, pero los reflejos de Graubner impidieron que le cayera encima.

—Y, además, ha pretendido atentar contra mí —chasqueó la lengua y negó

seriamente con la cabeza—. Le caerán varios años de cautiverio cuando la juzguen.

—¡Pero si yo no he hecho nada! —vociferó y le señaló con el dedo—. Es usted un maldito mentiroso.

Graubner vio cómo ella, enfadada, cruzaba la habitación en su dirección, aunque en realidad se dirigía hacia la puerta para marcharse de allí. Sin embargo, él fue más rápido y le cortó el paso, impidiendo así que pudiera llegar a tocar el pomo de bronce, fabricado en ese mismo lugar.

—¡Déjeme salir! —se apartó de él—. Venía a traerle su abrigo y ahí lo tiene, así que no tengo nada más que hablar.

—Pero yo no quiero que se marche aún. Me gustaría seguir disfrutando de su compañía.

—Me da igual lo que usted quiera. Yo no soy ninguno de sus obreros a los que puede ordenarles lo que tienen que hacer. Déjeme decirle que puede usted meterse sus palabras...

Carmen no pudo continuar. Graubner, cansado de escuchar sus continuos ataques, la besó. Posó sus manos en la cintura de ella para acercarla más a él y profundizó el beso unos segundos más.

Cuando la soltó, Carmen apenas podía hablar por la impresión que le había producido el beso. No esperó en ningún momento que Graubner actuaría así y, sin duda alguna, había roto todas sus defensas. Dio un paso atrás mientras se tocaba los labios que un segundo atrás habían sido besados y miró al ingeniero a los ojos sin poder articular palabra. Temblaba como una hoja porque nunca se había atrevido nadie a besarla con tanta intensidad y tuvo miedo de las consecuencias que pudiera acarrearle ese beso.

Graubner, también sorprendido por lo que acababa de hacer, sonreía ligeramente. No podía dejar de mirar sus labios carnosos e inocentes porque le hubiera gustado seguir besándolos. Era algo que tenía en mente desde hacía varios días, pero ahora que había pasado no sabía cómo reaccionar.

—¿Por qué ha hecho eso? —le preguntó Carmen en un susurro, que ya podía hablar de nuevo.

El sonido de su voz lo hizo reaccionar y la miró directamente a los ojos. En su mirada descubrió el mismo desconcierto que sentía él en su interior, pero se

recompuso rápidamente y cuadró los hombros para que Carmen no adivinara lo que albergaba su corazón. Por primera vez en su vida, tenía miedo de algo, y ese algo eran sus propios sentimientos.

—Ha sido un beso —respondió sin contestar realmente a lo que ella preguntó—. No tiene la menor importancia.

Cogió su abrigo del suelo y lo colgó de una percha que se encontraba al lado de la puerta.

—¡No me dé la espalda! Usted va de señoritingo y no es más que un vulgar...

—¿Un vulgar, qué? —cortó acercándose de una zancada—. Venga, no tenga miedo de decirlo.

Carmen miraba directamente a esos ojos verdes que le exigían una respuesta y que estaban a un solo palmo de ella. Su respiración había aumentado el ritmo porque no sabía si realmente quería acabar la frase. De hecho, no había pensado en lo que estaba diciendo hasta que él la cortó.

—Tengo que irme —fue su respuesta.

Lo rodeó y salió de la habitación con rapidez sin mirar atrás, como si huyera de algo que la estuviera persiguiendo.

Graubner tampoco se giró para verla marchar y, cuando escuchó el cierre de la puerta del despacho, derribó una silla de una patada. Estaba enfadado consigo mismo por haber actuado con tanta premura y sin pensar en lo que hacía, pero cada vez que estaba ante ella no podía pensar con claridad y no se sentía dueño de sus actos. Algo que podría acarrearle demasiados problemas debido a la diferencia de clases entre ambos y al título nobiliario que poseía y que pocas personas conocían.

Se miró en el pequeño espejo que él mismo colgó en la habitación cuando inauguró la fábrica, y no se reconoció. Algo había cambiado en él en tan solo una semana y sabía que, después de ese beso, nada volvería a ser igual. Su mundo, siempre calculado, había cambiado y la solidez del muro que levantó hacía muchos años se tambaleaba con la llegada a su vida de aquella joven.

Capítulo 3



Cuando Carmen llegó a su casa se encerró directamente en su habitación. No quería ver a nadie ni que nadie la viera en aquel estado con el que había regresado de la fábrica. Las manos le temblaban con insistencia y el sofoco le impedía respirar con normalidad. Las lágrimas acudieron a sus ojos sin que pudiera evitarlo y sin saber por qué se comportaba así.

Jamás se había fijado en los chicos del pueblo que alguna vez la habían rondado para intentar ganarse su amor y casarse con ella. Siempre pensó que si alguna vez se casaba sería por amor y no por el pacto que hiciera su padre con otro hombre. Odiaba el trato que, en ese sentido, se les daba a las mujeres, como si fueran un pedazo de carne que los padres vendían al mejor postor.

A pesar de eso, se sentía diferente desde hacía varios días, concretamente desde que se cruzó en su camino ese hombre enigmático y altanero. Su vida había dado un giro considerable. La mayor parte del tiempo se sentía vacía y solitaria; parecía que le faltaba algo a su vida para volver a sentirse viva. Y los únicos momentos en los que experimentaba la alegría de vivir fueron los pocos minutos que había pasado junto a ese ingeniero que la hacía exasperarse con un par de palabras.

“¿Qué me has hecho?”, pensó mientras la imagen del atractivo Juan Jorge Graubner se formaba en su mente.

Sentía miedo de sí misma, de lo que estaba empezando a aflorar en su interior. No conocía a ese hombre, ni siquiera sabía si podría ser bueno para ella, pero su corazón palpitaba por aquel extranjero desde la primera vez que lo vio en la fuente del arco y se desbocaba cuando lo veía. De hecho, esa mañana cuando salió a dar un paseo para disfrutar del rocío del amanecer pensó que se desmayaría cuando lo vio salir de su casa. Hasta entonces, no sabía quién era el hombre que la había abordado en la fuente días atrás porque jamás lo había visto. Y aunque sí escuchó hablar sobre él, en su mente no se materializaba su

imagen. Había escuchado las cosas buenas que traería al pueblo la nueva fábrica, los adelantos y, sobre todo, el inagotable trabajo para los habitantes de Riópar. Lo consideraban como un Dios desde que había puesto un pie en el pueblo. Sin embargo, después de conocerlo no sabía si cambiar la buena imagen que tenía de él. Para ella, seguía siendo un gran trabajador, pero como persona... la cosa cambiaba. Además, pensaba que un hombre de su categoría jamás se fijaría en una muchacha como ella, sin un real y teniéndose que partir el lomo para poder llevarse un trozo de pan a la boca.

Recordó lo que esa misma mañana había estado a punto de hacer, y más tarde acabó. Sus labios palpitaban aún por el beso. Llevó sus dedos hacia ellos en un intento por consolarlos y calmarlos, pero nada podía hacer para que dejaran de desear otro roce de sus labios. No sabía si él sentía lo mismo por ella o simplemente la había besado para hacerla callar y por capricho. Siempre había pensado que los hombres de alto estatus jamás se fijaban en las mujeres de pocos recursos, y si lo hacían era para desahogarse con ellas sin sentimiento alguno por su parte. Es por eso, por lo que su corazón lloraba, porque no sabía lo que sentía Graubner por ella y, desde luego, no estaba dispuesta a ser un juguete en sus manos.

Se levantó del suelo decidida a no pensar más en eso. Se prometió no sufrir por un amor que consideraba imposible. Tan solo el tiempo le daría la razón o le permitiría ser feliz junto a él.

Un par de horas más tarde, se encontraba preparando la comida cuando llegó su padre a casa.

—Hola, padre —le sonrió entusiasmada—. ¿Cómo ha ido el trabajo?

—Mal —su enfado era evidente—. No sé qué le pasa hoy al amo, pero está de un humor de perros. Ha bajado dos veces en una sola mañana a revisar los trabajos en la sala de máquinas y vociferaba órdenes a todo el mundo. No sé qué le ha podido pasar.

—Se habrá levantado con el pie izquierdo —le sobrevino un vuelco al corazón—. No le hagas caso.

—No se trata de eso, porque es imposible no hacerle caso cuando estás tranquilamente trabajando y llega un niño bien vestido a decirte que no está bien lo que haces. ¡Me exasperan los ricos!

Carmen no le contestó porque estaba metida en sus pensamientos. ¿Por qué Graubner estaba de tan mal humor desde que ella había estado con él?, no dejaba

de preguntarse una y otra vez. Cuando no te importa lo que otra persona piense de ti, tu humor no tiene por qué cambiar. Entonces, ¿por qué el suyo sí había cambiado? ¿Acaso sentía algo por ella y le dolía lo que había estado a punto de llamarle?

Cuando se sentó en la silla, sacudió la cabeza para intentar alejar esos pensamientos de ella. Recordó la promesa que se había hecho un par de horas antes para no sufrir por él. Si estaba de mal humor, ¿a ella qué le importaba?

—Ayer vino a visitarte Mateo —interrumpió sus pensamientos.

Carmen fingió no haberlo escuchado.

—No me ignores, muchacha —le exigió.

—Lo siento, padre —se disculpó ella—, pero sabe que no quiero ni oír hablar de él.

—Siempre os habéis llevado bien. ¿Qué ha cambiado ahora?

—Todo. Desde que sus sentimientos hacia mí cambiaron de la amistad al amor ya no me mira de la misma forma —le explicó—. Y eso me incomoda bastante.

Su padre suspiró con tristeza.

—A tu madre no le hubiera gustado verte soltera a tu edad. Te estás haciendo mayor.

—Padre, solo tengo veinticinco años. No pienso casarme con una persona a la que no amo. Prefiero quedarme sola para siempre antes de ser la esclava de un hombre.

—Mateo no te haría su esclava.

—Eso no lo sabe, padre.

—¡Ni tú tampoco! —se enfadó.

Carmen se levantó de la silla dispuesta a terminar con la conversación.

—Pues como no lo sabemos ninguno de los dos, ambos nos quedaremos con la duda.

—Has heredado la terquedad de tu madre —rumió.

Sin hacer caso a las palabras de su padre, Carmen salió de la casa y se dirigió

a las afueras del pueblo para intentar pensar con claridad y sin que nadie la interrumpiera. Siguió el camino del riachuelo que cruzaba el pueblo y enseguida dejó atrás las casas cuyas chimeneas humeaban sin cesar.

El silencio rodeaba aquel precioso paraje, aunque a veces era interrumpido por los rebaños de ovejas que pastaban por la zona. Carmen se sentó en una de las grandes piedras que se encontraban al lado del cauce del riachuelo. Su mente parecía no querer parar de pensar en todo lo que había ocurrido en tan solo unas horas. Se encontraba exhausta, cansada de tener que lidiar casi todos los días con su padre porque este quería casarla cuanto antes. Si su madre hubiera sobrevivido al parto, estaba segura de que le daría algún consejo con respecto a lo que le estaba pasando. Nunca le había ocurrido algo semejante y estaba confundida. A veces creía que se había vuelto loca y eso no había sucedido jamás. Sin embargo, las palpitaciones que le sobrevenían cuando pensaba en Graubner la convencían de que todo era real y no había soñado con el beso de aquella mañana.

—¿Es que ahora la voy a ver en todas partes? —escuchó la voz, que tanto deseaba oír, a su espalda—. Voy a empezar a pensar que me sigue.

Por un momento, pensó que esa voz estaba solamente en su cabeza y que la oyó porque estaba pensando en él. No obstante, la volvió a escuchar de nuevo y fue entonces cuando giró la cabeza para verlo.

—¿Tanto me odia que ha decidido ignorarme? Eso no me lo habían hecho nunca.

Carmen se levantó tan rápido que parecía tener un resorte en las nalgas, y a punto estuvo de caer al agua por culpa de los nervios que le sobrevinieron al ver a Graubner de pie mirándola con una sonrisa de autosuficiencia en los labios.

—Ni yo le odio ni le sigo. Tal vez sea usted el que lo hace —le contestó enfadada—. Además, yo he llegado antes.

—Discrepo —señaló una zona que estaba más baja—. Me encontraba allí y regresaba a casa para comer cuando he reparado en usted.

Sonrió enigmáticamente.

—Por cierto, me alegra saber que no me odia —abandonó el camino para acercarse a ella—. Así podré dormir más tranquilo.

—No le odio, pero tampoco me gusta su compañía. Así que usted por su lado y yo por el mío.

Le dio la espalda porque no quería que Graubner vislumbrara en sus ojos lo que en realidad sentía su corazón. Y es que realmente disfrutaba bastante de su compañía y le encantaba escuchar su voz, aunque fuera con un deje de ironía.

—No se le da la espalda a un señor. ¿No le han enseñado modales?

—Perdón, señor —exclamó con ironía, todavía dándole la espalda, pero mirándolo de reojo—, es que yo soy pobre y no tengo tanta educación como usted.

—Entonces me parece que le debo enseñar algo —escuchó que susurraba.

En un abrir y cerrar de ojos, sus manos se dirigieron a su cintura, posándolas después sobre el vientre de Carmen, que se había quedado completamente paralizada por el nerviosismo. Ella sintió la suavidad con la que su espalda chocó contra el pecho de Graubner y un olor a perfume masculino invadió sus sentidos. Posó sus manos sobre las de él en un intento por separarlas de su cuerpo, pero le encantaba demasiado el tacto como para apartarlas de ella.

Graubner aumentó la presión de sus manos para empujar su cuerpo y así girarla por lo que enseguida estuvieron cara a cara. El ritmo de ambas respiraciones se hizo visiblemente más rápido, al mismo tiempo que los sentimientos que intentaban ocultar en sus corazones salían disparados por sus ojos, que no podían apartarlos el uno del otro.

—Prefiero verte así y no de espaldas —susurró mientras acercaba su cara a la de Carmen—. Me encanta mirarte a los ojos.

Ella no contestó. Parecía que su mente se había bloqueado y no era dueña de sus actos porque cuando sus labios chocaron, sus temblorosas manos se aferraron a ese abrigo negro que ella misma había tenido sobre sus hombros esa misma mañana. Lo besó con la misma pasión con la que él lo hacía. Sentía que esos labios eran los que le daban la vida, los que le hacían desear que el tiempo se parase y ese momento no acabara nunca, los que la hacían temblar como una hoja en otoño.

Y, al mismo tiempo, los sentía culpables de su estado de ánimo. Por eso, se apartó de él con los ojos cerrados. Tenía miedo de mirarlo y descubrir una sonrisa irónica o burlona que hicieran de ese momento tan especial algo que deseara olvidar para siempre.

—¿Por qué cierras los ojos? —le preguntó Graubner.

—Porque tengo miedo de que te rías de mí —contestó en un susurro que a duras penas pudo escuchar—. Tú mismo lo has dicho antes: eres el señor y yo... yo no soy nadie.

—¿Eso es lo que realmente crees?

Cogió su mano derecha y la llevó directamente a su corazón, que palpitaba con tal intensidad que creyó que se le saldría del pecho.

—Si yo te considerara una mujer más, ¿crees que mi corazón palparía así? ¿Crees que me pararía aquí contigo?

—No lo sé, apenas te conozco.

Graubner le levantó la cara para mirarla directamente a los ojos.

—Pero yo sí te conozco. Eres la única hija de José García, uno de los trabajadores de mi fábrica. Tu madre murió muy joven, concretamente cuando te dio a luz. Has tenido a varios jóvenes del pueblo revoloteando a tu alrededor, pero nunca les has hecho el menor caso. Todos los días, a la misma hora, ibas a la fuente del arco del viejo pueblo para llenar los cántaros de agua porque a tu padre le gusta la frescura con la que el agua baja de la sierra y ahora mismo estás asombrada de las cosas que sé sobre ti.

Sonrió con las últimas palabras que le había dedicado.

—Tiene usted razón, señor Graubner —intentó burlarse, pero sus nervios se lo impidieron—, estoy asombrada. ¿Cómo se ha enterado de todo eso si me conoce tan solo un par de días?

—La conozco desde hace más tiempo. Hace más de una semana fui al viejo pueblo a hablar con un maestro de mi fábrica y vi que salía usted de su casa. Me... —carraspeó con incomodidad—, llamó la atención y reconozco que la seguí. Y así durante todos los días hasta que os habéis mudado aquí. Además, también le he preguntado al joven que la ronda.

—¿Y él te ha contado lo de mi madre? —se sorprendió Carmen.

—Sí, y también que siente algo por ti.

Carmen no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Le sorprendía enormemente que estuviera tan interesado en ella como para ir preguntando a los que la conocían, pero también que el que creía que era su amigo hubiera ido contando su vida.

—Creo que será mejor que regrese al pueblo —le comunicó cambiando de tema—. Mi padre podría estar preocupado.

—La acompaño, señorita Carmen —le ofreció su brazo.

—Llámeme solo Carmen, y tutéeme —su propio atrevimiento la sorprendió, pero le gustaba escuchar su nombre de sus labios.

Graubner asintió y le pidió a ella lo mismo. Sabía que en ese momento se estaba forjando ya no solo una amistad, sino un amor que rompería todas las barreras, un amor que creían que les daría toda la felicidad del mundo, un amor que daría mucho que hablar, y sería recordado para siempre.

Capítulo 4



Parecía que el tiempo se había detenido para concederles numerosos encuentros a escondidas. Todos y cada uno de los días, Graubner se escapaba de la fábrica para poder ver a Carmen, que se encontraba sola gracias a que su padre trabajaba hasta muy tarde. Habían pasado de los numerosos ataques a una amistad que estaba echando raíces en los corazones de ambos.

Dos semanas habían pasado desde su encuentro en el riachuelo y entre ellos no solo fue creándose una amistad, sino un cariño especial, un amor que ambos sentían con ferviente pasión, a pesar del poco tiempo que se conocían.

El mes de marzo estaba entrando y con él las incipientes lluvias que habían escaseado durante todo el invierno. Además, también se acercaban los plazos de entrega de dos de los pedidos de imágenes en bronce que se habían hecho desde Madrid. Es por ello, por lo que aquel primer día del mes Graubner no pudo reunirse con Carmen hasta bien entrada la noche.

Ambos habían llegado al acuerdo de quedar a escondidas para evitar los numerosos comentarios que de seguro se extenderían por el pueblo en cuanto descubrieran su relación, y también para evitar que el padre de Carmen no les permitiera pasar tiempo juntos dado que él era una persona perteneciente a otro estatus.

—Llegas tarde —le recriminó con cariño Carmen cuando lo vio llegar.

A pesar de eso, su enfado desapareció cuando tuvo ante ella a su amado. Este le sonrió con una tranquilidad casi desconocida incluso para él, a pesar del enfado que llevaba consigo. En esos momentos, no parecía ser el mismo que horas antes en la fábrica o por la calle. Con ella se sentía sosegado y feliz, sin cargar sobre su espalda los problemas que a veces tenía en la fábrica. Nadie, absolutamente nadie, había llegado a conocer esa parte de su corazón.

Cerró la puerta del cobertizo tras él. Se trataba de un pequeño granero que se encontraba a las afueras del pueblo y que pertenecía a la fábrica, aunque en ese

momento no guardaban nada allí.

—Tenía que terminar de firmar los papeles que hay que enviar con el pedido —explicó—. Hoy ha sido un día agotador.

Se sentó en la silla que había al lado de Carmen e hincó los codos en las rodillas con el gesto ya más serio.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó ella.

Él suspiró antes de contestar y la miró directamente a los ojos para preguntarle lo que le carcomía por dentro.

—¿Conoces a Mateo, verdad? Es uno de los trabajadores de la fábrica. Tendrá más o menos tu edad.

A Carmen le extrañó que le preguntara por él porque hacía mucho tiempo que no lo veía y por lo tanto no hablaban.

—Sí —contestó ella—, es un chico del pueblo.

—A mí me parece que es algo más —parecía enfadado—. Al menos es lo que él cuenta.

—No te entiendo.

—Ese chico trabaja en la sala de pulidos y cuando he entrado en ella estaba hablando de ti.

Carmen comenzó a inquietarse cada vez más sobre lo que podría haber escuchado Graubner, porque su amistad con Mateo acabó cuando le notó otras intenciones y sabía que estaba molesto con ella.

—¿Y qué decía?

Graubner apretó los dientes y miró hacia otro lado recordando lo que sus oídos habían escuchado sin querer.

—Que os vais a casar —anunció—. Al parecer, sus padres han llegado a ese acuerdo con el tuyo.

—¡Eso es mentira! —exclamó ella indignada—. Mateo y yo éramos amigos, pero sus sentimientos hacia mí cambiaron y desde entonces perdí el contacto con él. Además, mi padre sabe que no quiero nada con él y jamás haría eso a mis espaldas y sin mi consentimiento.

—Entonces creo que alguien debería aclararle la situación.

—¿Y por qué no lo haces tú, Jorge? —le pidió con los ojos suplicantes—. Yo le he dicho hasta la saciedad que no me casaré con él y no me hace caso. Si tú se lo dices, te creerá.

—Pero, ¿cómo me pides eso? —se levantó airado de la silla—. Descubrirán lo nuestro. No puedo acercarme a él y exigirle que deje de mentir porque se daría cuenta de que siento algo por ti.

Se acercó al pequeño ventanuco por el cual entraba una suave brisa que traía el olor a tierra mojada, algo que siempre le había templado los nervios.

—¿Dónde se ha visto que un señor se rebaje a algo así? —susurró—. Sería poco menos que suplicarle algo a ese malnacido.

Carmen no contestó. La altanería y el orgullo con el que Graubner dirigía su vida no le gustaban y no dejaban de sorprenderla. Ella haría lo que estuviera en su mano para defenderlo de cualquiera que hablara cruelmente de él, pero a veces tenía miedo de saber lo que el ingeniero haría por ella porque pensaba que la dejaría ir para no manchar su buen nombre.

—Entonces lo haré yo —expuso—. Le diré que me han contado sus mentiras y que no lo haga más.

—Pero... —empezó Graubner.

—No pasa nada, de verdad— intentó sonreír, pero notaba cómo su corazón parecía querer romperse en mil pedazos—. No necesito que nadie manche su honor solo por hablar con alguien más pobre que él.

Recogió su chal del suelo, dispuesta a marcharse de allí para no volver. Los ojos se le llenaron de lágrimas por la impotencia que sentía en aquel momento, pero se prometió no llorar a pesar de todo. Dio un par de pasos hacia la puerta y, sin escuchar que Graubner fue tras ella, abrió la puerta con todo el ímpetu del que disponía con tan mala suerte que una de las tablas sueltas del portón fue a parar a la ceja de su amado.

Una exclamación de dolor rompió el silencio sepulcral que se había instalado entre ellos. Carmen se volvió hacia él y al ver que la sangre corría por su rostro se asustó y se arrepintió por haberlo tratado así.

—¡Dios mío, Jorge! —exclamó—. Perdóname.

Sacó el pañuelo que él llevaba en el bolsillo de su chaqueta y lo llevó a la ceja

para frenar el hilillo de sangre. En el rostro de Carmen se podía ver el miedo que sentía su cuerpo y sus temblorosas manos lo confirmaban.

Graubner la miró a los ojos. Ese fue el momento que más cerca había estado de ella durante las dos semanas que llevaban conociéndose. Podía oler su aroma a rosas y sentir su aliento en la cara, que parecía pedir un beso. Carmen no dejaba de disculparse, pero él apenas escuchaba sus palabras. Sus labios lo hipnotizaban y no tenía otra necesidad más que besarlos.

Y lo hizo. Unió sus labios a los de Carmen para acallar sus lamentos y disfrutar una vez más de su sabor afrutado y suave. Poco le importó que la cabeza le doliera como nunca y le escociera la herida. Solo le importaba ella y, para él, no había nadie más importante en el mundo.

Sabía que la había enfadado y herido y fue en ese momento cuando comprendió realmente lo que sentía: no era un capricho ni un enamoramiento pasajero. Era amor. Amor del bueno y profundo. Temió, por un instante, perderla por culpa suya, por el orgullo que lo había acompañado a lo largo de su vida y lo había llevado a ese mismo pueblo.

—No me dejes —susurró contra sus labios—. Quédate.

Volvió a besarla en lugar de esperar su respuesta. Sin embargo, Carmen le contestó amarrándose a él con fuerza, profundizando un beso que la estaba llevando a un estado que jamás había sentido. Una llamarada de calor la inundó de repente, como si un fuego ardiera dentro de ella y necesitara a Graubner para salvarse. Este le quitó el chal de los hombros y lo tiró a un lado. Tenía la necesidad de sentir la suavidad de su piel bajo su mano por lo que desabrochó varios botones de su camisa y liberó uno de sus hombros.

—Me encanta tu piel —murmuró.

Bajó sus labios al cuello de Carmen y la apretó contra su cuerpo.

—No, Jorge —se separó de él—. Yo... yo nunca he hecho esto y creo que no es apropiado seguir.

Se abrochó de nuevo los botones de su camisa, aunque con torpeza. Las mejillas se le sonrosaron al pensar en lo que podía haber ocurrido si no lo hubiera parado. Graubner también hizo lo propio y se alejó un paso de ella para respirar el aire frío de la noche y calmar así la pasión que sentía en ese momento.

—Sí, será lo mejor —le concedió—. Debes regresar a casa, es demasiado

tarde.

Carmen asintió y, tras despedirse con un rápido y corto beso en la mejilla, se marchó corriendo a su casa intentando no hacer ruido para que nadie la viera.

Graubner esperó unos minutos más para salir no solo para que nadie los viera juntos, sino porque necesitaba un instante para pensar y poner en orden sus ideas. La amaba. Se había dado cuenta de eso cuando vio sus intenciones de marcharse y al sentir miedo fue cuando confirmó lo que sentía su corazón cada vez que la veía por la calle o en los momentos que disfrutaban de su mutua compañía.

Sonrió al pensar en su hombro desnudo. Había estado a punto de hacerla suya, de sentir todo su cuerpo bajo él, pero por otra parte la honraba y la hacía más especial el hecho de no haberse dejado amar tan pronto.

Abrió la puerta y echó un vistazo a su alrededor para comprobar que no hubiera nadie escondido entre los árboles y salió del cobertizo sin hacer ruido. Un escalofrío en la nuca mientras cerraba con llave la puerta le hizo mirar hacia la espesura del bosque, pero no vio ni escuchó a nadie. No obstante, tenía la sensación de estar siendo observado y ese sentimiento no lo abandonó hasta llegar a su casa y encerrarse en ella. Pensó que alguien le había seguido porque esperó detrás de la puerta y, al instante, escuchó que unos pasos se paraban justo al otro lado y, tras un momento, siguieron su camino.

Alguien los había visto juntos y ahora los tenía en sus manos.

El día siguiente empezó de la misma forma con la que había acabado el día anterior: mal. Esa mañana debía salir de Riópar uno de los pedidos con dirección a Madrid, pero el obrero encargado de llevar las cajas al carro rompió la mitad de los objetos que portaba en uno de esos paquetes.

—¿Dónde está? —vociferaba Graubner desde la puerta de su despacho—. Que venga aquí ahora mismo.

Ese día la fábrica era un ir y venir de obreros que corrían hacia los carros para cargarlos en el menor tiempo posible, mientras que un enfadado Graubner daba órdenes a diestro y siniestro.

—Cálmate, amigo —le pidió Joseph—. No lo van a hacer más deprisa ni mejor si estás gritando como un loco.

—Es que esas cajas deberían estar ya de camino a la capital y no con parte del

pedido hecho añicos —suspiró con fuerza mientras se pasaba una mano por la cara.

—¿Tienes más problemas además de esto? Estás nervioso.

Graubner no le había contado aún a su amigo que había comenzado una relación con Carmen. No veía el momento adecuado y creía que no daría el visto bueno a una relación con una muchacha de clase baja.

—No, no me ocurre nada —mintió.

—Jorge, te conozco lo suficiente como para saber que algo te preocupa.

Graubner miró a un par de trabajadores que se encontraban en ese momento en la oficina y así comprobar que no estaban atentos a su conversación. Dejó paso a su amigo y le indicó con la cabeza que entrara.

—Es un asunto delicado —comenzó tras cerrar la puerta—. Supongo que recuerdas que hace unas semanas te hablé de una joven del pueblo.

—Por supuesto —asintió—, la que te había rechazado.

Graubner resopló molesto y se llevó la mano a la herida que tenía en la ceja.

—Sí, esa. A escondidas de todo el pueblo, hemos empezado una relación y te advierto desde ya que no se lo comentas a nadie.

—Seré una tumba, amigo —le prometió—. ¿Y qué ocurre con ella?

—Con ella nada. Nuestra relación cada día mejora y vamos progresando.

Se paseó por la estancia de un lado a otro sin saber cómo continuar su explicación y se retorció las manos con nerviosismo. Le preocupaba lo que había ocurrido el día anterior.

—Creo que nunca te he visto así de nervioso —comentó Joseph—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

—Lo sé, y por eso te estoy contando esto ahora. Desde hace dos semanas nos estamos viendo en el cobertizo que construimos a las afueras del pueblo y en el que ahora no guardamos material. Hemos intentado llevar la mayor de las discreciones, pero creo que ahora se va a acabar.

—¿Daréis a conocer vuestra relación?

—¡No! Preferimos esperar, pero ayer nos vio alguien. Carmen fue la primera en salir y yo esperé un tiempo prudencial para hacer lo mismo, pero había alguien entre los árboles y después me siguió hasta casa.

Escuché sus pasos y aguardé detrás de la puerta. Cuando llegó hasta allí, se paró y, a los pocos segundos, siguió su marcha.

—¿Y ella qué opina de esto?

Graubner se pasó las manos por el pelo como cada vez que hacía cuando se desesperaba o estaba nervioso.

—No lo sabe. Aún no la he visto.

—¿Y se lo piensas contar?

—No tengo otra opción. Ella debe estar también alerta.

Joseph se levantó de la silla y fue hacia la ventana para comprobar, antes de seguir, que los trabajadores continuaban cargando el carro.

—Pues hazlo cuanto antes —le sugirió sin apartar la vista de la ventana—. Así no se sorprenderá tanto si alguien le pregunta.

—De acuerdo, amigo. Hablaré con ella en unos minutos.

Antes de que acabara de hablar, unos nudillos llamaron a la puerta con insistencia. Graubner frunció el ceño cuando lo escuchó porque jamás le había gustado que le interrumpieran cuando se encontraba reunido, aunque el tema de conversación fuera una nimiedad.

—Adelante —ordenó con voz grave.

La puerta se abrió lentamente para dejar paso a uno de los maestros ingenieros. En su gordo rostro se podía ver que parecía avergonzado por algo y las palabras no querían salir de su garganta.

—Señor —tartamudeó—, lamento mucho lo que ha ocurrido con uno de los paquetes.

—¿Has sido tú el que ha tenido la culpa de ello? —se encolerizó, de nuevo, Graubner—. ¡Por tu incompetencia el pedido llegará tarde!

—No, señor —dijo enseguida el otro ingeniero—. Ha sido uno de los trabajadores que estaba a mi cargo y, como ha pedido que viniera a su despacho, lo he traído conmigo.

—¿Dónde está? —preguntó esta vez Joseph.

El maestro ingeniero señaló un punto fuera del despacho y le hizo un gesto al

trabajador para que entrara con él y así pudiera disculparse por los problemas que había causado.

La sorpresa de Graubner fue descomunal cuando descubrió de quién se trataba. Ese cuerpo delgado y alto, con la piel morena como su pelo, nariz aguileña y ojos gatunos pertenecía tan solo a una persona. Alguien que jamás le había caído en gracia y que, desde hacía un par de días, lo odiaba por las infamias que iba contando sobre Carmen. Ese joven no era otro que Mateo. En su rostro no se apreciaba lo mismo que en el ingeniero que lo acompañaba. Al contrario, se podía distinguir un deje de orgullo por lo que había provocado y odio por la persona que tenía ante sí: Graubner.

—Dejadnos solos —pidió el dueño de aquel lugar.

El otro ingeniero salió disparado del despacho, pero Joseph no movió ni un solo pie de aquella estancia. Conocía a su amigo y sabía que le haría pagar caro a aquel joven lo que había hecho. Por ello, temía irse y no poder calmar a su amigo cuando los ánimos empezaran a caldearse.

—He dicho que nos dejéis solos —repitió.

—Me quedaré contigo, Jorge —fue lo único que contestó.

Graubner resopló enfadado, pero aceptó que su amigo se quedara con él porque así no perdería los nervios con tanta facilidad. No dijo nada hasta que la puerta del despacho estuvo completamente cerrada y supo que nadie los escucharía hablar. Después, lentamente se acercó a Mateo y lo miró directamente a los ojos.

—No sé si eres consciente de lo que acabas de provocar —comenzó.

El joven no contestó a sus palabras, aunque sí le dirigió una mirada de auténtico odio y rencor.

—¿Me has oído? —le preguntó con rabia contenida.

Mateo asintió, pero continuó sin hablar.

—Por tu incompetencia, el pedido tardará más en llegar y de seguro no volverán a encargarnos nada.

—Se lo tiene merecido —susurró mirándolo a los ojos.

Graubner dio un paso más hacia él y le devolvió la misma mirada.

—¿Qué acabas de decir? —le preguntó cogiéndole por las solapas—. Repítelo.

—Lo que ha oído. Se lo tendrá merecido.

—¡Malnacido! —gritó empujándolo.

Joseph se interpuso entre ambos para que la sangre no llegara al río, aunque estaba tan sorprendido como su amigo por las duras palabras que le dirigía aquel joven a Graubner.

—¿No sabes con quién hablas? —le preguntó Joseph a Mateo para que reflexionara sobre lo que estaba haciendo—. Él es la persona que hace que todos los días tengas algo para llevarte a la boca.

—Él no es nadie —le contestó—. Es un maldito embustero que se interpone donde no debe.

—¿Pero qué estás diciendo? —vociferó Graubner.

—Digo que si necesita a alguien que caliente su cama, busque entre las mujeres de su posición.

El veneno con el que se expresó Mateo dio de lleno en el corazón de Graubner. Este descubrió al instante que la persona que lo había seguido la noche anterior había sido su empleado y ahora se lo echaba en cara.

—Tú no eres nadie para decirme lo que debo hacer o no —contestó intentando apartar a su amigo—. Si tienes algún problema, dímelo.

—Pues sí, lo tengo. Quiero que deje en paz a Carmen. Es mi prometida.

Joseph miraba alternativamente a uno y a otro sin saber qué hacer. Sabía que aquel joven estaba clavando continuamente un puñal en el pecho de su amigo, pero no podía intervenir en la conversación porque ese problema no le salpicaba directamente.

—Me parece que has empezado a creerte tus propias mentiras. Carmen jamás te ha querido. De hecho, olvidó vuestra amistad cuando le propusiste relaciones.

—¡Eso es mentira! —intentó atacarle—. Ella me quiere. ¡Está con usted por su dinero!

—A Carmen no le interesa el dinero —la defendió—. Si piensas eso de ella, es que no la conoces tanto. ¡Jamás será tuya! Y ahora, ¡fuera de mi despacho!

Mateo, antes de irse de aquella estancia, se acercó a él lentamente y a un

palmo de su cara le espetó:

—Eso ya lo veremos. ¿Qué cree usted que dirían los habitantes del pueblo si se enterasen de su relación? —calló un instante antes de seguir con una sonrisa—. Carmen será mía para siempre y usted no podrá hacer nada para impedirlo. Le juro por mis muertos que haré lo imposible para separarlos.

Sin esperar a que Graubner contestara, salió del despacho con prisa y dando un portazo. Allí dejó a un sorprendido Joseph y a un enfadado Graubner.

—No le hagas caso —intentó calmarlo su amigo—. No podrá hacer nada contra vosotros.

El ingeniero no contestó. Se apoyó en la mesa con el gesto preocupado y pensativo. Algo le había dicho desde ayer que la persona que lo perseguía le traería problemas. Y allí estaban; habían llegado para destruir los muros que había levantado en torno a Carmen y a él.

—¿Por qué no lo echas de la fábrica? —le propuso Joseph—. Así no tendrías que verlo todos los días.

Graubner sopesó la idea de despedirlo, pero decidió no hacerlo tras unos minutos de reflexión.

—No —contestó—. Mientras esté en la fábrica podré vigilarlo y sabré dónde está en cada momento.

—Como quieras, pero ten cuidado de ahora en adelante cuando veas a Carmen. Si yo fuera tú, me olvidaría del granero a las afueras y me iría a tu propia casa. Allí estaréis más tranquilos y sin miedo a que os descubran.

—Tienes razón. Será el mejor escondite.

Joseph asintió y lo dejó solo para seguir con el trabajo que había dejado pendiente. Cuando Graubner se quedó solo dedicó varios minutos a intentar calmarse y a idear un plan para estar preparado ante cualquier ataque de Mateo. Llegó a la conclusión de que no tenía nada que temer porque nadie en el pueblo se atrevería a hacerle nada a la persona que les había dado un sustento. Sin embargo, su corazón le pedía estar alerta.

Media hora después, Graubner había decidido buscar a Mateo en la sala de pulidos. Sabía que todos los trabajadores habían decidido no marchar a comer para terminar el trabajo que debía haber salido ya para la capital. Por eso, cuando

bajó a la planta baja del edificio, se encontró a numerosos trabajadores corriendo de un lado para otro llevando los materiales necesarios a cada una de las estancias. Graubner se dirigió directamente a la sala de pulidos y allí encontró a la persona que buscaba.

Mateo, ajeno a la mirada del ingeniero, pulía con esmero y sin pausa un espléndido lobo de bronce. Permanecía de pie y de espaldas a la puerta y no pudo ver cómo Graubner la atrancaba, con el cerrojo incluido, para que nadie les molestara. Ni tampoco oyó los pasos del ingeniero, tan solo fue consciente de su presencia cuando lo agarró de la chaqueta por detrás y le dio la vuelta con un movimiento brusco.

Graubner lo empujó contra la pared y llevó una de sus manos al cuello del joven.

—No voy a tolerar que te dirijas a mí con las formas de antes —le amenazó—. No olvides quién es el señor y quién el jornalero.

—¿Cree usted que Carmen querrá seguir con su relación después de saber lo violento que es? —le preguntó sin hacer caso a sus palabras—. Me parece que no.

—Déjame decirte que Carmen no quiere oír hablar de ti desde que sabe que vas contando mentiras sobre vosotros. Ayer le referí las falsedades que les contaste a los trabajadores.

—No son mentiras —contestó—. Pronto será mi esposa, de una forma u otra, y dispondré de ella todo lo que se me antoje, mientras que usted se pudrirá de envidia.

Graubner no pudo más y le golpeó en el estómago.

—¡No vuelvas a decir eso jamás! Carmen nunca será nada tuyo y deja de mentir sobre ella porque no tendré reparo alguno en darte lo que te mereces.

Lo soltó muy a su pesar porque varios de los jornaleros que también trabajaban en esa sala se habían agolpado en la puerta e intentaban ver lo que ocurría en su interior. Se alejó de él sin apartar la mirada de sus ojos y amenazando cumplir lo que acababa de decirle.

—No olvides esta conversación —le advirtió.

Abrió la puerta y dejó pasar a los trabajadores que cuchicheaban y lo miraban de reojo mientras regresaban a sus puestos.

—¡A trabajar! —vociferó Graubner—. ¡Aquí no se viene a comadrear!

Todos callaron al instante y volvieron a pulir las cruces o los llamadores de bronce que reposaban sobre las mesas.

El ingeniero, por su parte, salió de la fábrica para tomar el aire. Se encontraba demasiado acalorado. Jamás había perdido los papeles como aquel día y, para más inri, delante de sus trabajadores. Siempre había mantenido la compostura por muy grave que fuera el asunto a tratar. Sin embargo, desde que empezó una relación con Carmen no parecía el mismo. Se prometió defenderla de cualquier persona que intentara hacerle daño y no le importaban las consecuencias.

Se pasó una mano por los ojos y respiró la brisa fresca de aquel día. Se sentó en uno de los bancos de piedra que había a la entrada. Desde allí no podía ver a su amigo Joseph que lo observaba desde una de las ventanas del piso superior. Ni tampoco su gesto de preocupación por él. Se alegraba porque su amigo por fin había encontrado a alguien con quien compartir su vida, pero tenía la sensación de que ese amor no traería nada bueno para la vida de Graubner, que ya había cambiado en las últimas semanas.

Capítulo 5



El día tan nefasto para Graubner llegó a su fin. La noche cayó sobre el pueblo, dando paso al momento más apacible para el ingeniero: unos minutos con Carmen. Aquel día sería el último que pasarían en el granero. Graubner no estaba dispuesto a correr riesgos por culpa de Mateo. Sus amenazas seguían sonando aún en su cabeza mientras esperaba la llegada de Carmen. Nadie se había atrevido jamás a amenazarlo y, menos aún, una persona con una categoría inferior a la suya. Y, desde luego, no estaba dispuesto a amedrentarse por sus palabras, ni dejaría a Carmen a su merced. No sabía cómo, pero haría lo que fuera para impedir que Mateo consiguiera lo que se proponía.

Graubner escuchó unos pasos apresurados fuera del granero y se asomó para comprobar que era su amada la que llegaba. Al ver que así era, se arregló su ya colocado abrigo y abrió la puerta para dejarla pasar.

Un silencio atronador precedió a sus miradas angustiadas. Carmen aún no sabía lo que pasaba por la mente de Graubner, pero intuía que algo grave ocurría para que su amado tuviera ese gesto en su, normalmente, inexpresivo rostro.

—¿Qué ocurre? —rompió el silencio—. Mi padre ha llegado de la fábrica contando que has tenido problemas con Mateo, pero no ha podido darme detalles.

Graubner calló durante un instante más. Le roía por dentro la rabia que sentía al verse acorralado por un simple trabajador.

—Ayer nos descubrió. No sé qué podía estar haciendo en los alrededores del bosque a esas horas, pero te vio salir de aquí y esperó fuera para seguirme a casa.

—¿Y te lo ha contado? —se sorprendió Carmen.

—Sí, con una rabia que apenas podía contener. Me ha amenazado con contar lo nuestro a la gente del pueblo.

—¿Tú crees que lo hará? —le preguntó inquieta.

—No, al menos por ahora.

Graubner se paseó de un lado a otro del granero. Carmen lo miraba intentando descifrar sus pensamientos. Estaba tan preocupada como él por lo que ocurría con Mateo, algo que no hubiera esperado nunca de él. Siempre lo había considerado su amigo, incluso después de que su amistad se rompiera por los nuevos sentimientos de él. Jamás lo vio capaz de hacerle daño de esa manera, y menos aún para conseguir un amor que nunca poseería, puesto que los sentimientos que tenía hacia Graubner eran cada vez más fuertes.

—¿Por qué crees que aún no dirá nada?

—Porque esperará hasta tener pruebas. No puede contar a la gente que tú y yo tenemos una relación porque nadie lo creería.

—Pero podría conseguir las en cualquier momento, ¿no?

—Si seguimos viéndonos aquí, sí —contestó él—. Pero si cambiamos de lugar de encuentro, no encontrará ninguna.

Carmen se quedó pensativa, intentando buscar en su mente algún lugar al que pudieran ir para verse sin tener que correr el riesgo de ser descubiertos.

—He pensado —comenzó Graubner con cuidado—, que podríamos vernos en mi casa. Es amplia y en cualquier habitación estaríamos bien sin que María o cualquiera pueda vernos.

La miró a los ojos para ver los sentimientos que pasaban por ellos en esos instantes. Sabía que la proposición no era del todo decente, especialmente para ella, pero era la mejor que se le había ocurrido en ese día tan agotador.

—Pero mi padre podría vernos. Vivimos justo enfrente de ti.

—Tendríamos cuidado —la calmó él.

Volvió a pensarse seriamente en lo que acababa de proponerle Graubner. Por una parte, le gustaba la idea de ir a su casa porque así no corrían peligro de verse descubiertos. Sin embargo, la decencia le impedía aceptar su propuesta. Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en la casa del Arco y en sus habitaciones. Se imaginó a Graubner andando por los pasillos y el increíble patio, y deseó disfrutar con él de esa casa.

—No puedo aceptar, Jorge —negó para alejar de su mente los pensamientos que crecían—. No me sentiría bien allí.

—Pero... —empezó él a quejarse.

—Pero se me ocurre un lugar mejor —lo cortó sonriendo.

Graubner alzó una ceja incrédulo. No se le ocurría un lugar mejor para sus encuentros que su propia casa, pero calló para animarla a seguir.

—La fábrica. ¿Qué mejor lugar para reunirnos? Podrías esperarme allí y, cuando se vayan los trabajadores, entro yo sin levantar sospechas.

Asintió completamente de acuerdo con ella. Nadie sospecharía de ambos si los descubrían reunidos en su despacho.

—Está bien —cedió—. Quedaremos a la misma hora de siempre en mi despacho. Allí nadie nos descubrirá.

Carmen sonrió aliviada al ver que no había reaccionado mal por su negativa a verse en su casa. Se acercó a él y lo abrazó fuertemente. Graubner, que aún se sorprendía por los gestos de cariño que le proporcionaba Carmen, reaccionó de una manera torpe.

Durante el momento que duró el abrazo, el ingeniero se sintió extraño. Tuvo un escalofrío y un mal presentimiento. Algo le decía que la fábrica no era el lugar perfecto para sus encuentros y sería precisamente lo que les llevaría a la ruina. Pero prefirió alejar esos pensamientos de su cabeza y convencerse de que era lo mejor para ambos.

—Se está haciendo tarde —lo interrumpió ella—. Tengo que volver a casa.

—Sí, será mejor que nos vayamos. El aire arrastra olor a tormenta y podría llover pronto.

Agarró el rostro de su amada y la besó lentamente, disfrutando del sabor de sus labios. Fue la más dulce de sus despedidas y, como siempre, esperó un tiempo prudencial para que ella anduviera un buen trecho del camino. Mientras esperaba, dejó la puerta abierta para vigilar que nadie siguiera a Carmen. Como el día anterior, se sintió de nuevo observado y decidió salir de allí cuanto antes.

Apagó las velas que lo habían acompañado desde su casa y sacó las llaves de su abrigo para cerrar la puerta. Sin embargo, el llavero se escurrió de entre sus manos y fue a parar al suelo.

—Maldita sea —renegó entre dientes cuando se manchó las manos de barro.

Antes de enderezar el cuerpo de nuevo, sacó un pañuelo para limpiarse, pero

un movimiento a su espalda le llamó la atención. Por un momento, pensó que se trataba de Carmen que volvía para coger algún objeto olvidado. Sin embargo, la sombra que se acercaba a él con tanta rapidez no era tan femenina.

Se levantó de golpe con el corazón desbocado y apenas le dio tiempo de darse la vuelta cuando recibió un puñetazo en la cara. Un ligero sabor a sangre se abrió paso en su boca y mientras intentaba parar el hilillo pudo sortear un nuevo golpe, que no llegó a rozarle.

—Maldito sea usted, su maldito dinero y su maldita fábrica —gritó la sombra.

Graubner conoció la voz al instante. Se trataba de Mateo, que había estado espiándolos como hizo la noche anterior. Se separó de él e intentó recobrar el equilibrio para sortear los golpes que le sobrevinieron de nuevo. Era la primera vez que se veía envuelto en una pelea así porque nunca se cruzó con alguien que le llevara la contraria. Siempre había conseguido lo que se proponía y no tuvo que llegar jamás a las manos con nadie. Pero esa vez era diferente, estaban en peligro los sentimientos de amor que había tenido por primera vez en su vida.

Atajó otro golpe de Mateo y le propinó, tal y como hizo esa misma tarde, un puñetazo en el estómago.

—Olvídate de ella y sigue con tu vida de jornalero. ¿Qué le puedes ofrecer tú? ¡Nada! Porque no eres más un vulgar obrero que tiene que sudar sangre para poder llevarse un trozo de pan a la boca.

—¿Y qué le puede ofrecer un maldito ingeniero extranjero? Yo al menos pertenezco a su mundo y la entiendo, no como usted que para sentirse importante necesita llevar trajes y abrigos caros.

Un crujido se levantó entre el griterío de Mateo y lo calló durante un instante. Graubner lo había vuelto a atacar y le rompió la nariz.

—Este maldito ingeniero extranjero tiene influencias en lugares que jamás podrías soñar como, por ejemplo, el Palacio Real, y podría hacer que desaparecieras del mapa para siempre.

Un nuevo puñetazo en el estómago hizo que Mateo se doblara de dolor y cayera al suelo. Por su parte, un sudoroso Graubner recompuso su ropa mientras lo miraba retorcerse de dolor e intentando cortar la sangre que manaba de su nariz. Miró a su alrededor para comprobar que estaban solos y rehízo el camino para llegar a la casa del Arco.

—¡Esto no va a quedar así! —escuchó que vociferaba Mateo en la distancia.

El enfado había menguado en su interior, pero su orgullo no se vio arrastrado por el fango del camino como había ocurrido con Mateo. Sonrió al imaginarlo de nuevo en el suelo. No dejaría que alguien con tan poca categoría lo venciera.

Capítulo 6



Cuando Graubner se miró al espejo al día siguiente de su pelea con Mateo, no pudo sino maldecirlo entre dientes. La mejilla y el labio se habían hinchado durante la noche y se notaba a leguas que había sufrido un percance con alguien. Estaba seguro de que en cuanto lo vieran en la fábrica sospecharían ya que el día anterior lo vieron enfadado con Mateo. Volvió a tocarse la cara y soltó un improperio tras otro. No podría disimular las heridas de ninguna manera.

Se echó agua fría para intentar calmar las punzadas de dolor. Y, después de unos minutos, se vistió con uno de sus mejores trajes y bajó al comedor a desayunar. María ya había preparado todo y un succulento desayuno lo esperaba en la mesa. Su asistente entró para preguntarle si deseaba algo más, aunque de su boca solo salió una exclamación de sorpresa y horror.

—Pero, ¿qué le ha ocurrido? —le preguntó mientras se acercaba.

Graubner miró para otro lado, intentando disimular las heridas, pero María ya estaba a su lado y lo miraba inquisitiva.

—No es usted de meterse en peleas.

—No es nada, María —carraspeó incómodo y se sentó en la silla más apartada de la ventana.

—Pero...

—He dicho que no es nada —le respondió con voz cortante—. Si no le importa, me gustaría desayunar tranquilo y solo.

María asintió un poco dolida por sus duras palabras. Su señor jamás le había hablado de esa manera. Salió de prisa del comedor, dejándolo solo, tal y como le había pedido. Desde que estaba a su servicio siempre la había tratado con las mejores palabras, a pesar de su porte altanero y orgulloso. Nunca le había faltado al respeto y siempre estaba pendiente de que no le faltara nada. Sin embargo, hacía días que lo notaba distante y alterado por algo que no lograba descubrir.

Incluso llegaba más tarde que nunca del trabajo. Sabía que no frecuentaba la taberna porque no bebía jamás, y siempre se había preocupado por su fábrica. Suponía que quedaba con alguien y por eso tardaba más en llegar.

Tarde o temprano, María descubriría el porqué de ese ligero cambio en la forma de ser de la única persona que se había preocupado por ella.

Tras un desayuno copioso, Graubner cogió su abrigo y se marchó sin despedirse de María. No quería que volviera a hacerle preguntas por las heridas de su cara. Se sentía malhumorado y no deseaba hacérselo pagar a su asistenta.

Las calles del pueblo estaban desiertas a esa hora de la mañana. Todos los trabajadores estaban en la fábrica y, con el frío con el que se había levantado el día, las mujeres no se atrevían a salir de casa tan temprano. Paseó tranquilamente, sin prisas, sabiendo que llegaría tarde a la fábrica y no podría terminar de hacer las cuentas necesarias para enviarlas a tiempo a Alcaraz. Pero no le importaba. Ese día, a pesar del mal humor con el que se había levantado, se sentía bien consigo mismo, muy satisfecho. Su relación con Carmen iba mejorando por momentos y estaba seguro de que nadie conseguiría impedir que disfrutaran de su amor, ni siquiera Mateo.

Apretó el paso para evitar mojarse con la ligera llovizna que estaba comenzando a caer sobre Riópar. Por lo que había visto hasta entonces, el municipio gozaba de unos inviernos relativamente lluviosos, algo que siempre había disfrutado desde su niñez en Viena, aunque en Riópar no llovía con tanta intensidad como en su ciudad natal.

Llegó a las inmediaciones de la fábrica y se detuvo, como hacía la gran mayoría de los días, a contemplarla desde fuera. Era el sueño de su vida y había sufrido mucho hasta poder tenerla en funcionamiento, tanto “peleas” con el rey como con el vecino pueblo de Alcaraz. A pesar de que los días habían pasado y que los pedidos eran cada vez más numerosos, seguía sin poder creer que todo aquello fuera suyo.

Graubner alzó la vista hacia una de las numerosas ventanas, concretamente una de las tres que había en la oficina del piso superior. Allí vio asomado a su amigo Joseph, que le hizo un gesto con la mano para que subiera deprisa y no se entretuviera más admirando la fábrica. Asintió para darle a entender a su amigo que lo había visto y acortó la distancia que le quedaba para llegar a las escaleras de la entrada. Respiró hondo, se colocó el abrigo y se preparó mentalmente para los continuos cuchicheos que levantarían las heridas de su rostro.

Subió directamente a su despacho para ponerse al día con las cuentas y los nuevos pedidos que llegarían ese día desde Alicante. Sin embargo, cuando vio el gesto de preocupación en la cara de su amigo dio por hecho que las cuentas deberían esperar.

—¿Se puede saber qué te ha pasado? —le preguntó Joseph una vez solos en el despacho—. ¿Bebiste más de la cuenta en la taberna y tuviste problemas?

—Sabes que yo no bebo —le contestó secamente—. Tuve problemas, sí, pero no en la taberna, sino en las inmediaciones del bosque.

—¿Y qué hacías en el bosque? —un gesto de exasperación recorrió la cara de Graubner ante la pregunta de su amigo—. ¿Estabas con ella?

El ingeniero asintió mientras se sentaba en el elegante sofá tapizado en blanco que había instalado en un rincón del despacho una vez abierta la fábrica.

—¿Y a ella qué le ocurrió? —preguntó preocupado.

—Nada —contestó—. Todo ocurrió cuando se marchó. Esperé, como siempre, un tiempo prudencial para irme, pero me sentía observado y decidí marcharme cuanto antes. Sin embargo, mientras cerraba la puerta del granero vi una sombra acercándose con rapidez hacia mí y, al darme la vuelta, allí estaba él.

—¿Quién?

—Mateo, el jornalero que rompió parte del pedido de Madrid —se llevó la mano a la herida de la boca—. Apenas me dio tiempo a reaccionar para evitar el golpe. Nos enzarzamos en una pelea.

—No es propio de ti pelearte así como así —lo cortó Joseph.

—¿Qué hubiera sido mejor, que me quedara de brazos cruzados mientras me apaleaba? Tenía que defenderme.

Joseph negó con la cabeza. No le gustaba en lo más mínimo la forma en la que se estaban desarrollando los acontecimientos. Si el joven se había atrevido a perseguirlo y golpearlo, sería capaz de hacer cualquier otra cosa contra Graubner para acabar con él y quitárselo del medio.

—¿Qué piensas al respecto? —le preguntó el ingeniero—. Estás muy silencioso, amigo.

—Me preocupa tu situación. Esta relación te está cambiando. Meses atrás,

jamás se te habría pasado por la cabeza pelearte con alguien. Siempre has preferido dialogar. Y ahora has entrado en una espiral que te lleva solo a más preocupaciones.

—¿Querer a alguien te parece una preocupación? —se enfadó—. Yo no he cambiado mi carácter. Sigo siendo el mismo.

—¿Seguro? —le preguntó Joseph—. Los enamorados están felices y yo no te veo en esa situación. Quieres a esa chica, pero eso te está llevando por un camino lleno de espinas. Si vuestra relación llega a oídos del rey, puede quitarte el título...

—¡Bueno, ya está bien! —vociferó Graubner—. No voy a dejar a Carmen solo porque se te ha metido en la cabeza que me traerá disgustos. Ni tú ni nadie me va a decir lo que tengo que hacer.

Joseph lo miró sorprendido. Nunca le había levantado la voz de esa manera. De hecho, su sola presencia siempre había menguado la altanería y el orgullo de su amigo porque sabía que delante de él no perdería los papeles. Pero estaba cambiando, aunque no quisiera reconocerlo. Solo esperaba que no fuera a más.

Salió del despacho, dejando al ingeniero solo y pensativo. Esperaba que su amigo reflexionara el resto del día sobre el rumbo que estaba tomando su vida. Si no lo hacía, caería en un abismo y todos con él.

Cuando se hubo calmado, unos minutos más tarde de la salida de Joseph de su despacho, decidió comprobar, con sus propios ojos, la elaboración de los nuevos pedidos. Siempre había disfrutado de ese paseo por las distintas salas de la fábrica, pero ese día sabía que sería el centro de atención por partida doble. No obstante, no le importaba en lo más mínimo.

Se arregló la ropa y el pelo y salió deprisa del despacho. Hizo caso omiso a la mirada de advertencia de su amigo y cerró la puerta de la oficina con un portazo.

Bajó las escaleras con una chulería impropia de él. No estaba dispuesto a soportar los murmullos que provocarían sus heridas, bastante había aguantado los ataques de su propio amigo. Cuadró los hombros antes de empezar a recorrer el amplio pasillo blanco que lo llevaría a las salas más importantes de la fábrica. Miró a su derecha cuando una de las ventanas de la sala de pulidos le permitió ver lo que sucedía en su interior. Allí vio, con sorpresa, a Mateo. Esa mañana pensó que después de lo de la noche anterior no iría a trabajar, pero allí estaba. Trabajando como cualquier otro día y haciendo los mismos esfuerzos que sus

compañeros, ajeno a la mirada de rencor de Graubner.

Apretó los puños antes de seguir su paseo. Mateo o cualquiera de los trabajadores no habían reparado, en ningún momento, en las miradas del ingeniero por lo que siguieron haciendo su trabajo como si nada. Graubner, por su parte, se dirigió hacia la sala de fundición y cincelado. Se cruzó con varios obreros que lo saludaron amablemente y con respeto, y al mismo tiempo con sorpresa al ver su rostro. El ingeniero disimuló, intentando que ninguno de ellos advirtiera su disgusto y exasperación por ser el centro de atención. Pero lo peor estaba por llegar. Ya en la sala, se dirigió hacia una de las mesas en la que trabaja el maestro fundidor Juan Hein. Este se encontraba explicando a uno de los aprendices las mejores y más fáciles formas de fundición cuando la sombra de Graubner se cernió sobre él.

Hein calló cuando lo vio y dirigió sus ojos hacia la cara del ingeniero, aunque apartó la mirada nada más ver su dura expresión.

—Continúa —le pidió Graubner—, no es mi intención distraerte.

El maestro fundidor siguió con su explicación, aunque enviando miradas de reojo al ingeniero, que lo hicieron sentirse incómodo. Se dirigió hacia algunas de las máquinas en las que estaban fabricando llamadores con la forma de una mano que sostenía una bola, igual que el que había fabricado para su propia casa.

Intentaba no mezclarse en los trabajos que realizaban sus obreros y mucho menos entre ellos, que levantaban la vista cuando pasaba por su lado. En uno de los grupos de obreros se alzó un murmullo cada vez más fuerte, y lanzaban miradas indiscretas hacia él. Graubner los miró de reojo, intentando disimular interés por lo que estaban haciendo, aunque realmente tenía el oído y la vista puestos en ellos. Uno de los trabajadores se llevó la mano al labio para indicar el lugar donde había visto las heridas de su amo, y ya el ingeniero no pudo soportar más.

—¿Es que acaso no tenéis trabajo que realizar? —vociferó mientras, de dos zancadas, se acercó a ellos.

Los trabajadores callaron al instante y agacharon la cabeza sumisos y avergonzados porque les hubiera pillado in fraganti.

—Aquí se viene a trabajar —prosiguió—, no a comadrear como hacen vuestras mujeres. Si queréis hacer lo mismo que ellas, allí tenéis la puerta abierta para todo aquel que quiera marcharse.

Un silencio, tan solo roto por el sonido de las máquinas, se instaló entre todos los que se encontraban en aquella sala. Ninguno se atrevía a contradecir o contestar a Graubner pues sabían cómo era y el temperamento que se gastaba. Sin embargo, el ingeniero seguía esperando una respuesta y no tenía paciencia para esperar.

—¿Ahora no habláis? —les retó—. Deduzco que solo trabajáis cuando me hayo cerca y no hacéis nada cuando no hay nadie que pueda vigilaros.

—Señor —intervino con voz suave un joven a su espalda—, le agradecemos la oportunidad que nos ha dado con el trabajo en su fábrica. Pero nosotros no comadreamos, tan solo nos ha sorprendido su aspecto.

Graubner se acercó lentamente a él.

—¿Y qué le pasa a mi aspecto? — le preguntó mirándolo a los ojos.

—N-nada —tartamudeó—, es que nunca le hemos visto herida alguna, y nos ha llamado la atención.

—¿Y en tu vida qué es más importante: mis heridas o el pan que llevarte a la boca todos los días?

—El pan, señor —contestó agachando la mirada.

—Pues que sea la última vez que os escucho hablar sobre cualquier otro tema que no sea el de la fábrica —levantó la voz para dirigirse a todos—. Aquí se viene a trabajar, no hace falta que os preocupéis por mí. Para eso, me tengo a mí mismo. Y ahora, a trabajar.

Dio por zanjado el asunto e instó a los trabajadores para que regresaran a sus puestos y siguieran manejando las máquinas. Esa conversación lo había exasperado más de lo que parecía, aunque prefería no mostrarse tan inflexible con los trabajadores. Decidió volver él también a su puesto de trabajo, aunque no sin antes pasar por la sala de pulidos para visitar a Mateo. Por ello, se dio media vuelta y se dispuso a irse cuando escuchó un cuchicheo cerca de él.

—¿Lo ves? Si calla y le intenta dar poca importancia a lo de las heridas es porque algo grave ha ocurrido. Yo no creo que sea un simple golpe, alguien le ha debido de dar lo que se merece al señoritingo este.

Se volvió de golpe y llamó al obrero que había dicho aquellas palabras.

—¡Tú! —vociferó—. Sí, tú. El que está hablando de mí. ¿Cómo te llamas?

El obrero, que pensaba que nadie lo estaba escuchando más que su compañero, tembló de miedo cuando todas las miradas se dirigieron a él.

—Me llamo José, señor.

—¿Ahora me dices “señor”, en lugar de “señoritingo”?

—Lo siento, no era mi intención —se disculpó.

—Pues mi intención sí es la siguiente —dejó una pausa mientras lo miraba directamente a los ojos—: estás despedido.

Un murmullo cada vez mayor se extendió por toda la sala. José se había quedado de piedra al escucharlo. Ese trabajo era lo único que tenía para sostener a su familia y ahora lo acababa de perder por su lengua viperina.

—Señor —empezó José—, no me eche. Tengo mujer e hijos.

—Habértelo pensado antes de insultarme. En media hora te quiero fuera de mi fábrica.

Y sin nada más que añadir, se marchó de aquella sala con la cabeza bien alta. No estaba dispuesto a aguantar ni un insulto por parte de sus trabajadores. A quien realmente le hiciera falta el dinero, no faltaría a sus superiores.

Respiró hondo para intentar calmarse y fue directo hacia la sala de pulido para toparse con Mateo. Este, y el resto de trabajadores, se encontraban haciendo lo mismo que hacía un rato. Se dirigió directamente a él con paso firme.

—Vaya, parece que has tenido un percance con la nariz —intentó meter el dedo en la llaga.

—Sí —contestó él sin mirarlo—, un cerdo me tiró al suelo y me la rompió.

Graubner se acercó aún más a él, lo cual provocó que Mateo tuviera que dejar el trabajo para así devolverle la mirada llena de rencor. Durante un segundo, pareció que el tiempo se había parado. Ambos medían con los ojos el odio que sentían por el otro, y el resto de trabajadores lo notó.

—Claro —contestó el ingeniero—, cuando se vive rodeado de ellos y se pertenece al mismo gremio es normal que ataquen los unos a los otros.

Mateo se aferró con fuerza a la pulidora manual para intentar calmarse y no darle su merecido a Graubner. A cambio, prefirió devolverle el insulto con una sonrisa de medio lado:

—Por lo que veo, usted igualmente es uno de ese gremio de cerdos. También le han dado lo suyo.

Con el gesto contrariado, el ingeniero lo agarró por las solapas y lo acercó a él para que solo Mateo lo escuchara.

—No voy a tolerar que me faltas al respeto, gusano asqueroso —le dijo lentamente—. No olvides quién es el amo y quien el obrero. Me debes sumisión y respeto.

—¿Y si no lo hago? —se soltó de golpe.

—Sufrirás las consecuencias.

Mateo rio al escucharlo, algo que sorprendió al ingeniero que decidió marcharse de allí antes de que la sangre llegara al río y el resto de trabajadores volvieran a cuchichear. Aunque no se fue de allí sin amenazar con la mirada al obrero que le plantaba cara en ese instante. No iba a olvidar el insulto.

El sonido de unos nudillos llamando con suavidad a la puerta lo distrajeron del trabajo que estaba realizando. Dio su permiso para que entrara la persona que se encontraba al otro lado de la puerta y vio que se trataba de Joseph. Le hizo un gesto con la mano para que entrara con rapidez y así lo hizo su amigo. Llevaba un sobre pequeño entre las manos, pero antes de dejárselo sobre la mesa intentó hablar con él.

—¿Estás más tranquilo? —le preguntó—. No quisiera molestarte.

—Tú nunca molestas, amigo —le respondió Graubner—. Lamento haberte levantado la voz. Es que me exaspera que la gente me diga lo que tengo que hacer.

—Lo sé, pero solo quiero lo mejor para ti, amigo. Te lo mereces.

Graubner se levantó de la silla, rodeó la mesa y le ofreció la mano, que Joseph estrechó sin dudar al instante.

—No quiero que nada enturbie nuestra amistad —le dijo el ingeniero—. Y, ahora, dime qué hay en ese sobre.

—Malas noticias —carraspeó—. Ha llegado hace un rato a la oficina y no sabía cómo decirte lo que contiene.

Le entregó el sobre y calló mientras su amigo leía las pocas palabras plasmadas en el papel:

“Estimado Juan Jorge Graubner,

Le escribo para agradecerle que fabricara con la mayor rapidez posible el pedido que le envié hace tan solo dos semanas. La mayor parte del contenido de las cajas se encontraba en perfecto estado a pesar de los difíciles caminos atravesados por el carro hasta su llegada a la capital. Sin embargo, me gustaría referirle el contenido de una de esas cajas, en concreto la que transportaba imágenes de inspiración romana. Para la vista de una persona que no entienda de arte, podrían parecer perfectos los pulidos y los baños de las imágenes. Sin embargo, déjele decirle que son los peores que he visto en mi vida. Pareciera que los hubieran hecho con prisa o los hubiera fabricado alguien que no sabía manejar la maquinaria de su fábrica.

No estoy dispuesto a realizarles otro encargo, por mínimo que sea porque sus obreros han demostrado la poca valía que tienen para realizar este tipo de trabajos.

Sin nada más que añadir,

Juan de Villanueva”.

Graubner leyó dos veces más la carta porque no daba crédito a lo que contenía. Sabía a qué caja estaba haciendo referencia Villanueva. Era la que Mateo, intencionadamente o no, había tirado al suelo mientras cargaban el carro que llevaría el pedido a Madrid. Sin embargo, pensaba que el acabado que le habían dado a las nuevas imágenes que hicieron en tiempo record era más que perfecto.

Arrugó la carta entre sus manos mientras apretaba los dientes con rabia contenida. Por culpa de su mayor enemigo, había perdido a uno de los mejores clientes que podría tener jamás.

Miró a Joseph para intentar encontrar consuelo en él, pero su amigo estaba tan conmocionado y sorprendido como él.

—No sé cómo pudieron hacer tan mal su trabajo —intervino por fin—. La orden era realizar el trabajo de la misma forma que la caja rota, pero las prisas no son buenas, amigo.

Graubner se dirigió a la ventana para asomarse e intentar calmarse con las vistas que tenía de la montaña desde allí. Sin embargo, ese día había pocas cosas que pudieran apaciguar su estado de ánimo. El día había empezado mal y, por lo

visto, estaba decidido a seguir en la misma línea.

—¿Quieres que les echemos una reprimenda a los obreros de la sala de pulidos? —sugirió.

—No —contestó secamente—. Mateo trabaja en esa sala y no estoy dispuesto a verlo disfrutar con este revés. Será mejor que nadie sepa lo que ha ocurrido.

—Está bien —contestó Joseph—. Nada saldrá de mis labios.

Salió del despacho con prisa para seguir su trabajo, dejando solo a un enfurecido Graubner.

—Maldito seas —murmuró refiriéndose a Mateo mientras se volvía a sentar en la silla—. Te juro que esto no quedará así. Haré lo imposible para que tu vida sea un infierno. Te arrepentirás de haberte cruzado en mi camino.

Capítulo 7



Las cosas habían cambiado poco en el mes que transcurrió desde las malas noticias traídas de Madrid. Abril estaba siendo un mes demasiado lluvioso en Riópar y los caminos, ya peligrosos y defectuosos, estaban completamente embarrados. Eso dificultaba enormemente la salida de los pedidos desde el pueblo y, cuando lo hacían, tardaban mucho más tiempo en llegar a sus destinos.

Los días pasaban y Graubner se sentía cada vez más exasperado por la situación climatológica. No estaba dispuesto a perder más clientes ya fuera por el tiempo o por el mal trabajo de los obreros.

—¡Que trabajen más horas si es necesario! —vociferaba desde el despacho a uno de los maestros alemanes que lo habían acompañado desde el principio—. No podemos perder tiempo.

Las cuentas no estaban siendo tan buenas como había creído en un principio. El vecino pueblo de Alcaraz no contribuía como debía a las arcas de la fábrica y el ingeniero debía gastar dinero de su propia fortuna, a pesar de que no era ese el trato que había firmado con el rey.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó Joseph—. No sé si los has mirado a la cara, pero están famélicos y extenuados. No pueden trabajar más deprisa.

—¿Me vas a decir cómo debo dirigir mi fábrica? —le contestó a su vez Graubner—. Los pedidos están disminuyendo por culpa de la tardanza de los carros.

—Ellos no tienen culpa de la situación de los caminos. Si están embarrados es por la lluvia, no porque ellos lo deseen.

—Me da absolutamente igual si es culpa suya o no. Están aquí para trabajar y obedecer en todo lo que se les pida. Si no están contentos, siempre pueden volver a picar piedras al monte que era lo que hacían antes de que llegáramos al pueblo.

El ingeniero dio por zanjada la conversación y dejó solo a su amigo en el despacho. Debido a la prisa que llevaba por abandonar ese piso, no vio cómo Joseph negaba con la cabeza y se llevaba las manos a la cara en un gesto de desesperación absoluta, no solo por la situación de la fábrica, sino por el nuevo carácter que estaba adquiriendo su amigo con el paso del tiempo. La gente del pueblo lo había admirado cuando llegó al pueblo y levantó la fábrica para darles otro tipo de vida a los habitantes de Riópar, pero su popularidad estaba bajando como la espuma. Sabía, después de escuchar involuntariamente una conversación entre varios trabajadores, que la gente estaba cambiando la visión que tenían sobre Graubner por su modo de tratar a los trabajadores, que no estaban contentos con el ambiente de tensión que había en aquel lugar. Joseph había intentado cambiar la nueva actitud de su amigo, pero le resultó imposible y sabía que ya no había vuelta atrás.

Graubner, por su parte, se dirigió directamente a la sala de máquinas con paso firme. Abría todas las puertas a su paso. Ninguna sala quedó cerrada porque necesitaba decir algo a todos los trabajadores, que se quedaron sorprendidos al ver que abría las puertas y no entraba a ninguna de las salas.

El ingeniero se quedó quieto un instante en medio del pasillo. Reflexionó sobre lo que tenía que decirles y, sin más, alzó la voz todo lo que su pecho le permitía:

—¡Atención! —dio dos palmadas—. No estoy dispuesto a perder encargos por culpa de vuestra haraganería, ¿entendido? Trabajaréis dos horas más al día y sin rechistar o no tendré más remedio que despediros. El pedido de Alicante debe estar allí en tres días y no habéis acabado ni la mitad. Así que trabajad más deprisa y durante un par de horas más.

—Pero, señor —comenzó a quejarse uno de los trabajadores—, no podemos acelerar el ritmo. De hecho, los últimos dos días no hemos parado ni para el almuerzo.

—Pues ponte a trabajar ya o tendrás que quedarte también para la cena —fue la respuesta del ingeniero—. ¡A trabajar, haraganes!

Comenzó a cerrar las puertas de las distintas salas dando así por zanjada la conversación. Cuando pasó por delante de la sala de pulidos, un sudoroso Mateo lo miró con auténtico desprecio. Las heridas de su rostro ya habían sanado, al igual que las de Graubner, pero el odio que se tenían mutuamente no había cambiado. Al contrario, con el paso de las semanas se hizo más intenso que

antes.

Graubner le dirigió una sonrisa cargada de malicia antes de cerrar la puerta con un portazo. La fábrica le estaba dando más de un quebradero de cabeza, pero en lo sentimental se consideraba la persona más feliz sobre la faz de la tierra. Su relación con Carmen iba viento en popa y los sentimientos de ambos se afianzaban con el paso de los días. Desde que habían empezado a verse en la fábrica, los problemas con Mateo se habían acabado para ellos, a pesar de que el obrero no se daba aún por vencido. En el despacho del ingeniero gozaban de una gran tranquilidad que antes no tenían. Además, nadie en el pueblo sospechaba de su relación, por lo que la felicidad les embargaba a ambos.

Graubner sonrió mientras subía las escaleras para ir a su despacho. El rostro de Carmen y sus sentimientos hacia ella eran lo que le hacía levantarse cada mañana para intentar solucionar los problemas de la fábrica. En esos momentos, se sentía más lleno que nunca, satisfecho por lo que había conseguido en tan poco tiempo. Y en su interior estaba seguro de que todo se solucionaría y su sueño saldría adelante.

—¿A qué han venido esas voces, Jorge? —interrumpió sus pensamientos Joseph—. ¿Eres consciente de lo que les has pedido?

—A estos obreros, o se les trata a voces o no te entienden —fue su respuesta.

—¿Y crees que es la mejor forma de tratarlos?

—Te repito las mismas palabras de antes: nadie me va a decir cómo debo gestionar mi fábrica —hizo hincapié en el posesivo “mi” para hacerle ver a su amigo que era él y solo él quien gestionaría aquel lugar.

—Está bien, amigo —cedió Joseph—. Hazlo como quieras. Tan solo espero que el día de mañana no tengas que quejarte de la situación de tu fábrica que tú mismo habrás provocado por culpa de tu carácter —recalcó todos los “tu”.

Y allí lo dejó solo, dándole vueltas a las palabras que acababa de decirle, preocupado por una posible quiebra de la fábrica. Sin embargo, su enorme orgullo le hizo negar con la cabeza para intentar olvidar lo que acababa de escuchar por boca de su amigo. Estaba seguro de que los problemas que ahora tenía se solucionarían y los pedidos aumentarían conforme pasaran los días y los caminos se secaran. Tenía la certeza de que ganaría la batalla a la mala situación económica.

Esa misma noche había quedado de nuevo con Carmen. La jornada laboral había llegado a su fin y estaba realmente cansado, sobre todo mentalmente por intentar buscar desesperadamente una solución a sus problemas económicos. Pero esos momentos los dedicaba exclusivamente al amor de su vida y no estaba dispuesto a dejar que unos malos pensamientos interfirieran en los minutos que pasaba con ella. Disfrutaría de su compañía y después intentaría olvidar aquel día nefasto.

Desde la ventana de su despacho había observado a los cansados trabajadores mientras regresaban a sus casas para cenar y descansar por fin. Muchos se despedían con una palmada en la espada, ajenos a la mirada que les dedicaba su jefe. Cuando por fin el silencio hizo acto de presencia en la fábrica, la noche había caído y apenas había luz en las calles. Graubner suspiró al verse por fin solo y poder disfrutar de un momento de plena tranquilidad antes de que llegara Carmen. Ella siempre había esperado un tiempo para llegar hasta allí y así evitar ser descubierta por algún vecino. La prudencia con la que se conducía por la vida era algo que había llamado la atención del ingeniero y lo valoraba en demasía.

El sonido de la puerta del despacho al abrirse a su espalda lo distrajo de sus pensamientos, y dirigió la mirada hacia la persona que entraba. Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando vio entrar a Carmen con un vestido nuevo que se ajustaba a todas y cada una de sus curvas.

—Vaya —exclamó—, si llego a saber que mi vestido iba a causar ese atolondramiento en ti, me lo hubiera puesto antes.

Se acercó a él y lo besó suavemente. Se separó un palmo de su rostro y lo observó con detenimiento. Descubrió en su gesto, además de sorpresa por su nuevo vestuario, una sombra de preocupación y desasosiego que a duras penas podía disimular.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Nada —intentó restarle importancia—. Problemas con la fábrica, pero no quiero pensar ahora en eso. Prefiero disfrutar de tu compañía.

Le cogió la mano y la condujo hacia el sofá para descansar sobre él. Allí la abrazó en silencio mientras ella reposaba la cabeza sobre su pecho. El olor a jazmín de su pelo llegó hasta él y lo aspiró como si fuera su aliento de vida. La abrazó con fuerza, sintiendo un creciente miedo en su interior. La negatividad de

todo el día se había apoderado de él y tenía miedo de que Carmen lo abandonara por otro. No obstante, no iba a dejar que la sombra de la incertidumbre se cerniera sobre ellos, haciendo que los pocos minutos que pasaban a solas no pudieran ser disfrutados.

—Me gustaría preguntarte algo, Jorge —le expuso aún apoyada en su pecho.

—Adelante —la animó.

—¿Es cierto lo que van contando los trabajadores? Me refiero al trato que les das.

Graubner se mantuvo unos segundos en silencio, incapaz de mentirle, pero con miedo a la respuesta de ella tras su confesión.

—Sí, es cierto —contestó lentamente.

—¿Y por qué lo haces? Ellos no te han hecho nada. No me gusta esa forma de ser tan rara que tienes con el resto de personas. Conmigo eres todo lo contrario a lo que cuentan los vecinos. Si alguien me pidiera que describiera tu personalidad, le diría que eres la persona más dulce que jamás he conocido, respetuoso, amable, paciente, cariñoso...

—¿Me estás describiendo a mí? —bromeó el ingeniero.

—Sí, y se lo diría a cualquiera para defenderte de las habladurías que corren por el pueblo.

—No te preocupes por mí. No me importa lo que digan sobre mi persona. Vale muy poco su palabra —calló un instante—. Y ahora dejemos de hablar de ellos. No quiero mezclar el trabajo con estos minutos de placer.

Frunció el ceño y miró para otro lado. No le gustaba que le contaran a Carmen cómo era su forma de ser con los trabajadores porque no quería que cambiara la visión que tenía sobre él. Y sentía algo de miedo al pensar que, tal vez, después de escuchar las habladurías de la gente, Carmen lo abandonara por desconfiar de él y pensar que la trataría así en un futuro. Siempre la había tratado con respeto y jamás haría nada que pudiera perjudicarla o hacerle daño. Jamás.

Sin embargo, si en ese momento alguien le hubiera mostrado su futuro, los pensamientos que rondaban por su cabeza en ese momento serían muy distintos...

Capítulo 8



El mes de abril estaba llegando a su fin y los días de sol por fin habían hecho acto de presencia. Los caminos se habían secado en los últimos días y los pedidos podían salir de Riópar sin problema alguno, además de llegar a su destino en el tiempo que habían pactado.

Juan Jorge Graubner sonrió desde la ventana de su despacho al ver salir el último cargamento del día camino de Alicante. La situación económica de la fábrica había mejorado ligeramente y podía ver algo de luz después de tanto tiempo de oscuridad en las cuentas. Se restregó las manos en un gesto de superioridad y orgullo extremos. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía completamente feliz en todos los aspectos de su vida.

Salió del despacho aún con la sonrisa en la comisura de los labios y se dirigió directamente hacia la mesa de su amigo Joseph, que se encontraba extrañamente solo en la oficina.

—¿Y ese buen humor? —le preguntó cuando lo vio llegar.

—El río por fin ha vuelto a su cauce y todo está en orden. ¿Te parece un buen motivo para estar feliz?

—Sí, pero ya sabes que yo soy más prudente en ese sentido —le contestó—. No me gusta cantar victoria antes de tiempo.

Graubner rio con las palabras de su amigo. No había nada que pudiera amargarle el día al ingeniero.

—Venga, Joseph, la fortuna nos sonríe al fin. Vienen tiempos mejores, lo presiento.

Su amigo siguió con el gesto contrariado, pero prefirió no contestar y siguió atento a los papeles que tenía entre las manos. Graubner, por su parte, decidió dejarlo solo para que siguiera trabajando mientras que él salió a la calle para disfrutar de aquel día tan soleado con un largo paseo por las inmediaciones del

pequeño pueblo.

—Necesitamos a un par de mujeres que limpien la fábrica —fue lo primero que le dijo Joseph cuando lo vio entrar de nuevo en la oficina—. Los trabajadores han demostrado tener pocas dotes para la limpieza de las máquinas y están cada vez más sucias.

—Son dos sueldos más —contestó Graubner—. Podemos seguir algo más de tiempo como hasta ahora.

—No, no podemos. He visto cómo han quedado las últimas piezas que han realizado y, a pesar del pulido, quedan motas de polvo incrustadas. No nos podemos permitir que los trabajos no estén perfectos. Necesitamos a esas mujeres, Jorge.

El ingeniero meditó durante unos minutos la propuesta de su amigo. Tenía razón. Él mismo había comprobado con desagrado el estado de las máquinas después de toda una jornada de trabajo. Sabía que sus trabajadores se esmeraban en dejarlas limpias, pero no estaban capacitados para ello. Por ello, accedió a la propuesta de Joseph.

—De acuerdo. Pero no estoy seguro de que los padres de familia o maridos quieran que sus mujeres trabajen aquí, rodeadas de hombres.

—¿Por qué no? Contrata a las que más dinero necesiten. Seguro que sus maridos no se opondrán.

Graubner sonrió de medio lado.

—Ya tengo una candidata, y no tiene marido.

Joseph frunció el ceño porque se imaginó a la persona que estaba pasando por la mente de su amigo.

—¿Estás pensando en contratar a Carmen? —le preguntó—. ¿No crees que la gente murmuraría?

—¿Por qué habrían de hacerlo? Nadie conoce nuestra relación.

—Mateo sí —contestó rápidamente su amigo—. Y podría malmeter y extender rumores sobre vosotros si la ve trabajando aquí.

—No lo hará —fue su respuesta.

—Pero... —empezó a protestar.

—Pero nada —zanjó la conversación—. Haz llamar a José García. Que se presente inmediatamente en mi despacho.

Y sin más que añadir, dejó solo a Joseph para que cumpliera el encargo que acababa de pedirle. Sonrió para sí al imaginarse a Carmen trabajando durante todo el día en aquella fábrica. Tendría la oportunidad de verla más horas, aunque no pudiera disfrutar de una conversación con ella o unos minutos a solas. Lo único que le importaba en ese momento era verla y pasar más tiempo junto a la única persona que había sido capaz de sacar lo mejor de él.

Unos tímidos nudillos llamaron a su puerta, interrumpiendo los pensamientos que pasaban por su mente.

—Adelante —ordenó con voz grave.

La puerta se abrió despacio para dar paso a José García, padre de Carmen. El miedo se notaba a leguas en la cara de aquel obrero. Lo observó un instante antes de señalarle la silla que reposaba enfrente de la suya propia. Aquel hombre menudo y de complexión corpulenta poco tenía que ver con su hija. Graubner supuso que Carmen se parecía a su difunta madre. Tan solo se parecía a su padre en el color chocolate de sus ojos y en su cabello extremadamente moreno y lacio.

—Siéntese —le ordenó mientras él se sentaba a su vez en la otra silla.

Observó que las manos de José temblaban como la hoja de un árbol antes de caer en el otoño. Graubner nunca hablaba directamente con los obreros y, si lo hacía, era para tratar un tema especialmente grave.

El ingeniero intentó no endurecer la mirada para no asustar a José. No quería que, al que consideraba su suegro, se llevara una mala imagen de él, por lo que no demoró la conversación que tenía pendiente con él.

—Supongo que no sabe por qué le he mandado llamar.

—No, señor —bajó la mirada—. Pero supongo que me va a echar.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Bueno —tartamudeó—, usted ha echado a varios trabajadores últimamente...

—Esas personas están en la calle porque tenía un buen motivo para expulsarlos. Sin embargo, usted no ha hecho otra cosa que demostrar su arduo

trabajo y su buen hacer, según han comentado mis oficiales —mintió para no ser descubierto—. Por lo tanto, comprenderá que no voy a echar a uno de mis mejores trabajadores.

José levantó la mirada de golpe. Una sonrisa de agradecimiento apareció en la comisura de sus labios. Sin embargo, no se atrevió a hablar para no decir algo que pudiera hacerle cambiar de opinión.

—Entonces, si no es mucha la indiscreción, ¿por qué me ha llamado? —se retorció las manos.

Frunció el ceño sin comprender, lo cual marcó aún más las arrugas de su frente.

—Mi mejor consejero, Joseph, me ha advertido de la extrema necesidad de contratar a un par de mujeres para la realizar las tareas que a los trabajadores les cuesta más trabajo.

—¿Se refiere a la limpieza de las máquinas? —intervino.

—Exacto. Yo mismo he podido comprobar que el polvo se acumula en la maquinaria, provocando que los pedidos tengan ciertos desperfectos.

—Lo siento mucho, señor —se disculpó enseguida José—. No volverá a ocurrir. Le prometo que pondré más empeño en limpiar la máquina en la que trabajo.

Graubner negó con la cabeza y una ligera sonrisa apareció en su boca.

—No se lo he referido para que me pida disculpas, sino para pedirle algo. Sé que no viven mal y que todos los días pueden llevarse un trozo de comida a la boca, pero me gustaría que vivieran sin demasiadas apreturas económicas en su casa.

—No le entiendo, señor.

—Me gustaría que una de las mujeres que trabajen en la fábrica sea su hija.

Un silencio incómodo se instaló entre ambos. José estaba sorprendido por la petición que acababa de hacerle su jefe. Por una parte, le encantaba la idea de que Carmen trabajara allí porque así no tendría que estar todo el día sola en casa. Pero, por otra, tenía miedo de que su reputación se viera afectada por estar todo el día rodeada de hombres.

Graubner esperaba una respuesta de José. Su corazón latía con tanta

intensidad que, por un momento, pensó que su interlocutor lo escucharía. Deseaba que su respuesta fuera afirmativa, y se concentró para que sus sentimientos no se reflejaran en su pálido rostro.

—¿Qué me dice? —lo instó con impaciencia para que le diera una respuesta.

—Está bien —contestó al fin—. Se lo propondré y espero que mañana se anime a venir conmigo.

—Estupendo —estuvo a punto de sonreír.

—Pero ha dicho que contrataría a dos mujeres. Me gustaría que mi hija no fuera la única que trabajara aquí. Ya sabe... su reputación se vería afectada.

—Por eso no se preocupe. Si conoce a otra mujer a la que le haga falta el dinero, propóngaselo y que venga mañana con su hija.

José sonrió aún más con las palabras que acababa de escuchar. Le agradeció con total sinceridad lo que había hecho por él y por su familia, y se levantó de la silla para marcharse. Sin embargo, una pregunta apareció en su mente y no podía irse de allí sin referírsela.

—Señor —se dio la vuelta—, ¿por qué a mí? Hay muchísimos trabajadores en la fábrica y a algunos le hace más falta el dinero. No es que no le agradezca lo que ha hecho, pero me sorprende.

—Hace unos minutos le he dicho que mis oficiales me habían comentado el trabajo que realiza. Considérelolo como una recompensa por ello.

El día siguiente amaneció nublado. El sol había vuelto a esconderse como los duros días de invierno semanas atrás. Graubner rezó para que las lluvias no volvieran a aparecer y los caminos siguieran secos para que los carros no tuvieran problemas al salir de aquel lugar.

Sin embargo, a pesar de las nubes en el cielo, estaba completamente entusiasmado. La noche anterior, Carmen le había dado la noticia en persona: aceptó trabajar en la fábrica para así pasar más tiempo junto a él, aunque le doliera no poder mostrar su amor en ningún momento. El ingeniero estaba deseando llegar a la fábrica y encontrarla en alguna estancia limpiando con la amiga que le había comentado la noche anterior. Al parecer, al proponerle su padre el trabajo pensó enseguida en su gran amiga Julia, en cuya familia trabajaba únicamente su padre y debían alimentar siete bocas. Graubner aceptó sin pensarlo a esa joven para el puesto.

—El desayuno está listo, señor —escuchó a María desde el otro lado de la puerta.

—Bajo enseguida —contestó.

Terminó de ponerse la chaqueta del traje, se peinó de nuevo un mechón rebelde del pelo y bajó rápidamente las escaleras. Los nervios que tenía por ver a Carmen le impidieron desayunar la misma cantidad de comida que otros días, por lo que terminó a los pocos minutos.

Salió de casa sin el abrigo que le había acompañado los duros días de invierno y caminó con paso ligero hacia la fábrica. Cuando llegó, desde el pequeño patio de la entrada podía advertir la presencia de Carmen mientras limpiaba el recibidor. Su cuerpo menudo se movía con rapidez de un lado para otro, al igual que los rebeldes mechones de su pelo que ondeaban con la ligera brisa de la mañana que entraba por la puerta entreabierta. Jamás la había visto limpiar y comprobó que se desenvolvía con mucha soltura. Sus pasos eran firmes y en su rostro se podía notar la extrema concentración con la que llevaba a cabo su trabajo.

—Buenos días, señorita García —la voz le tembló ligeramente al pronunciar esas palabras.

Carmen se volvió hacia él y un amago de sonrisa apareció en sus labios, aunque supo reponerse enseguida y disimular sus sentimientos ya que los trabajadores del laboratorio podrían escucharlos.

—Buenos días, señor —agachó la cabeza intentando aguantar una sonrisa, aunque el ingeniero pudo vislumbrar el sonrojo de sus mejillas.

—Me alegra ver que finalmente aceptó la propuesta que le hice a su padre.

Carmen asintió. Las palabras se le habían quedado ahogadas en la garganta y no pudo responderle. De repente, un gesto de sorpresa y miedo se reflejó en su rostro cuando fijó la vista detrás de Graubner. Una nueva sombra se cernió sobre el portal y el ingeniero pudo ver enseguida que se trataba de Mateo, que llegaba tarde a su puesto de trabajo. En su cara se podía ver el mismo gesto de sorpresa que tenía Carmen. Miró alternativamente a uno y a otro para intentar adivinar lo que estaba ocurriendo en la fábrica, pero parecía no entenderlo o no creer lo que tenía ante sí.

—Cuánto tiempo, Carmen —fue su saludo.

—Sí, mucho —tartamudeó.

—Llega tarde —intervino Graubner enfadado—. Los horarios están para cumplirlos.

—Usted también llega tarde —fue su réplica—. El capitán del barco no puede permitirse retrasos porque lo que hay a su alrededor podría naufragar.

—Lo que yo pueda permitirme no es asunto suyo —alzó la voz—. Y ahora váyase a trabajar.

Antes de hacerlo, le dirigió una mirada de auténtico asco a Graubner y otra de odio hacia Carmen. Esta se había mantenido a raya en todo momento. Por una parte, su corazón le pedía frenar la boca de Mateo pero, por otra, sabía que si lo hacía su reputación se vería afectada inmediatamente. Con una última mirada a su amado se dio media vuelta y entró a la sala de recepción donde se encontraba su amiga.

El ingeniero pudo verla antes de que Carmen cerrara la puerta. Se trataba de una joven con la que se había cruzado alguna vez por las calles del pueblo. Siempre le había recordado a las mujeres de su país: su melena rubia y lacia caía hasta la mitad de su espalda. Su delgadez y altitud provocaban más de una mirada lasciva entre los hombres con los que se cruzaba. Sus increíbles ojos azules parecían un reflejo del cielo. Su mirada angelical desprendía ternura allá por donde pasara. Sin embargo, a pesar de la perfección de su rostro, Graubner no la veía tan hermosa como a Carmen.

—¿Estás comprobando que limpian bien?

Estaba tan concentrado en lo que veían sus ojos que la voz de Joseph a su espalda le hizo dar un respingo.

—Buenos días a ti también —fue su respuesta irónica—. Y no, tan solo estaba metido en mis pensamientos.

—¿En mitad del portal? —sonrió—. Sí que son profundos esos pensamientos.

El ingeniero lo miró de reojo para intimidarlo, pero la sonrisa que intentaban evitar sus labios lo delató, lo cual provocó la risa de su amigo.

—Será mejor que subamos —le dio una palmada en la espalda—, o en unos minutos se te saldrán los ojos con tanta mirada.

Graubner, con las manos en los bolsillos, lo siguió escaleras arriba. La sonrisa

apareció por fin en sus labios, dejando ver la blancura de sus perfectos dientes. Sin duda alguna, los aburridos días en la fábrica se habían acabado.

Capítulo 9



Un mes después de la llegada de Carmen a la fábrica la situación había cambiado ligeramente. Graubner tenía cada vez más problemas con el ayuntamiento del vecino pueblo de Alcaraz y la situación económica estaba regresando poco a poco a los comienzos. El ingeniero y Joseph intentaban día a día mejorar la situación, introduciendo mejoras en la maquinaria para que los alcaraceños confiaran más en ellos y se convencieran de que el dinero que invertían obtendría los resultados prometidos. Sin embargo, no solo debían convencer al cercano pueblo sino también al rey, que pedía informes con más asiduidad que antes debido a las quejas que el ayuntamiento de Alcaraz había enviado a Madrid.

Los días pasaban y la tensión que reflejaba el rostro de Graubner era cada vez mayor. Los obreros habían empezado a murmurar como meses atrás y los rumores sobre la mala situación económica de la fábrica se extendían por el pueblo a pesar de que el ingeniero aseguraba que no les faltaría trabajo.

No obstante, esos momentos de tensión acababan cuando la jornada laboral llegaba a su fin y los trabajadores regresaban a sus hogares. Por fin podía tener un momento de tranquilidad y sosiego con Carmen que cada vez soportaba menos los comentarios que hacían sobre su amado en la sala de máquinas.

—Es muy duro no poder contestar y decirles cuatro cosas a la cara para que se callen de una vez por todas.

Ambos estaban recostados en el sofá del despacho y apenas habían hablado desde que Carmen subió cuando todos se fueron. Graubner la notaba extraña, había algo distinto en sus ojos que no podía descifrar. Sabía que no le ocurría nada malo, pero una parte de él estaba convencida de que ese día cambiaría algo entre ellos.

—No te preocupes por eso, Carmen. Ya te lo dije hace tiempo. Lo único que me preocupa eres tú. Y sé que estás rara esta noche. ¿Te ocurre algo más, aparte

de lo que me has dicho?

Carmen se incorporó de su pecho y lo miró directamente a los ojos.

—Sí —contestó—. Me gustaría que nuestra relación cambiara en algo.

Graubner la miró sin entender a lo que se refería, pero calló cuando la mano de ella recorrió su cara como si quisiera analizar las facciones del ingeniero. Le acarició los labios con una ternura infinita, como si fuera la primera vez que los veía y quisiera recordarlos para siempre.

Carmen cerró los ojos un instante. Se la veía indecisa. Parecía que quería hacer algo, pero no se atrevía aún. Sus mejillas se volvieron de color rosa y agachó la cabeza para que Graubner no la viera. Sin embargo, cansado de esperar un movimiento por su parte, posó un dedo bajo su barbilla y le levantó la cara.

—Abre los ojos —le pidió con voz dulce—. Dime qué te ocurre.

Posó, de nuevo, la mirada en los ojos verdes de su amado y, sin contestar a su petición, lo besó dulcemente aunque con firmeza. Saboreó sus finos labios como si fuera la última vez que lo hiciera. Llevó la mano a su pecho y, por primera vez en su vida, experimentó la sensación que producía acariciar a un hombre de una forma íntima, aunque aún llevara puesto el traje. Sin embargo, el ingeniero le facilitó el trabajo y se quitó la chaqueta. Con suavidad, llevó los dedos de Carmen hacia los botones de la camisa para que los desabrochara. Él, por su parte, llevó una mano a la cintura de ella y la acarició con una ternura infinita. Descubrió que los botones de su vestido se encontraban en la espalda y se deshizo de ellos con rapidez. Creció en él la necesidad de acariciar su aterciopelada espalda y no esperó ni un minuto para cumplir su deseo. Deslizó el vestido por los hombros y la desnudó con cuidado. No quería que la imperiosa necesidad que sentía la asustara y le impidiera consumir el deseo ardiente que tenía en su interior.

Carmen dibujaba círculos en su pecho desnudo. La camisa blanca reposaba, al fin, en el suelo junto a su vestido gris que finalmente le había quitado su amado. Este la recostó en el sofá mientras recorría su cuello con los labios, besando cada rincón que le resultaba desconocido. Bajó lentamente la mano hacia sus pechos y los acarició. Su delicadeza le produjo un placer inmenso y no pudo sino bajar hasta ellos y recorrerlos del mismo modo que había hecho con su cuello.

Carmen terminó de quitarle la ropa y admiró su cuerpo desnudo. Lo besó con

pasión y lo abrazó con fuerza, pegando su cuerpo al de Graubner y disfrutando de la desnudez de ambos, pero una sombra de temor apareció en los ojos de ella:

—Jorge —tartamudeó—, yo no he hecho esto nunca.

—Shhh... —la silenció él—. Lo último que querría es hacerte daño. No te preocupes por nada.

Carmen asintió y lo dejó hacer. Graubner la miró a los ojos y, como pocas veces lo había visto, en su rostro se veía dulzura y un amor incondicional que parecía jurarle para siempre con su mirada. Ese amor la inundó de seguridad en sí misma y de una felicidad que jamás había sentido.

Se miraron una vez más y se vieron el alma a través de los ojos antes de unir sus cuerpos por primera vez. En ese instante, no existía la fábrica, ni los habitantes del pueblo, ni el mundo. Tan solo existían ellos. Y era lo único importante y transcendental durante ese momento. No había nada que pudiera entorpecer y malograr lo que sentían sus cuerpos y sus almas. Nada rompería el vínculo que se había creado entre ellos.

Sin embargo, ninguno de los dos sabía que aquella noche sería decisiva en sus vidas y que todo, absolutamente todo, cambiaría a partir de aquel momento. Lo que habían vivido hasta entonces daría un giro radical y lo que sintieron entre esas cuatro paredes marcaría sus vidas para siempre.

Capítulo 10



El verano estaba a punto de entrar y aún recordaba la primera vez que unió su cuerpo con el de Carmen. Sonrió cuando ese momento regresó a su mente aquel caluroso día. Las temperaturas se habían disparado y apenas podía aguantar la chaqueta del traje sobre sus hombros. Ni siquiera a través de la ventana abierta entraba un soplo de aire que pudiera refrescar el ambiente tan caldeado del despacho.

Los trabajadores también sufrían los estragos del calor entre los fuegos de algunas de las máquinas, pero nada se podía hacer para que las jornadas fueran más fáciles y refrescantes para todos.

A pesar de que la fábrica había vuelto a tener subidas en los pedidos y, por ende, las cuentas eran mejores, había algo que preocupaba en gordo a Juan Jorge Graubner: Carmen. Todo había ido mejor que nunca hasta hacía unos días. Le daba la sensación de que Carmen lo esquivaba. No era capaz de mirarlo a los ojos cuando se cruzaba con él y apenas le dedicaba unas palabras cuando se reunían por la noche en el despacho. Parecía que la mente de ella estaba en otro lado en lugar de estar con él. Todas las mañanas la veía algo más delgada que el día anterior y en su cara demacrada se podía leer una preocupación cada vez mayor.

En incontables ocasiones, Graubner le había preguntado el motivo de su aspecto y su estado, pero Carmen no era capaz de confesarle lo que la preocupaba. Sabía que ocultaba algo relacionado con él porque había estado averiguando y no había tenido ningún problema con alguno de los hombres de la fábrica o con su padre. Además, descubrió que era solo con él con quien se comportaba así de esquivo. Por eso, cuando llegó la noche y todos los trabajadores se fueron y ellos se quedaron solos no tuvo más remedio que volver a preguntarle.

—No me pasa nada, de verdad —era su respuesta de siempre—. No te

preocupes.

—Estás esquivando conmigo. ¿Y pretendes que no me preocupe? No voy a parar hasta que me lo digas.

Carmen miró hacia otro lado, volviendo a esquivar su mirada inquisitoria. Una lágrima se escapó de sus ojos y se perdió en su mejilla. En su interior sentía que debía decirle la verdad, pero sentía miedo de su reacción.

—Yo... —tartamudeó—. Jorge...

—Dime, por Dios —le pidió.

—Estoy embarazada —dijo al fin.

Después de confesarle lo que ocurría, lloró como si fuera una niña y descargó la ansiedad y el padecimiento que sentía en su interior. Carmen se abrazó a él, intentando buscar consuelo entre sus brazos. Toda su vida se desmoronaba y no sabía qué hacer para solucionar aquello que se avecinaba.

Graubner, por su parte, se había quedado anonadado con la noticia. No sabía cómo reaccionar ante lo que acababa de confesarle el amor de su vida. Por una parte, se sentía completamente feliz. Tener un hijo con la mujer que amaba era algo más que deseado por él. Pero, por otra parte, sintió miedo. Todo lo que habían conseguido hasta entonces se tambaleaba bajo sus pies. Todo el pueblo se enteraría de lo sucedido entre ambos. Sin embargo, le preocupaba aún más la reputación de Carmen, que se vería afectada por los comentarios de la gente que la tacharían de indecente e impúdica, y más aún sabiendo que trabajaba en la fábrica.

—Hallaremos una solución —susurró al fin—. No te preocupes.

—Pero, ¿cómo me pides eso? Si mi padre se entera...

Se llevó las manos a la cara temblando de miedo. Su padre no soportaría una afrenta así y la castigaría duramente por ello. Hasta entonces, la había dejado con mucha libertad y nunca le había pedido explicaciones, pero a partir de aquel momento todo sería muy distinto y más aún si se enterase de que el padre era Graubner.

—No lo va a aceptar —repetía una y otra vez Carmen—. Mi padre no va a aceptar nuestra relación.

Graubner se levantó del sofá y paseó por la habitación en silencio. Meditaba

las posibilidades que pudieran tener por remotas que fueran, pero no encontraba una solución. Sabía que Carmen tenía razón: su padre no lo iba a aceptar de buen grado cuando conociese la noticia.

Respiró hondo mientras apoyaba las manos en la mesa del despacho. Agachó la cabeza en señal de derrota. No tenía miedo por la noticia del embarazo, sino por la repercusión de esta entre la gente del pueblo y, sobre todo, el padre de Carmen. Esta le había contado en alguna ocasión que su padre estaba deseoso de casarla, y que el candidato que más le gustaba era Mateo. Estaba seguro de que después de saber la noticia haría lo imposible para casarla antes de que se le empezara a notar.

El cuerpo le temblaba. Pocas veces en su vida había sentido lo mismo que en aquel momento. El miedo le había paralizado el cuerpo y se sentía incapaz de hablar o pensar con claridad. Un sentimiento de derrota avanzaba por su cuerpo al mismo tiempo que el miedo. Era una persona que siempre había tenido todo bajo control y esto se le escapaba de las manos.

—No va a querer que sigamos juntos —escuchó la voz de Carmen—. Me va a alejar de ti.

Apretó los puños después de oír esas palabras. Sabía que Carmen tenía razón y José no les permitiría estar juntos. Se volvió hacia ella con el rostro contraído por la rabia.

—Jamás voy a dejar que te separen de mi lado —sentenció con voz firme—. Nadie me va a impedir ser feliz a tu lado. No lo voy a consentir.

—No lo entiendes. Me va a obligar a casarme.

—Pero, ¿con quién?

Carmen levantó la mirada de golpe mientras nuevas lágrimas acudían a sus ojos.

—Yo me quiero casar contigo.

Graubner, de espaldas a Carmen, cerró los ojos con fuerza y negó imperceptiblemente con la cabeza. Siempre había temido que Carmen pronunciara esas palabras porque sabía cuál iba a ser la respuesta por su parte. El ingeniero deseaba sobre todas las cosas casarse con ella, pero había algo que se lo impediría de por vida. Algo que había intentado olvidar desde que la había conocido. Algo que les iba a hacer sufrir el resto de sus días: su título nobiliario.

Apretó los puños con fuerza, sintiéndose incapaz de mirarla a la cara.

—Te va a odiar y va a pensar que me forzaste a meterme en tu lecho — continuó ella, haciendo caso omiso a su silencio—. No va a creer que lo hiciera por amor. Me va a casar con otro para vengarse de ti por lo que has hecho. Y ya sabes quién está dispuesto a ocupar tu lugar.

—Jamás —vociferó dando un puñetazo en la mesa—. No me va a vencer. Buscaremos otra solución.

Carmen se acercó a él para abrazarlo e intentar calmarlo y así descubrir qué pasaba entonces por su cabeza, pero un ruido procedente del piso inferior los alertó. El ingeniero cogió rápidamente el abrecartas que reposaba encima de la mesa y salió fuera del despacho.

—Quédate en el despacho y no salgas —le pidió a Carmen al verla salir detrás de él.

Bajó las escaleras con pasos sigilosos. Su mano derecha levantaba el abrecartas dispuesta a atacar si descubriera algún peligro. Cuando faltaban apenas dos escalones para llegar al piso de abajo, vio cómo un gato negro se paseaba por la entrada mientras que varias piezas de inspiración mitológica realizadas en bronce se encontraban rotas en el suelo.

El ingeniero bajó la mano al descubrir lo que había ocurrido. Miró con enfado el destrozo que había provocado aquel gato de mal agüero. Aquellas imágenes las había mandado realizar porque siempre había adorado la mitología griega. Y ahora estaban rotas en pedazos por todo el pasillo.

El gato maullaba mientras saltaba ágilmente por encima de las piezas que él mismo había tirado. Graubner lo tomó como si estuviera riéndose de lo que acababa de provocar, por lo que abrió la puerta del edificio y observó con gusto cómo aquel animal se marchaba de allí no sin antes dedicarle una mirada.

—Maldito gato —susurró.

Desechó la idea de buscar a algún otro visitante por las distintas estancias de aquel piso. Estaba completamente seguro de que había sido el gato quien provocó aquel destrozo. Subió las escaleras con el mismo silencio con el que las había bajado y regresó junto a Carmen para intentar calmarla y buscar juntos una solución.

Lo que Juan Jorge Graubner no sabía en ese momento era que otros ojos,

además de los del gato, lo habían estado observando a través de los cristales que tenía la puerta del laboratorio. Esos ojos no pertenecían a ningún animal, ni a un ladrón, sino que se trataba de la persona que iba a arruinar por completo la vida del ingeniero.

En la oscuridad apenas se podía distinguir la sorpresa y el enfado que reflejaba su rostro. Lo que había escuchado detrás de la puerta del despacho hacía comprensibles las ansias que tenía por acabar con él, por matarlo. Aunque una idea mejor rondaba ya por su mente.

El siguiente día de trabajo comenzó como cualquier otro. Nada parecía haber cambiado en todas aquellas personas que entraron al edificio. De hecho, el ingeniero y Carmen habían pactado seguir como si nada hubiera pasado hasta que encontraran una solución que no perjudicase a nadie. Sin embargo, aquella mañana cuando llegó a la fábrica no vio a su amada por ningún lado. Nadie sabía el motivo por el que aquel día no fue a trabajar, ni siquiera su amiga la había visto desde el día anterior.

Joseph ya se encontraba tras la mesa de la oficina cuando él, con el ceño fruncido por la extrañeza, subió a su despacho. Cuando su amigo lo vio le señaló las numerosas cartas procedentes de la capital que habían llegado esa misma mañana. Sin embargo, Graubner no se sentía con fuerzas para abrirlas sino que necesitaba a alguien con quien desahogar la impotencia y la rabia que tenía en su interior.

—¿Podrías dejar un momento lo que estás haciendo y venir a mi despacho?
—le pidió en voz baja.

—¿Es que ocurre algo grave?

Graubner asintió sin darle más explicaciones y le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera.

—¿Malas noticias para la fábrica?

—A la fábrica no le ocurre nada. Marcha estupendamente —abrió la puerta del despacho y lo dejó entrar—. Es mucho más grave lo que me ocurre.

Miró a su alrededor para comprobar que no hubiera nadie más en la oficina y entró detrás de su amigo. Cerró la puerta con un suspiro y el gesto de su rostro cambió por completo, algo que preocupó en demasía a Joseph.

—¿Qué ocurre? —le preguntó su amigo.

—Hace unos días, Carmen se empezó a comportar de forma extraña. De hecho, supongo que la habrás visto más delgada y demacrada.

—Sí, así es. Pero pensaba que era por el exceso de trabajo.

—El trabajo no tiene nada que ver —contestó con rapidez—. Hay... algo en ella que está cambiando.

Miró a su amigo para comprobar que lo seguía, pero en su rostro tan solo se reflejaba la duda. Se retorció las manos con enfado y bajó la voz para continuar:

—Está embarazada —miró hacia otro lado para que su amigo no advirtiera la rabia que reflejaban sus ojos.

—¿De ti? —le preguntó Joseph para su sorpresa.

—Pues claro que sí —contestó con tirantez—. ¿De quién si no?

—Lo siento, la pregunta ha estado fuera de lugar —se disculpó—. ¿De cuánto tiempo?

—¿Y eso qué más da?

—No da igual, Jorge —empezó a explicarle—. Si alguien deja embarazada a tu hija, ¿qué harías?

Graubner lo miró a los ojos, con miedo de poner en palabras lo que le rondaba por la cabeza en ese momento.

—Casarla —contestó en un susurro mientras se miraba las manos.

—Entonces, el tiempo que lleva embarazada sí importa. La casarán cuanto antes. Y si tú eres el padre, lo lógico es que te casen con ella.

El ingeniero levantó la mirada de golpe. Desde que empezó su relación con Carmen había pensado pasar el resto de su vida con ella porque era lo que más quería. Sin embargo, nunca pensó que para estar con ella debía casarse. Le gustaba la relación que había tenido con ella hasta entonces. Eso era lo máximo a lo que podría aspirar con la joven.

No obstante, había algo que le impedía pensar en una boda con ella. Algo en lo que pensó nada más conocer el embarazo de ella: el título nobiliario. Algo que había dejado en el olvido desde su llegada a Riópar y que muy pocas personas conocían de él. Antes de viajar a España, el rey austríaco le había concedido el título de marqués, lo cual le impedía casarse con una mujer inferior a su

posición. Hasta entonces, había olvidado su título y siempre pensó que podría llevar con libertad su relación con Carmen, pero ahora volvía a aparecer su rango de nobleza y, por un momento, deseó no haberlo poseído nunca.

—¿Qué pasa, no te quieres casar con ella? Te ha cambiado el gesto.

Graubner se pasó las manos por la cara negando con la cabeza.

—No es eso. Es que hay algo de mí que no sabes. Incluso yo mismo lo había llegado a olvidar con el tiempo.

—No eres una persona a la que se le olviden las cosas con facilidad.

El ingeniero suspiró.

—Está bien —cedió—. No lo olvidé, pero me hubiera gustado olvidarlo cuando conocí a Carmen. Cuando vine a España no lo hice con intención de enamorarme, sino de trabajar y conseguir lo que tengo a mi alrededor. No solo te traje a ti o al resto de ingenieros, sino que vine acompañado de un título.

—No estoy seguro de comprender —comentó con lentitud.

—El rey me concedió el título de marqués y si no hubiera sido por ese maldito título, nada de esto sería realidad porque, de no pertenecer a una familia importante, nadie habría escuchado mi exposición y no habría conseguido la cédula necesaria para explotar la mina de calamina. Yo acepté la proposición. ¡Cómo no iba a hacerlo! ¡Me nombraría marqués! En aquel momento, lo vi como otro sueño hecho realidad, pero ahora me va a hacer la vida un infierno. Cuando conocí a Carmen, preferí callar sobre el título e intenté no darle importancia. Pero ahora que tengo en mis manos la oportunidad de casarme con ella, no puedo hacerlo. El maldito título me impide casarme con una mujer de estatus inferior, Joseph. Cuando Carmen me dijo que estaba embarazada, pensé inmediatamente en el título, pero ahora que te he escuchado decir que me casara con ella podría intentarlo —terminó de forma atropellada.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé —se exasperó—. Si le digo que poseo el título de marqués y que no puedo casarme, va a pensar que estaba con ella por pura diversión. Y no es así, pero si no se lo cuento creerá que no me quiero casar con ella. Haga lo que haga, estará mal. Y no me gusta que las cosas me salgan mal.

—Acabas de decir que podrías intentarlo. ¿Vas a casarte con ella a

escondidas?

Antes de contestar, Graubner se paseó por el despacho como un animal enjaulado. En su rostro se podía entrever lo que sentía su corazón. Se enfrentaba a la mayor de las decisiones con las que se había encontrado en el camino y, por primera vez, no sabía qué hacer para solucionar ese problema de la mejor manera posible y sin hacer sufrir a Carmen.

—No lo sé, amigo —contestó por fin—. Podría perder todo lo que tengo, todo por lo que he luchado.

—Y si no, perderás a la persona más importante de tu vida.

—Lo sé —se llevó las manos a la cara—. ¿Qué hago?

—No lo sé, Jorge. Es tu propia decisión.

Unos nudillos, que llamaban insistentes a la puerta, interrumpieron sus pensamientos y los de su amigo. Ambos se miraron con gesto de extrañeza, dado que sabían que todos los trabajadores se encontraban terminando uno de los pedidos encargados desde Toledo y debían arrimar el hombro para acabarlo cuanto antes.

La persona que se encontraba al otro lado de la puerta volvió a llamar, aunque con tanta fuerza que parecía más bien que quería echar la puerta abajo.

—¡Adelante! —casi gritó Graubner, y añadió en un susurro—. Hay quien no sabe lo que es la educación.

José García entró rápidamente a la sala y miró con decisión al ingeniero.

—Necesito hablar un momento con usted, señor —arrastraba las palabras como si intentara aparentar calma—. A solas.

Graubner asintió con gravedad. Su corazón se desbocó cuando vio asomar el rostro del padre de Carmen por la puerta. Por su mente pasaron pensamientos contradictorios. Por una parte, deseó decirle lo que ocurría con su hija, la relación que tenían y que ella esperaba un hijo suyo. Pero, por otra parte, sintió miedo por las posibles consecuencias que conllevarían sus actos.

Intentó calmarse y asintió a su petición de hablar a solas. Miró a su buen amigo Joseph, que se levantó de la silla y se dispuso a volver a su puesto de trabajo:

—Bueno, yo tengo mucho trabajo por delante —palmeó la espalda de José

con una sonrisa y cerró la puerta tras de sí.

Una vez solos, Graubner le señaló la silla que anteriormente había ocupado Joseph y él mismo se sentó detrás de la enorme mesa de madera.

—Usted dirá, señor García —lo instó amablemente, aunque con el corazón desbocado.

El padre de Carmen suspiró con intensidad y lo miró a los ojos intentando descifrar lo que escondía la fría mirada de Graubner.

—Mi hija va a dejar el trabajo, señor —dijo lentamente—. No se encuentra bien.

—¿Eso ha decidido? —se extrañó ya que el día anterior no le había comentado nada.

José, antes de contestar, juntó sus manos sobre la mesa y volvió a escudriñarlo de arriba abajo. El ingeniero se puso aún más nervioso. Esa situación no le gustaba porque sabía que no tenía el mando sobre ella y no lograba descifrar qué le diría su interlocutor.

—En realidad, no —contestó José—. No lo ha decidido ella, sino yo. No sé si habrá comprobado que los últimos días se encontraba con aspecto diferente.

—Sí, lo he notado —carraspeó—. Puede que necesitara menos horas de trabajo.

—Eso no tiene nada que ver —dijo con rapidez—. Ella ha estado siempre en mi casa trabajando y nunca se ha quejado. Jamás ha estado tan demacrada como estos días.

—¿Entonces a qué se debe? —le preguntó el ingeniero.

—¿Y a usted por qué le interesa tanto el estado de mi hija? —le devolvió la pregunta—. Nunca le he visto preocuparse por el estado de los trabajadores a pesar de las horas que trabajan. Entonces, ¿por qué lo hace con mi hija? Ella es una trabajadora más.

El corazón de Graubner volvió a sobresaltarse con esas palabras. No sabía qué contestar a eso. Intentó devolverle la misma mirada helada que le dirigía José, pero apenas podía controlar sus nervios. Estaba seguro de que el padre de Carmen sabía lo que estaba ocurriendo entre ellos dos.

Tragó saliva para ganar tiempo y con voz casi temblorosa le contestó:

—Sé que es una trabajadora más, señor García. Pero pertenece a un género distinto al del resto de obreros. Era por eso, nada más.

José dio un manotazo con fuerza sobre la mesa, algo que sobresaltó a Graubner. Se levantó de la silla y miró a su jefe con una expresión de auténtico asco y fiereza.

—¿Cómo es posible que tenga la desfachatez de contestarme con mentiras? —vociferó—. El hecho de que sea usted amo y señor de todo esto no le da derecho a jugar con personas honradas como nosotros.

—Yo no juego con nada, señor García —se levantó también de la silla para estar ambos a la misma altura—. Y no le consiento que me alce la voz de esa manera.

—¿Que no me consiente dice? —se burló—. ¿Y yo sí tengo que consentir lo que ha hecho con mi hija? Debería matarlo por ello.

Graubner no supo qué contestar. Se sintió derrotado por el padre de Carmen. Vio cómo el muro que había intentado construir con su amada se venía abajo sin que él pudiera hacer nada para evitarlo.

—¿No va a decir nada? —le gritó.

—Señor García —comenzó mientras apretaba los puños—, lo que ha ocurrido entre su hija y yo ha sido de mutuo acuerdo. Yo no me he aprovechado de ella.

—¿Está seguro? Me parece que el bombo que le va a crecer sí es porque se aprovechó de ella. La ha engañado para llevársela al catre. La habrá engatusado con su dinero y fantasías sobre lo bien que se vive entre algodones, pero mi hija es una muchacha honrada a la que no le hace falta su dinero para vivir.

—No consiento que diga que he engatusado a su hija —alzó la voz—. Yo nunca la he engañado.

—¿Ah, no? ¿Y cómo llamaría usted a eso?

—Amor —contestó enseguida—. Su hija me quiere y yo a ella. No hay nada de malo en ello.

José se rió de las palabras que acababa de pronunciar Graubner.

—¿Amor? ¿Un señoritingo como usted va a sentir amor por una mujer como mi hija que apenas tiene pan para llevarse a la boca todos los días? No me lo creo.

—Me da exactamente igual lo que usted crea o no. Su hija y yo nos queremos.

—Mire, no me importa si me echa de la fábrica, pero no voy a consentir que engañe a mi hija con palabras bonitas y con un bolsillo lleno de dinero. Lo que han hecho no tiene vuelta atrás y yo no puedo consentir que la gente la tache de indecente. Mi hija se va a casar cuanto antes.

Graubner veía que la situación se le escapaba de las manos y no podía hacer nada para solucionarlo.

—En cuanto a eso... —comenzó.

—No se preocupe por la boda porque no tiene ni voz ni voto —lo cortó—. Antes de que ocurriera todo esto, intentaba animar a mi hija para que se casara con su amigo de toda la vida: Mateo, y ahora se me ha presentado una oportunidad que no puedo desaprovechar.

Sin duda alguna, el muro del ingeniero estaba ya derrumbado del todo. La felicidad se alejaba de él a pasos agigantados y sabía que jamás lograría alcanzarla.

—Esa decisión no va a hacer feliz a su hija —intentó desanimarlo—. No lo haga.

—Ni a ella ni a usted, que es el culpable de todo esto —le contestó—. Mi hija hará lo que yo le diga, que es lo que hacen todas cuando entran en edad casadera. Y en cuanto a usted, me alegra saber que sufrirá al verla casada, tanto como yo he sufrido al conocer que estaba embarazada. ¿O acaso pensaba responsabilizarse del niño cuando naciera? ¿O se había planteado casarse con ella?

No lo dejó hablar.

—Claro que no —contestó por él—. Cómo va a cuidar usted al niño de una mujer con pocos recursos. Usted preferirá a las señoras de alta alcurnia.

—Pero...

—¡Nada! —vociferó José—. No pensó en las consecuencias de una relación así, por lo tanto no se lamente ahora. Y no se moleste en buscarla porque haré todo lo posible para que no la vea.

Se dio media vuelta y se marchó del despacho sin mirar atrás, dejando a un sorprendido, derrotado y alterado Graubner. Su gesto, normalmente altanero y

orgullosa, se veía ahora triste y desconsolado. Bajó los hombros en señal de derrota, algo que jamás, en sus casi cuarenta años, había sentido.

Miró la cantidad de papeles y cartas que yacían sobre la mesa y se sintió ajeno a todo aquello, como si nada de eso fuera con él. El dolor por la pérdida de Carmen era tan abundante que sentía una necesidad imperiosa por llorar. Las lágrimas empezaron a aparecer en sus grandes ojos verdes mientras se acercaba a la ventana para intentar que la ligera brisa del exterior se llevara lo que sentía.

Le dolía no poder volver a verla para hablar con ella y pedirle disculpas por una situación que no había provocado él. Necesitaba saber qué sentía ella y qué opinaba sobre las circunstancias en las que ambos se encontraban. Su corazón le decía que Carmen también sufría por el rumbo que habían tomado sus vidas, pero no estaría del todo seguro hasta que no la tuviera frente a él y le confesara qué había ocurrido para que su padre supiera de su relación. Todo había sucedido demasiado deprisa como para darse cuenta de lo que se les iba a venir encima.

—¿Va todo bien, Jorge? —la voz de Joseph interrumpió sus pensamientos.

José había dejado la puerta abierta y no había podido escuchar cómo su amigo entraba al despacho. Se sobresaltó al oír la voz de su amigo, e intentó no mirar atrás para que Joseph no viera las lágrimas de sus increíbles ojos verdes.

—La va a casar con el inútil de Mateo —dijo entre dientes.

—¿Sabe lo vuestro? —se sorprendió al ver el asentimiento de Graubner a pesar de estar de espaldas a él—. ¿Cómo se ha enterado?

—No lo sé —contestó el ingeniero—, pero esto no va a quedar así. No voy a permitir que me impida verla.

Se quitó la chaqueta del traje y la dejó sobre el respaldo de la silla. Un calor asfixiante lo ahogaba y no podía respirar con normalidad.

—Necesito verla —le dijo a su amigo—. No me puedo quedar de brazos cruzados.

—¡Te vas a meter en un lío, amigo! —exclamó Joseph—. ¡Déjalo estar!

Graubner se acercó a él de una zancada y lo agarró por las solapas de la chaqueta:

—Pero, ¿cómo se te ocurre pedirme que deje escapar al amor de mi vida?

¿Acaso tú lo harías?

—Si no pudiera hacer nada, sí. La dejaría marchar.

—Pues yo no me voy a dar por vencido tan rápido —contestó—. No me esperes para el resto de la mañana. Baja y vigila al padre de Carmen para que no salga ni un momento de la fábrica. Si lo intenta, dale más trabajo. Volveré antes del mediodía.

No le dio tiempo a su amigo para que dijera una sola palabra más. Graubner salió de aquella estancia con rapidez en busca de Carmen para hablar de lo sucedido. Bajó las escaleras con prisa, aunque con cuidado de no encontrarse en el pasillo a José. Una vez comprobado que todo estaba desierto, salió al patio de entrada de la fábrica. Apenas prestó atención a los arbustos que habían florecido a ambos lados de la puerta. Tenía la mente en otra parte y no era consciente de lo que ocurría a su alrededor.

A pesar de la velocidad de sus zancadas, el corto camino que lo separaba de la casa de Carmen se le hizo eterno. A medida que avanzaba, su corazón comenzó a desbocarse. Cuando por fin pudo ver en la distancia la casa de Carmen, estuvo a punto de correr a su encuentro, pero se contuvo para no llamar la atención de las vecinas con las que se cruzaba.

Faltaban solo unos metros para llegar a la puerta de su amada cuando escuchó unas voces. Dado que la puerta se encontraba en la calle perpendicular a la que él estaba, pudo esconderse sin ser visto para poder escuchar la conversación. Las voces pertenecían a Carmen y, para su sorpresa, Mateo. Hablaban en susurros para que nadie pudiera escuchar lo que decían. Sin embargo, el ingeniero logró escuchar unas palabras que lo dejaron helado:

—Quiero que sepas que he cambiado mi opinión hacia ti, Mateo —escuchó que decía Carmen—. Sé que no me he comportado bien contigo durante los últimos meses, pero lo hacía porque mis sentimientos hacia ti eran los mismos que los tuyos.

Cuando Graubner escuchó esas palabras, sintió que su corazón se rompía en pedazos. Se sentía traicionado por la única mujer a la que había amado. Todo lo que vivió con ella había sido una mentira. Necesitó apoyarse en la pared de piedra para no tambalearse y caer de bruces al suelo por la impresión que le causaron las palabras de Carmen. Aún así, tuvo la necesidad de seguir escuchando hasta que la conversación llegara a su fin.

—¿Lo dices de verdad? —parecía sorprendido—. No te imaginas lo feliz que me haces, Carmen.

—Hace tiempo me dijiste que querías casarte conmigo —continuó ella—. Me gustaría saber si aún te gustaría hacerlo.

—Por supuesto que sí —contestó Mateo—. No hay nada que me haría más dichoso. Nos casaremos cuanto antes.

—Sí —contestó Carmen enseguida—, ya hemos perdido demasiado el tiempo.

Graubner escuchó cómo se besaban. Las tripas se le revolvieron y a punto estuvo de vomitar de asco. No obstante, la rabia que sentía en su interior se abrió paso y, por un momento, creyó que iba a matar a Mateo. Le había ganado la partida y se llevaba el mejor de los premios. Apretó los puños con fuerza, hasta que sintió correr por ellos un hilillo de sangre.

Escuchó unos pasos cada vez más cerca de él y se escondió para evitar ser visto por Mateo, que se alejaba de allí con una sonrisa de autosuficiencia. Cuando supo que no sería visto por nadie, salió de su escondite y se dirigió hacia la puerta de Carmen, donde llamó con insistencia hasta que ella salió a abrir. En su rostro se dibujó una expresión de sorpresa y, al mismo tiempo, de miedo. Intentó cerrar la puerta para evitar hablar con él, pero Graubner fue más rápido y empujó con fuerza para abrirla.

—¿Antes me buscabas y ahora huyes? —le preguntó mientras entraba en la casa sin su permiso—. ¿Se puede saber a qué demonios juegas?

—Jorge, yo...

—¿Qué? ¡Maldita seas! —vociferó—. Me has estado mintiendo durante meses.

—No te he mentado.

Intentó acercarse a él y abrazarlo, pero el ingeniero se apartó de ella como de la peste.

—No te creo. Hace unos minutos tu padre me ha dicho que te va a casar con Mateo a la fuerza para que nadie se entere del embarazo. ¿Y ahora que vengo a hablar contigo me entero de que en realidad lo querías a él?

—Déjame que te explique, por favor.

—¿Qué me vas a explicar? —acercó su cara a la de ella—. ¿Me vas a decir que estabas conmigo por mi dinero? No hace falta, ya me lo imagino.

—¡Ha sido mi padre! —gritó Carmen—. ¡Me ha obligado a hacerlo! Yo no quiero a Mateo, te quiero a ti. Pero mi padre me ha obligado a hablar con él y mentirle para que no sospeche nada. Si le cuento de repente que me quiero casar con él, no me va a creer. Por eso, le he tenido que decir que todo este tiempo lo quería a él.

Las lágrimas acudieron a sus ojos y lloró con una pena que jamás había sentido. Carmen no aceptaba el rumbo que estaba tomando su vida, ya que lo único que deseaba era estar con Graubner.

—Me tengo que casar con él, Jorge. Mi padre te odia por lo que hemos hecho. Cree que me engatusaste para que me acostara contigo, pero no es así.

El ingeniero se separó de ella sin saber qué hacer. Tenía la cabeza hecha un lío y no sabía a quién creer. Su corazón le pedía que creyese en Carmen, pero estaba demasiado dolido como para hacerlo en ese momento.

—Hay una pregunta que me ronda desde hace un rato. ¿Cómo se ha enterado tu padre de que estás embarazada? ¿Se lo has dicho?

—Pero, ¿cómo quieres que le diga que estoy embarazada? Sabía que si se lo decía se lo tomaría mal. Y he comprobado que así es. Esta mañana me ha despertado a voces y me ha sacado de la cama arrastras. Jamás lo había visto así y reconozco que he pasado miedo.

—¿Te ha pegado? —se enfureció.

—No, nunca lo ha hecho y ahora, tampoco —contestó enseguida—. Me ha contado que, harto de mis salidas nocturnas, ayer me siguió hasta la fábrica. Se escondió en las sombras y escuchó nuestra conversación. Oyó que te contaba lo de mi embarazo y que, después de escuchar la noticia, rompió las figuras que había en la entrada.

—Entonces, fue él quien las rompió y no el gato.

—Exacto. Y esta mañana ha urdido un plan para casarme cuanto antes con Mateo. Así, cuando empiece a engordar, creará que el niño es suyo.

Graubner se apoyó en la pared con el gesto contraído por el dolor que le provocaba esa situación. Se llevó las manos a la cara para evitar que Carmen lo

viera y rehuyó de su contacto cuando ella quiso abrazarlo.

—¿Y aceptas su voluntad? Pensaba que tomabas tus propias decisiones. No creí que fueras tan cobarde como para aceptar eso.

—¿Y tú? —le espetó enfadada y dolida—. ¿Acaso no eres también un cobarde? ¿No vas a hacer nada por ayudarme a escapar del destino que mi padre quiere para mí? ¿Ese es el amor que sientes? Tantas promesas de amor eterno y ahora no tienes la valentía de enfrentarte a mi padre. Parece que él tiene razón y solo me utilizaste para llevarme a tu lecho, no hay nada de amor en tus acciones.

Esas duras palabras le recordaron al ingeniero el título nobiliario que poseía y que le impedía hacer lo que Carmen le echaba en cara.

—No soy ningún cobarde —dijo entre dientes—. Si no lucho no es porque no quiera.

—No me mientas, Jorge —le pidió llorando.

—No es mentira. No me puedo casar contigo —susurró.

—Claro, un señorito no puede casarse con una pobretona como yo. Ya me lo has dejado claro.

Se dirigió a la puerta y la abrió.

—Si no tienes más que añadir, me gustaría que te fueras —le pidió.

—Pero...

—¡Ya está bien, Jorge! —gritó—. Me voy a casar con Mateo y no está bien que esté a solas con otro hombre.

Enfadado por no poder explicarse como le gustaría, Graubner abandonó la casa de la única mujer a la que había amado. Nunca le había gustado que le dejaran con la palabra en la boca, y esa ocasión no era diferente.

Capítulo 11



El mismo día en el que entraba el deseado verano, Carmen se unió a Mateo. Aquel día de junio fue el más nefasto en la vida de Graubner. Solo entonces pareció ser consciente de lo que estaba perdiendo y lo que había dejado escapar por culpa de su ambición por poseer un título nobiliario.

Las campanas de la iglesia del Espíritu Santo de Riópar Viejo sonaban con entusiasmo al recibir a los contrayentes y a la gran mayoría de habitantes del pueblo. Muchos de ellos trabajaban en las Reales Fábricas de latón que poseía Graubner, por lo que tuvieron que pedirle el día libre para asistir a aquel enlace. A regañadientes y enfadado, el ingeniero no tuvo más remedio que dárselo, a pesar de estar totalmente en contra del enlace.

Aquel maravilloso y soleado día parecía reírse del ingeniero. Los pájaros cantaban, las flores estaban en su máximo esplendor y los ánimos de la gente eran contagiosos para todo el mundo, excepto para Graubner. Él era la única persona del municipio que no reía aquel día, que no sentía los rayos del sol en su piel, que no tenía apetito por nada y que no tenía la más mínima esperanza de felicidad.

El vino de Jerez volvió a rozar sus finos labios por décima vez en la última hora. El ingeniero se encontraba en la sala de estar de su inmensa, fría y solitaria casa. María le había pedido también el día libre para celebrar con los novios su casamiento, por lo que se encontraba solo en casa cuando decidió dar buena cuenta de la reserva de vino. Aquella bebida era la única que le acompañó durante la hora que duró la misa en el antiguo pueblo de Riópar.

Sentía que no podía parar de beber a pesar de que ese líquido le quemaba la garganta y le nublaba el entendimiento. Solo con eso, lograba atenuar el peso que sentía en el pecho y el dolor que le provocaba esa situación. A pesar de que María había insistido en que la acompañara, Graubner negó su petición de manera rotunda. No podría ver cómo su único amor se casaba con otro que no

fuera él y se alejaba de su vida para siempre.

A su mente regresaron recuerdos vividos con Carmen que, en lugar de hacerle bien, se clavaban en su pecho como agujas y cuchillos afilados. Aún creía sentir el roce de su piel, su olor y sus labios sobre los suyos propios. Pero eso era solo un recuerdo que, aquel día, moriría para siempre.

Cuando escuchó un murmullo incesante en el pueblo que se acercaba a su casa, levantó la mirada cristalina de la copa de vino vacío. Las voces se hicieron cada vez más nítidas y pudo escuchar lo que decían:

—¡Vivan los novios! —vociferaban los vecinos del nuevo matrimonio.

Una lágrima cayó por su blanca mejilla al imaginarse a los novios abrazados y sonrientes disfrutando de los primeros minutos de casados. Apretó la copa con fuerza y rabia hasta que se rompió en mil pedazos, como su corazón.

Se levantó tan rápidamente de la silla que la tiró contra el suelo. Se acercó con pasos tambaleantes a la ventana desde la que podía ver la casa de Carmen, a la cual habían llegado todos los invitados al enlace. Intentó vislumbrar a los novios, pero no podía hacerlo debido a la cantidad de gente allí presente. Todo el mundo reía y ovacionaba a Carmen y a Mateo. Sendas botellas de vino rondaban de un lado para otro, llenando las copas de los habitantes del pueblo.

Por fin, logró ver a la deslumbrante Carmen. Su corazón se aceleró cuando esta se interpuso en su campo de visión. Era lo más bello que jamás había visto. Un vestido blanco, muy sencillo en adornos, recorría aquel cuerpo que él mismo había disfrutado. Un sobrio escote dejaba ver ligeramente la piel de su pecho. Un recogido sencillo, aunque elegante, sostenía su larga melena negra. Estaba realmente preciosa. Iba agarrada al brazo de su esposo y ambos sonreían a todos sus amigos y familiares con los que se cruzaban.

Por un momento, Carmen dirigió su mirada hacia la casa del ingeniero e intentó escrutar a través de las ventanas para ver si advertía la figura de Graubner. Pero él se había apartado un instante de la ventana para no ser descubierto. Aun así, podía verla ir de un lado a otro con su esposo y su padre.

—¿No va a venir a la fiesta? —una voz femenina a su espalda lo sobresaltó y le hizo dar un respingo—. Lo siento, no quería asustarlo.

—Pues lo ha conseguido, María —la lengua se le trababa y apenas se podía entender lo que decía—. ¿Qué demonios hacía espiándome?

—No le estaba espiando, señor. Simplemente he venido a animarlo a ir a la fiesta.

—¿Tengo pinta de querer ir a esa maldita boda? —vociferó dando un puñetazo en la mesa.

María negó con la cabeza.

—Pues haga el favor de no molestarme con tonterías y váyase con sus amigos paletos.

—No veo en qué le he podido molestar —se atrevió a decir en un susurro—. No estaba trabajando.

—¡He dicho que se vaya! —volvió a gritar sin hacer caso a sus palabras.

María, con lágrimas en los ojos, lo dejó solo y se marchó de nuevo a la boda de sus vecinos.

—Dejadme solo con mi dolor —susurró Graubner.

Cogió otra copa y la llenó con el vino jerezano para bebérselo de un trago. Apenas tuvo tiempo de pensar en algo más cuando la mano negra de la puerta se agitó con insistencia para que abrieran.

—¡He dicho que me dejéis en paz! —vociferó con todas sus fuerzas.

—Soy yo, amigo —la voz de Joseph se abrió paso a través de la puerta y le pidió que le abriera para hablar con él.

Graubner fue tambaleante hacia la puerta para abrirla. La copa se le escurrió de la mano cuando tropezó con sus propios pies y estalló en el suelo, llenando el recibidor de pequeños cristales.

—¿Qué ocurre, Jorge? —escuchó que preguntaba Joseph—. ¿Estás bien?

Golpeó con más insistencia la puerta hasta que, por fin, se abrió para dejarlo entrar. Joseph se sorprendió del aspecto desaliñado de su amigo. La camisa color hueso tenía varios botones desabrochados y la corbata, el nudo deshecho. Los pantalones del traje, siempre impecables, estaban arrugados y su pelo, revuelto. No parecía ser esa persona que siempre estaba arreglada, con la ropa limpia y sin una sola arruga. Además, su rostro estaba desencajado por la boda de Carmen con Mateo y por el alcohol ingerido durante toda la mañana.

—¿Puedo entrar? —preguntó Joseph después de carraspear tras la sorpresa.

Graubner se hizo a un lado mientras asentía ligeramente con la cabeza. Ambos se miraron a los ojos y Joseph supo que aquella situación era superior a las fuerzas de su amigo. Había ido a visitarlo con la intención de infundirle ánimos e intentar ayudarlo a superar aquello, pero después de verlo no supo cómo reaccionar. No sabía qué decirle a aquel hombre que tenía ante sí. Era un Jorge totalmente distinto a como él lo había conocido hasta entonces. El siempre frío, altanero y orgulloso Juan Jorge Graubner era ahora una persona completamente derrotada.

—¿Cómo estás? —le preguntó mientras lo veía cerrar la puerta lentamente.

—Borracho, ¿no lo ves? —fue su respuesta.

Guió en silencio a su amigo hasta el mismo salón en el que había bebido durante toda la mañana.

—No me refiero a eso, y lo sabes —contestó.

—¿Entonces qué quieres que te responda? —levantó la voz—. ¿Que no puedo aguantar esa situación y que no soporto los gritos y las risas de los vecinos en esa maldita boda? ¿O prefieres que te diga que mis deseos para ese matrimonio no son buenos?

—Tú mismo dijiste que no podías casarte con ella por el título —se atrevió a decir Joseph—. No es justo que te parezca mal la decisión que tomó Carmen de casarse con Mateo.

—¿Qué decisión? Ha sido su padre quien la ha obligado.

—Entonces, ella no tiene la culpa.

Graubner sacó dos copas más del armario donde guardaba la cristalería y las llenó de vino antes de responder a su amigo.

—Podría haberse negado a seguir su dictamen.

—Sabes que las cosas no funcionan así —intentó hacerle ver su amigo—. Estás ciego y no puedes ver la realidad.

—¡Pues déjame con mi ceguera! —gritó—. Si has venido a sermonearme sobre los valores morales, las costumbres y mi actual estado de embriaguez, ya sabes dónde está la puerta.

—Yo no soy quién para reprenderte. Somos amigos y no me gusta verte en esta situación que tú mismo has provocado. En su momento, te dejé clara mi

opinión sobre tu relación con esa muchacha y no quisiste hacerme caso. Por eso, ahora no voy a sermonearte. Haz lo que quieras con tu vida, Jorge, pero si sigues tratando mal a los que te quieren y te aprecian, vas a acabar completamente solo.

Dejó su copa aún lleva sobre la mesa y se marchó de la casa de su amigo con rapidez, enfadado por el mal humor que se gastaba algunas veces el ingeniero.

Graubner, por su parte, decidió marcharse a otro lugar del pueblo en el que no se escuchara la algarabía que provocaban todos los vecinos del pueblo. Por primera vez en su vida, salió a la calle tan desaliñado y despeinado como se lo había encontrado Joseph. Sus pasos vacilantes e inestables llamaban la atención de los riopeños allí congregados. Sin embargo, él hizo caso omiso al murmullo que se extendió mientras caminaba en dirección contraria a la celebración del enlace.

—¡Señor Graubner! —la voz de Mateo, el marido de Carmen, se abrió paso entre los murmullos y su cabeza embotada por el alcohol—. ¡Espere!

Muy a su pesar y para no llamar la atención, paró en seco y miró por encima del hombro para ver llegar a su enemigo con una sonrisa en los labios.

—¿Qué quieres? —le preguntó el ingeniero con sequedad.

—¿Por qué no se une a la fiesta?

Mateo, que desde hacía mucho era su enemigo más acérrimo, sonrió de lado con un deje de maldad.

—Mira, malnacido —se incorporó a pesar de su equilibrio perdido con el vino—, habrás ganado esta batalla, pero no te consiento...

—Ya estoy harto de que me diga lo que me consiente o lo que no —le cortó y bajó la voz para que nadie más lo oyera—. Usted ha perdido la guerra, no una batalla. Carmen será mía para siempre y ahora soy yo quien tiene los derechos sobre su persona. Jamás va a poder estar con ella. Ahora calentará mi cama y no la suya. Y tendremos muchos hijos para recordarle a usted la felicidad que nos embarga y lo desgraciada que será su vida a partir de este día. No se imagina lo dichoso que me sentí cuando José y Carmen me hablaron del enlace. No quiero saber cómo ni por qué terminó vuestra relación, pero me alegro por ello.

—Si supieras el motivo, no estarías tan contento, te lo aseguro.

—¡Mateo! —Carmen lo llamaba con insistencia y le hacía señas con la mano

para que regresara junto a ella.

Graubner la miró antes de darse media vuelta y desaparecer de allí. En el rostro de la novia se podía leer el miedo a ser descubierta ya que el ingeniero, en venganza, podría contarle a su estrenado marido que estaba embarazada.

—Es una pena que no se quiera unir a nosotros —alzó la voz el novio—. Sería un honor tener a alguien como usted entre nuestros invitados.

El ingeniero lo vio marcharse y agregó en voz baja:

—Te arrepentirás de todo. Voy a hacer de tu vida un infierno.

Capítulo 12



Nueve meses después del enlace entre Carmen y Mateo y tras un año de funcionamiento de la fábrica de Juan Jorge Graubner, un nuevo vecino llegó a Riópar. En la madrugada del 6 de febrero de 1774 nació el hijo de Carmen y, aunque no lo supiera nadie, Graubner. Al poco de casarse, la joven le dio la noticia a su marido de que estaba embarazada y, al igual que en todo el pueblo, no sospechó en ningún momento que ese niño fuera del ingeniero. Todos los miembros de ambas familias estaban jubilosos por la próxima llegada de un nuevo integrante a la casa de los jóvenes padres. Y aquel 6 de febrero no sería menos. Los dolores del parto llegaron antes de anochecer. Mateo avisó a varias vecinas, expertas en alumbramientos, para que fueran a su casa a atender a la madre primeriza, que no dejaba de llorar por las contracciones y el nerviosismo.

—No te preocupes, Carmen —intentaba animarla su vecina—. Todo saldrá bien.

Después de varias horas esperando a que la joven dilatase, se acentuaron los dolores y sus gritos podían escucharse fuera de la casa de José, ya que el joven matrimonio había decidido instalarse allí para no dejar solo al padre de Carmen.

—Esto es normal, hijo —le decía su padre a Mateo que no podía aguantar los nervios cada vez que escuchaba un grito de su amada esposa—. Dentro de unas horas, todo habrá acabado.

—¿Más horas? —preguntó angustiado—. Lleva media noche encerrada en el dormitorio y aún no ha acabado.

El padre de Mateo sonrió. Se notaba a leguas que su hijo era padre primerizo y no estaba acostumbrado a la eterna espera fuera de la casa, donde siempre se quedaban los hombres para que las mujeres hicieran su trabajo y así traer a las criaturas al mundo.

—Tu madre tardó aún más en traerte a ti al mundo —sirvió un vaso de vino—. Toma, a ver si esto templas tus nervios.

Apenas el vaso rozó sus labios cuando un nuevo alarido de Carmen irrumpió en la tranquilidad de la noche. Todos se pusieron alerta, callaron y miraron hacia la puerta. Unos pasos apresurados se acercaban a la salida y los corazones de todos bombearon con fuerza cuando la puerta se abrió.

Un alarido en mitad de la noche despertó a Juan Jorge Graubner. No supo de dónde procedía, si dentro de las paredes de su casa o en la calle. Parecía un grito de auténtico dolor. Otra voz lo alertó aún más, lo cual le hizo levantarse de su cómoda cama para comprobar lo que ocurría.

Se acercó a la ventana, desde donde se escuchaban varias voces masculinas que hablaban en susurros. En la oscuridad de la noche, vio a tres hombres cuchicheando en la puerta de la casa de Carmen. Un halo de luz apenas iluminaba el círculo que formaban esos tres hombres, pero era suficiente como para descubrir sus identidades: José, Mateo y el padre de este. En sus rostros se podía leer incertidumbre y nerviosismo por algo que se escapaba al entendimiento del ingeniero. Le extrañó la actitud de esos hombres y no supo a qué se debía esa reunión a media noche. Y la verdad es que tampoco le importaba.

Durante nueve largos meses había tenido que aguantar las numerosas muestras de amor entre Carmen y Mateo. Para la primera, parecía que Graubner jamás había existido en su vida, algo que alegraba a su marido. En todo ese tiempo, fue consciente del estado de buenaventura de la única mujer a la que había amado y comprobó que el niño que llevaba en su vientre crecía con el paso de los meses. Su hijo. Era suyo a pesar de las palabras que Carmen se empeñaba en pronunciar:

—Mateo y yo vamos a ser padres.

Mentira. Todo, mentira. Ese niño era y siempre sería suyo, aunque no pudiera tener la oportunidad de cuidarlo y educarlo. Pero nadie le quitaría la sensación de satisfacción que le producía pensar que ese bebé era suyo.

Su vida había cambiado durante todo ese tiempo. Su humor se vio afectado por aquella situación tan desagradable. Pagó su frustración con los trabajadores de la fábrica, con su asistenta, con su amigo... con todo aquel que se pusiera en su camino y no le diera la razón en la más mínima cosa. La única compañía que tenía desde hacía meses era la bebida. El alcohol era el único que consolaba aquel corazón roto por los avatares de la vida. Durante los momentos de embriaguez se sentía libre. Parecía que su mente olvidaba el desengaño amoroso

que había sufrido con Carmen. Por ello, pasaba gran parte del día borracho. Apenas aparecía por la fábrica para hacer las cuentas que, en otros tiempos, le llenaban el espíritu. Su vida, ahora, era un auténtico infierno.

Había intentado olvidar a Carmen con otras mujeres, pero siempre aparecía su rostro en su mente para recordarle que, en su día, la amó y que la seguiría amando durante toda su vida.

Dirigió de nuevo la mirada hacia el grupo de hombres concentrado frente a su casa y se giró para regresar a la cama. Sin embargo, un nuevo alarido hizo que su corazón se sobresaltase y dirigiera la vista hacia la casa de enfrente. Los tres hombres miraron de repente hacia la puerta de la casa que se abrió de golpe y dejó salir un rayo de luz intenso. El ingeniero aguzó la vista para intentar ver quién era la mujer y qué llevaba en sus brazos. Cuando descubrió que se trataba de la madre de Mateo y que lo que sostenía era un bebé, no pudo sino emocionarse. Aquel bebé era el suyo y no de Mateo. Era él y no otro quien debía estar en aquella puerta para recibir al recién nacido. Debía ser él quien besara por primera vez aquella cabecita que apenas asomaba por entre la manta en la que iba envuelto.

Necesitó apoyarse en el vano de la ventana para no caer de bruces. Lágrimas de emoción recorrían su rostro. Se sintió como un niño al que arrebatan un caramelo y le impiden saborearlo de por vida. En aquel momento, una parte del corazón de Juan Jorge Graubner se desprendió de él, pero no porque quisiera hacerlo, sino porque aquel bebé le robó para siempre el poco cariño que guardaba su corazón. ¡Cómo le hubiera gustado gritar desde aquella ventana que ese hijo era suyo!

Cuando la luz iluminó el rostro del niño, el ingeniero sintió un amor incondicional por él, a pesar de que jamás lo consideraría como un padre ni lo querría como tal. Nunca podría tratarlo como a un hijo. Y eso era lo que más le dolía en el fondo de su ser.

Se apartó de la ventana para evitar la repugnancia que le provocaría ver a Mateo abrazando a su hijo. Se limpió las lágrimas con rabia contenida y regresó a la cama. No obstante, no pudo dormir lo que quedaba de noche. Los nervios y la irritación que tenía le impidieron descansar.

Al día siguiente, en la fábrica no se hablaba de otra cosa que no fuera del nacimiento del pequeño Antonio, que así fue como decidieron llamarlo Carmen y Mateo en honor a su abuelo paterno.

Cuando Graubner llegó a la fábrica, lo primero que escuchó fue una conversación en la que hablaban de la felicidad que tenían los padres con su hijo.

—¿Es que acaso no tenéis nada más que hacer? —les recriminó al pequeño grupo de hombres—. Aquí se viene a trabajar, no a hablar de tonterías.

—No son tonterías, señor —contestó uno de ellos—. ¿No se ha enterado del nacimiento del hijo de Mateo?

Escuchar las palabras “hijo de Mateo” colmó la paciencia del ingeniero.

—¿Es que no me han oído? —vociferó incluso haciéndose daño en la garganta—. ¡Vuelvan a sus puestos de trabajo ahora mismo! Y no quiero volver a oír hablar de ese niño en este sitio. Si queréis comadrear como vuestras mujeres, iros con ellas a vuestras casas.

—Sí, señor —contestaron al unísono.

Graubner subió las escaleras arrastrando los pies. Allí vio, como siempre, a Joseph, que se encontraba detrás de su mesa de trabajo. Este apenas levantó la mirada de los papeles que tenía ante sí. Hacía tiempo que se había cansado del continuo mal humor de su amigo y siempre que podía evitaba cualquier tipo de conversación con él. Sin embargo, el ingeniero se acercó a él y le pidió, con buenas palabras, que lo acompañara a su despacho. Joseph, en silencio, lo hizo y dejó el trabajo que tenía entre manos.

—¿Te has enterado de lo que ha ocurrido esta madrugada? —le preguntó cuando estuvieron solos.

—¿Me has hecho llamar para preguntarme esto? —le preguntó a su vez, pero sin contestar a su pregunta.

Graubner negó con la cabeza y se apoyó en la mesa. Apenas podía sostener la mirada de su amigo. Sabía que había obrado mal durante mucho tiempo y ahora no encontraba las palabras para pedir perdón. Jamás se había sentido tan avergonzado con alguien y nunca había tenido que lamentarse por ello, pero no quería que su amistad con Joseph se viera afectada por sus problemas personales. Su amigo siempre había estado ahí cuando lo necesitaba y lo apoyaba en la gran mayoría de sus decisiones. El ingeniero, sin embargo, no se había comportado como debiera con él.

—Estos meses han sido difíciles para mí —se miró las manos mientras

hablaba—, y lo he pagado con la persona que menos se merecía mis desplantes.

Joseph permaneció callado con las manos en los bolsillos.

—Sabes que siempre me ha costado disculparme, amigo —prosiguió—. Y esta vez no es una excepción. Pero quiero darte mis más sinceras disculpas por todas aquellas palabras que he empleado contigo. No eres tú quien las merece.

Su amigo le escrutó el rostro y advirtió que sus disculpas eran sinceras. Por eso, extendió su mano derecha hacia Graubner, quien la aceptó de buen grado.

—No me gustaba esta situación, Jorge. Espero que nuestra amistad no se vuelva a ver resentida por los avatares de la vida.

El ingeniero asintió y sonrió ligeramente por primera vez en mucho tiempo.

—Y sí —continuó Joseph—, he escuchado lo que los obreros comentan. Enhorabuena, amigo.

Sonrió amargamente al escuchar la felicitación. ¡Cómo le hubiera gustado regocijarse en ese momento si pudiera gritar que ese niño era suyo!

—Siento mucho que no puedas disfrutarlo.

—No es culpa tuya —contestó Graubner—, sino de ese malnacido de Mateo. Él es quien debería disculparse.

Dejó una pausa antes de continuar.

—Él es quien debe pagar —dijo para él.

—¿A qué te refieres? —a Joseph no le gustó el gesto que puso su amigo.

—A que no va a disfrutar tanto de su paternidad porque llegará tan cansado que no tendrá ganas de soportar los llantos del bebé, ni querrá jugar con él. Nada.

—¿En qué estás pensando?

—En un cambio de trabajo —dijo más para sí que para su amigo—. Dar el baño y pulir no son trabajos demasiado complicados o duros. La gran mayoría de los trabajadores se pasa el día sentado y no hacen esfuerzos físicos. Sin embargo, usar la máquina de fundición es un trabajo realmente pesado e insoportable. Hay que tener mucha fuerza para llevar el caldero de las brasas. Además, tienen que soportar temperaturas extremas.

—¿Y crees que él aceptará ese cambio?

El ingeniero lo miró con una ceja alzada.

—¿Tengo cara de que me importe lo que él acepte o no? Hará lo que se le mande.

—Está bien —accedió Joseph—. ¿Se lo comunico ahora?

—No, seré yo quien se lo diga.

Su amigo aceptó, aunque con reticencia porque no sabía cómo reaccionaría el joven cuando supiera su nuevo destino de trabajo. Y, desde luego, sí se imaginaba cómo reaccionaría Graubner si Mateo le soltaba alguna pulla.

Salió del despacho junto a su amigo y se dirigió a su mesa en silencio. Desde allí, vio al ingeniero bajar las escaleras con rapidez. Negó con la cabeza. No le gustaba la idea de su amigo porque sabía que no traería nada bueno para la fábrica. Las cosas estaban cada vez peor, aunque el ingeniero se empeñara en verlo todo de manera positiva. Tenía un mal presentimiento para ese año que apenas acababa de comenzar. La situación económica de la fábrica iría a peor.

Lo que no sabía Joseph era que tenía toda la razón.

Graubner se dirigió hacia la sala de pulidos y advirtió la presencia de Mateo nada más entrar. Este se encontraba de espaldas a la puerta y no pudo ver que el ingeniero se acercaba a él con pasos rápidos. Una sombra se cernió sobre él y levantó la mirada de su trabajo.

—Levántate —le ordenó Graubner con voz grave.

En silencio, el joven se levantó de la silla y lo miró directamente a los ojos, como retándolo.

—Deja eso que estás haciendo y vete a la sala de fundición. A partir de este momento, tu trabajo será manejar la máquina de fundición.

Mateo abrió la boca para contestar, pero otra voz masculina se abrió paso detrás del ingeniero.

—Señor, ese trabajo es uno de los más peligrosos —José, el padre de Carmen, se veía confundido y preocupado por esa nueva orden.

—Le recuerdo que quien da las órdenes y quien hace que se cumplan soy yo. Y no le voy a permitir que me lleve la contraria usted o su yerno —se volvió

hacia Mateo—. Estás perdiendo el tiempo.

—Nadie me ha enseñado a manejar ese tipo de maquinaria —objetó el joven.

—Pues aprendes de tu compañero —fue su última palabra.

Graubner se marchó de la sala, dejándolo a todos con la boca abierta por ese nuevo cambio en los trabajos.

Caminó por el pasillo y sintió que las paredes se le echaban encima. La presión podía con él y lo ocurrido la noche anterior le hacía tener los nervios de punta a pesar de intentar tener la mente ocupada y no pensar en su hijo recién nacido. Pero después de encontrarse con Mateo sintió una presión en el pecho que le impidió respirar. Salió del edificio para intentar respirar el aire puro y húmedo que arrastraba el pequeño riachuelo que atravesaba el pueblo. Siguió su curso con paso lento, pensando en lo que había cambiado su vida en los últimos meses. A pesar de que el sueño de su vida había sido aquella fábrica, en esos momentos apenas le importaba. Se esforzaba en sacarla adelante, pero no tenía el entusiasmo con el que había comenzado el proyecto. Su mente estaba en otra parte, y esta tenía nombre y apellidos.

Durante los nueve meses del embarazo, había intentado evitar a toda costa a Carmen. No le gustaba ver esa felicidad fingida por parte de ella, y mucho menos las muestras de amor que le dedicaba Mateo. Se le revolvía el estómago solo de pensar que la única mujer a la que había amado se acostaba con otro hombre todas las noches y que, para colmo, le había mentado en cuanto a la procedencia de ese hijo.

Había momentos en la vida de Graubner en los que sentía un profundo odio por Carmen. La había amado y aún lo hacía, pero se sentía traicionado por ella. En los momentos más críticos de su vida, Carmen había decidido ir por el camino más fácil y casarse con un hombre al que no amaba, olvidándose así del que realmente ocupaba su corazón. Y ese olvido de Carmen era lo que apuñalaba una y otra vez el corazón de Juan Jorge Graubner.

Siguió unos metros más el camino del riachuelo. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando una brisa se levantó de golpe. Se arropó aún más con su abrigo negro y no cesó en su paseo. Nadie se interpuso en su camino, ni siquiera las mujeres que se acercaban al riachuelo a lavar la ropa. Nadie recorría a esa hora las calles del pueblo, y mucho menos los alrededores. Por eso, Graubner se sintió liberado. Estando solo, no tendría que fingir con nadie y podría mostrar en su

rostro sus verdaderos sentimientos. Si alguien se hubiera cruzado con él en esos momentos, habría descubierto la infelicidad que sentía su corazón.

Tan metido iba en sus pensamientos que no vio a una joven sentada de espaldas a él hasta que la tuvo a un par de metros. Tan solo fue consciente de su presencia cuando escuchó una nana cantada en voz baja. Esa voz le hizo levantar la mirada del suelo y fijarla en aquella joven rubia y esbelta. A primera vista, no la había conocido, pero cuando ella fue consciente de que no estaba sola y giró la cabeza, Graubner la reconoció. Se trataba de la amiga de Carmen que había accedido a limpiar la fábrica con ella, y llevaba a un niño recién nacido en sus brazos.

—Señor Graubner —se alteró al reconocerlo y se levantó de la piedra en la que estaba sentada—, lamento mucho mi ausencia de hoy en la fábrica.

Pero el ingeniero apenas había sido capaz de escuchar las disculpas de la joven. Tan solo podía tener la mirada fija en aquel bebé que, sabía de antemano, no era de aquella joven porque no estaba casada.

—Mi amiga Carmen ha tenido a este bebé —sonrió al mirarlo—, y me he quedado a cuidarla. No tiene madre y su marido y su padre trabajan para usted.

—No se preocupe —contestó Graubner sin poder quitar la mirada del niño—. Es normal que se quede usted a cuidarla si su amiga no tiene a nadie.

El bebé, que estaba más despierto de lo normal a pesar de tener apenas un día de vida, pareció dirigir su mirada vidriosa a Graubner, además de tender un brazo hacia él.

—Parece que usted le agrada —comentó la joven—. ¿Le gustaría cogerlo?

—¿Yo? —se sorprendió el ingeniero—. No creo que sea buena idea.

—¡Venga! —lo animó—. No pasará nada.

Se acercó a él y depositó al bebé en sus fuertes brazos. Aquella era la primera vez que Graubner tenía en sus brazos a un bebé. Sin embargo, lo que abrigó en su interior no se debía a eso, sino a que aquel niño era su propio hijo. Lo que sintió aquella vez Juan Jorge Graubner al sostener a su hijo por primera y última vez en su vida jamás podría ponerlo en palabras.

Aquel pequeño ser que lo miraba era carne de su carne. Sintió la necesidad de protegerlo de cualquier persona que pudiera hacerle daño, pero sabía que no

podría hacerlo jamás. Aquel bebé crecería sin saber la verdadera identidad de su padre y cuando necesitara mimos o unas palabras de consuelo, sería otro y no él quien se las diera.

De repente, el bebé se retorció en sus brazos y comenzó a quejarse. El ingeniero se asustó al creer que había sido él quien le había provocado incomodidad y se lo devolvió rápidamente a los brazos de la amiga de Carmen.

—Es un poco revoltoso —sonrió—. Se parece a su padre.

Aquellas palabras terminaron por destrozar el malogrado corazón de Graubner. “Se parece a su padre”, sonó de nuevo en su mente mientras veía alejarse a la joven. ¡Cómo le hubiera gustado sacarla de su error! Aquel niño no se parecía en nada a Mateo porque no era su padre.

La ira y, al mismo tiempo, la tristeza se abrían paso hacia lo más profundo de su ser. Cuando se quedó solo, se acercó a la orilla del río y se sentó sobre un montón de hojas. No le dio importancia al estado en el que quedaría su ropa después de sentarse sobre la tierra húmeda. En su mente seguían sonando las palabras de aquella joven que había puesto en sus brazos, sin saberlo, a su hijo. Se llevó las manos a la cara para evitar que algún transeúnte lo viera, pero de sus ojos comenzaron a salir lágrimas por la pena que sentía al saber que había formado una familia y la había perdido para siempre. Y todo por culpa del maldito título y la cobardía que sintió al pensar que podría perderlo. Nueve meses atrás pensó que era más importante aquel título, pero ahora, después de tener en brazos a su hijo, se dio cuenta y fue consciente de que no había nada más importante que la familia y el amor. Ni siquiera su sueño: la fábrica. Todo eso quedaba olvidado cuando tu hijo recién nacido te miraba a los ojos con aquella inocencia y curiosidad con la que observaban los bebés.

No había nada que pudiera describir lo que sentía en su interior. En aquel momento, se sentía como un niño abandonado que no tiene nada para seguir adelante en su vida. Parecía que las alas con las que había llegado a aquel lugar se cortaron de golpe y provocaron que se estrellara estrepitosamente contra el suelo. Podía sentir el dolor de esa caída en todo su cuerpo, pero especialmente en su corazón. En aquel momento junto al río, se dio cuenta de que no tenía a nadie, que a pesar de contar con la amistad de Joseph nada podría cubrir el vacío que habían dejado Carmen y su hijo en su corazón. Sentía que caía en un agujero negro del que le sería muy difícil escapar. Nada le haría volver a ver la luz y la felicidad que él mismo había dejado pasar. Estaba completamente solo. Y la

soledad era algo que siempre había temido.

Se había desviado tanto de su camino que no sabía hacia dónde debía ir. Solo veía tinieblas a su alrededor, ni una ligera luz iluminaba el sendero que debía tomar a partir de entonces. Y cuando una persona se encuentra en una situación como aquella, suele escoger el camino que se presenta ante él: un sendero oscuro que solo lo lleva a la ruina. Y eso era algo que Juan Jorge Graubner iba a experimentar el resto de su vida.

Capítulo 13



Parecía que una maldición se cernía sobre la fábrica de Riópar. Eso pensaba Joseph a mediados de junio después de revisar las cuentas de los últimos meses. Los pedidos habían caído en picado, los gastos en maquinaria nueva eran excesivos y apenas tenían liquidez para pagar a los trabajadores. Parecía que la fábrica estaba avocada al fracaso después de que Juan Jorge Graubner se desentendiera de la gestión durante esos últimos cuatro meses.

Su vida había dado un giro radical y pasó de preocuparse todos los días por lo que sucedía en su fábrica a una borrachera casi diaria. Delante de los trabajadores intentaba mantener las formas, pero cuando estaba a solas con su amigo, ya fuera en su casa o en su despacho, se hacía más notable su embriaguez.

El ingeniero había pasado de una vida llena de riqueza y oportunidades a otra muy distinta en la que la oscuridad y la desgracia se cernían sobre él y lo que le rodeaba.

—¿Eres consciente del rumbo que ha tomado tu vida? —le preguntó Joseph cuando lo vio entrar en la fábrica.

—Déjame en paz —contestó secamente.

—¿Cómo quieres que te deje en paz después de ver estas cuentas? ¿Cuánto tiempo llevas sin revisarlas? ¿Sabes el dinero que hemos ganado estos últimos cuatro meses y el que hemos gastado? Te has olvidado completamente de dirigir esta fábrica, Jorge.

El ingeniero sabía que su amigo tenía razón, pero le resultaba imposible salir del agujero negro en el que se había convertido su vida. Ya nada tenía sentido para él, ni siquiera aquel lugar que había sido su sueño. En esos meses, tan solo se había preocupado de hundir más y más su vida sin llegar a ser plenamente consciente de ello. Sabía que su vida necesitaba un cambio radical y debía regresar a ser el mismo hombre que había sido tiempo atrás, pero le costaba un

mundo intentarlo.

—Tienes razón, amigo —admitió—. He dejado la administración y no me he preocupado de ella.

—Pues tienes trabajo, Jorge —le dejó sobre la mesa del despacho una pila de hojas—. Estas son las cuentas de estos cuatro meses. Te vas a sorprender al verlas. Necesitamos dinero, amigo. La fábrica no va a poder aguantar mucho tiempo esta situación, y los trabajadores tampoco.

Graubner se sentó algo mareado por las copas de vino que había ingerido antes de marchar a la fábrica. Se sirvió un vaso de agua para intentar apartar el embotamiento de su cabeza y, con tranquilidad, revisó una a una las cuentas.

A medida que avanzaba su inspección, su corazón se aceleraba. Hasta entonces, no había sido consciente de la mala situación económica que atravesaba la fábrica y esas cuentas no hacían más que hundirlo más. Se empezó a sentir mal por lo que había conseguido con sus borracheras de las últimas semanas. La fábrica de latón, el sueño de su vida, se hundía en la miseria y no se sentía capaz de sacarla a flote. Las pérdidas que había sufrido, los bajos pedidos y la nueva maquinaria hacían que los gastos fueran más numerosos que los ingresos. Apenas podía creer las cifras que veían sus ojos. Las pérdidas ocasionadas por los bajos pedidos y las nuevas máquinas ascendían a más de 25.000 reales, una cifra astronómica.

No entendía cómo en tan poco tiempo se había podido gastar y perder tanto dinero. Sabía que había descuidado a sus clientes e incluso tratado de forma despectiva en algunos casos. Incluso había ordenado renovar, de forma arbitraria, maquinaria que estaba seminueva y que aún habrían podido seguir usando. No había tenido control durante esas semanas. Y ahora lo estaba pagando.

—¡Joseph! —llamó a voces a su amigo—. ¡Joseph!

Unos pasos rápidos se acercaron al despacho y su amigo entró preocupado sin llamar a la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin aliento—. ¿Estás bien?

—¿Cómo voy a estar bien después de ver esto? —le devolvió la pregunta—. No pensaba que la situación era tan sumamente crítica. ¿Por qué no me has avisado antes?

Joseph rió sin ganas.

—¿Crees que no lo he hecho? Te avisé tantas veces que me cansé de repetirlo, amigo. Pero tú te empeñabas en emborracharte y apenas me hacías caso. Al final, decidí hacerme cargo de las cuentas, pero no soy capaz de subsanar los errores que hemos cometido. Incluso los obreros están empezando a hablar. Les oigo susurrar sobre el estado de la fábrica, y creen que sus sueldos corren peligro.

—Pues claro que lo corren —tiró los papeles sobre la mesa—. Jamás pensé que llegaríamos a esto. Necesitamos un préstamo.

—¿Quién crees que estará dispuesto a dárnoslo? —preguntó Joseph.

—El Consejo de Castilla —contestó Graubner—. Si hace tiempo confiaron en nosotros, sería por algo, así que ahora deben tendernos una mano.

El ingeniero se acercó a la ventana, como siempre hacía, para intentar pensar con claridad.

—Odio tener que pedir favores, Joseph. Pensé que podría llevar la fábrica sin ayuda de nadie.

—Y yo creo que eres capaz, pero ahora necesitamos una pequeña ayuda para reflotar todo esto.

—Les escribiré para que nos envíen dinero —suspiró.

Joseph lo dejó solo para que pensara con tranquilidad las palabras que debía escribir para que les hicieran el favor. Cuando se quedó solo, recapacitó sobre su vida. Los últimos meses habían sido los peores de su vida. Casi todos los días había tenido que aguantar las muestras de cariño de los vecinos con el nuevo habitante del pueblo. Todos hablaban de lo cariñoso que era aquel bebé que vivía a unos pasos de la casa de Graubner. No soportaba ver a Mateo presumir de familia delante de todos sus amigos y vecinos. Por eso, la única salvación que veía ante sus ojos era la de llenar una y otra vez su copa de vino y emborracharse hasta bien entrada la noche. Apenas dormía, casi no probaba bocado alguno, no se relacionaba con gente. Su carácter se había vuelto aún más hosco e intratable. Pagaba sus frustraciones con los trabajadores y les instaba a trabajar más de la cuenta a pesar de no correr prisa con los pedidos. Odiaba a todo el mundo por el simple motivo de que eran felices con la vida que les había tocado.

Intentaba, por todos los medios, evitar encontrarse con Carmen o con el

pequeño Antonio. No soportaba ver la imagen de su amada con el bebé en brazos, al cual no había vuelto a ver desde el encuentro en el río cuatro meses atrás.

Volver a pensar en Mateo y su familia hizo que su continuo enfado aumentase y dejó que la ira entrase en él. Por ello, en lugar de sentarse a redactar la carta para el Consejo de Castilla, se dirigió hacia la sala de fundición para hacerle una visita a su enemigo.

—Pero... —se empezó a quejar Joseph cuando lo vio salir.

—Ahora vuelvo —lo cortó Graubner.

Bajó las escaleras apretando los puños con fuerza y rabia contenida. Pisó con fiereza la cruz de Caravaca que presidía la entrada al pasillo y caminó con prisa hacia la sala de fundición.

Una intensa llamarada de calor lo recorrió cuando se internó en aquel infierno. Las temperaturas que soportaban los trabajadores en esa sala eran intensas y el peligro que corrían era continuo. Si alguna brasa caía sobre la piel, abrasaría sin piedad a la persona.

En aquel momento, solo se encontraba Mateo en la sala. La suerte sonreía al ingeniero.

—Vaya, vaya, el feliz papá —rodeó la sala como si se tratase de una fiera intentando asustar a su presa—. ¿Qué tal se aguantan los llantos de un niño cuando llegan tan cansado a casa y solo quieres dormir?

Mateo intentaba, por todos los medios, no hacer caso a las palabras de Graubner, pero sabía que tenía razón: le resultaba insoportable el llanto de Antonio después de llegar hecho trizas del trabajo. Además, no tenía fuerzas para seguir el juego del ingeniero.

—¿Y la vida conyugal? —le preguntó sin piedad—. ¿Te siguen quedando fuerzas para tener otro hijo con tu querida mujer?

Graubner sonrió de lado cuando surgió en su mente una mentira para hacerle aún más daño.

—Supongo que no habrás escuchado las habladurías del pueblo.

—No sabía que a usted le gustaba comadrear —no pudo callarse.

—Y no me gusta —admitió—. Pero he escuchado algo que me ha llamado la

atención. Apenas un año de matrimonio y tu mujercita ya se va quejando por los rincones de la poca vigorosidad de su marido. Las mujeres del pueblo se ríen de ti a tus espaldas. Y los hombres ya hablan de un posible desviado. ¿Acaso no te gustan en demasía las mujeres que no eres capaz de satisfacerlas?

—¡Ya está bien! —vociferó Mateo—. ¡Eso es mentira!

—¿Eso crees? Está claro que no has escuchado las conversaciones en grupo. Es una pena que tus propios vecinos te consideren muy poco hombre.

Se dio media vuelta con una sonrisa en el rostro y abandonó a un Mateo tanto confundido por las habladurías como enojado por las palabras de su mujer. Antes de volver al trabajo, se juró que esa misma noche le quitaría a su mujer las ganas de comentar sus intimidades a la gente.

Carmen acababa de acostar al pequeño Antonio cuando Mateo llegó a casa. En su rostro se reflejaba el cansancio y el trabajo duro al que era sometido en la fábrica, pero aquel día Carmen descifró algo más en su mirada. Algo que jamás había visto en su marido.

—¿Qué tal el trabajo? —le preguntó.

—Duro. ¿Cómo va a ser? —contestó secamente—. Desde que el miserable de Graubner me cambió a la sala de fundición vengo molido.

—Bueno, he preparado una cena estupenda para reponer fuerzas —le dijo Carmen sonriendo—. Así estarás menos cansado.

—Claro, es que si estoy cansado soy un mal marido, ¿no? —ya no podía más con el enfado.

Carmen pareció no entender a lo que se refería.

—No sé qué quieres decir —fue su respuesta.

—¿Estás segura? —dio un manotazo sobre la mesa de madera—. ¿Quién te crees que eres para ir diciendo a las vecinas que no soy capaz de ser un buen marido? ¿Cómo te atreves a mentir y a decir que llego tan cansando del trabajo que no soy vigoroso?

Carmen se asustó por la fiereza con la que le hacía esas preguntas que carecían de sentido para ella. Jamás había aireado sus intimidades con nadie y no sabía por qué Mateo le echaba en cara algo así.

—Yo nunca he dicho eso —contestó en voz baja.

—¿Ah, no? —Mateo la agarró con fuerza de los hombros y la sacudió—. ¿Cómo te atreves a mentirme? No es eso lo que dice la gente del pueblo. ¡Si hasta Graubner se ha enterado de eso!

El corazón de Carmen se debocó al escuchar ese nombre.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Ha sido él quien me lo ha dicho! Y encima se ha reído como nunca de mí.

—Pero, ¡es mentira, Mateo! Yo nunca he dicho algo así.

El joven dejó de zarandearla y la empujó contra la mesa del comedor.

—No me lo creo, Carmen. Y ante la duda...

Haciendo caso omiso a sus quejas, Mateo le levantó la falda y le demostró la vigorosidad que tenía a pesar del cansancio del trabajo. Encerrado en su enfado, no fue consciente de las lágrimas de dolor y vergüenza de Carmen, ni los gritos en los que le pedía que parase aquella acción tan rastrera y cruel. Nunca había creído capaz a su marido de algo así, y aquel día fue el primero de muchos en los que esperaba con miedo la llegada de Mateo del trabajo.

Cuando aquel día Juan Jorge Graubner se metió en la cama pensó que había hecho lo correcto. Sembrar la discordia en la mente de Mateo era, para él, el mejor de los planes para acabar con la serenidad de su vida. Si él no era feliz, aquel joven obrero tampoco lo sería.

Sin embargo, mientras apagaba las luces escuchó algo que le hizo cambiar de opinión al instante y creer que lo que había hecho aquel día sería la ruina de Carmen. En la serenidad de la noche escuchó unos gritos procedentes de una de las casas. Al principio, intentó no hacerles caso, pero por la insistencia de las voces se asomó a la ventana. Vio que las velas estaban aún encendidas en la casa de su amada y que se podía oír tanto la voz de Carmen como la de su padre y su esposo. Este último gritaba algo que no lograba escuchar con claridad, mientras que José intentaba mediar entre ambos. El llanto de Carmen y el pequeño Antonio también podía escucharse.

Graubner se preocupó por el motivo de aquellas voces y el llanto de su amada. A su mente venía una y otra vez la imagen de Mateo enfadado mientras escuchaba las mentiras que él mismo había inventado. Estaba casi seguro de que aquella discusión tenía que ver con eso.

Visualizó el rostro de Carmen. ¿Le habría pegado para castigarla por una cosa que ella jamás había hecho? Confiaba en que no lo hubiera hecho, ya que el padre de ella vivía también en esa casa.

Regresó inquieto a la cama, con el corazón en un puño. Tan solo había querido hacerle daño a Mateo, nunca a Carmen. Había buscado una diversión con Mateo, pagar sus frustraciones con él y, sin saberlo, le estaba haciendo daño a la mujer que guardaba su corazón. Jamás se lo perdonaría a sí mismo. Ni tampoco a Mateo...

Al día siguiente, una tormenta sorprendió a los vecinos de Riópar. Las calles estaban desiertas cuando Graubner salió de su casa para marchar a la fábrica. Dirigió su mirada a la casa de Carmen, que estaba tan silenciosa y tranquila como siempre. Parecía que su tormenta particular había acabado.

El ingeniero caminó de prisa para intentar mojar lo menos posible su atuendo. Numerosos charcos inundaban la calle, provocando que todo estuviera anegado de barro por lo que resultaba casi imposible no mancharse la ropa.

En apenas unos minutos, Graubner llegó a la fábrica y esperó un segundo al pie de las escaleras para recuperar el aliento perdido en la carrera desde su casa. Tan metido estaba en sus pensamientos que cuando entró no se percató de la presencia de alguien sentado en el banco de la entrada.

—Me gustaría hablar con usted, señor Graubner —dijo una voz femenina.

El ingeniero reconoció la voz al instante sin necesidad de darse la vuelta. Era una voz que hacía meses que no se dirigía a él y que pensaba que jamás escucharía.

—¿De qué le gustaría hablar, señora? —la trató con la misma formalidad que ella.

—Mejor en su despacho, señor.

Cuando Carmen pasó por su lado para subir las escaleras, Graubner se percató de que en su cuello y en sus muñecas había unas señales que jamás había visto en su piel, algo que le preocupó en gordo. Sin comentar esas marcas, la siguió hasta el despacho en silencio. Incluso hizo caso omiso a la mirada de estupefacción y asombro de su amigo Joseph.

Esperó a que Carmen entrase a la estancia para cerrar la puerta y le indicó que se sentara en la silla que había frente a la mesa.

—No voy a tardar mucho —rechazó la oferta para sentarse—. Tan solo te quiero decir algo cara a cara.

—Dime —le pidió de forma seca y fría.

—¿Cómo te atreves a meterte en mi matrimonio? —le preguntó enfadada—. ¡Y para colmo en mi intimidad!

Graubner se dispuso a contestarle, pero Carmen no lo dejó hablar.

—¿Quién te crees que eres para contarle a Mateo mentiras sobre mí? Yo jamás le he contado a nadie mi intimidad.

—No sé de qué hablas —contestó mirando hacia otro lado y dándole la espalda.

—¿Cómo que no? —le agarró el brazo para darle la vuelta y mirarlo a la cara—. Yo no te he molestado desde que mi padre me obligó a casarme. Entonces, ¿por qué me agravias de esta manera? ¿Es una venganza por haberme casado con Mateo?

—Déjame que te expliq...

—¿Qué me vas a explicar? —levantó la voz—. No quiero tus explicaciones, Jorge, sino que me dejes en paz y no malmetas en mi matrimonio. ¿O crees que estoy feliz con esta situación?

—Sí —contestó con rapidez—. La gente no para de comentar la felicidad que hay en vuestro matrimonio desde que tuviste a nuestro hijo, y estoy harto de escuchar que el niño se parece a Mateo.

—A los ojos de todos es su padre, y eso no puedes cambiarlo, Jorge.

—Claro que no, y menos aún cuando a la madre del pequeño le gusta escuchar esos comentarios —le dijo para hacerle daño.

Carmen se cansó de escucharlo y, negando con la cabeza, se dispuso a irse. Sin embargo, en ese momento las mangas de su vestido le jugaron una mala pasada y dejaron al descubierto las marcas de su piel. Y esta vez, Graubner las pudo ver con claridad.

Cerró la puerta de un manotazo para evitar que la joven saliera y le agarró el brazo con cuidado.

—¿Qué haces? —intentó soltarse—. ¡No me toques!

—¿Qué son esas marcas, Carmen? —intentó subirle de nuevo la manga.

—No sé de qué me hablas —en sus ojos se veía reflejado el miedo a que el ingeniero descubriera lo que ocultaba bajo el vestido—. Suéltame, por favor.

Graubner hizo caso omiso a su petición y le subió la manga hasta el codo. Con cuidado, observó las señales sobre las muñecas de ambas manos y, con horror, comprobó que se trataba de la marca de la mano de Mateo. Sus dedos largos y bastos se habían imprimido sobre la piel de su esposa. Dirigió también su mirada hacia el cuello de Carmen y vio que se trataba de la misma marca.

Ella miraba incómoda hacia otro lado. Tenía miedo de la reacción de Graubner al adivinar de qué se trataban.

—¿Se puede saber por qué la mano de tu esposo se refleja en tu piel? —le preguntó entre dientes.

Carmen siguió sin hablar, pero las lágrimas que acudieron a sus ojos la delataron y confirmaron lo que el ingeniero tenía en mente.

—¿No vas a contestarme? —su voz se volvió dulce.

—No es nada —se bajó las mangas—. Un pequeño accidente.

—¿Llamas accidente a que tu marido te deje la marca de su mano en tus muñecas y cuello? Eso está hecho a propósito.

—Te digo que no es nada —se alejó de él llorando.

—Te ha pegado, ¿verdad? ¡Contéstame! —esperó un segundo antes de volver a hacerle la pregunta—. ¿Tu marido te maltrata?

—¡No! Jamás me ha puesto la mano encima, de verdad.

—Entonces, esas marcas de qué son.

Carmen calló un instante antes de contestar. Agachó la cabeza porque no tenía las fuerzas suficientes para sostenerle la mirada mientras se lo contaba. Bajó la voz y habló con tartamudeos:

—Mateo llegó ayer enfadado. Me echó en cara que yo iba diciendo que no era lo suficientemente viril —sus mejillas se sonrojaron—. Y... para demostrarme lo contrario, me forzó. De ahí las marcas.

Tras su confesión se sentía incapaz de mirar a la cara al ingeniero. Se retorció las manos con incomodidad y parecía como si quisiera que la tierra la tragase.

—¿Que ese animal te forzó? —levantó la voz—. Malnacido. Ahora entiendo las voces de anoche.

—¿Nos escuchaste? —se sobresaltó Carmen.

—Me iba a acostar cuando las escuché.

La joven no sabía qué decir. Por eso, recogió el chal que se le había caído al suelo y se dispuso a irse.

—Después de saber lo que ocurrió con tu mentira, espero que no vuelvas a hacerlo —le pidió—. No te metas en mi matrimonio.

Graubner no contestó a su petición, incluso no hizo ningún movimiento cuando ella abrió la puerta y se marchó, dejándolo solo con su congoja. Pero no solo sentía eso dentro de él, sino una creciente furia que jamás había experimentado, ni siquiera cuando Carmen se casó con Mateo o cuando Antonio vino al mundo. Era un sentimiento que, incluso a él, le daba miedo sentir. Nunca le había gustado conocer los medios que utilizaban algunos hombres con sus mujeres para que estas hicieran lo que ellos quisieran. Jamás le había gustado saber que una mujer era maltratada y, en aquella ocasión, aún menos.

Saber que Carmen había sufrido por su mentira, le llenaba el corazón de culpa. Pero la furia que crecía y crecía menguaba ese sentimiento por su falta. Su cuerpo temblaba cada vez más. Incontrolables escalofríos recorrían su cuerpo y el dolor de su pecho le impedía respirar con normalidad.

No podía dejar que aquel episodio se volviera a repetir. Necesitaba hacer algo para que su corazón descansase en paz y el remordimiento por aquello lo abandonase. Un plan se estaba formando en su mente. Algo que haría que Mateo pagase por todo aquello que le había hecho a Carmen y por todo el sufrimiento que le provocó a él mismo al casarse con la mujer a la que quería. Sin embargo, era un plan tan retorcido que incluso al ingeniero le daba miedo.

Se miró las temblorosas manos, aquellas que llevarían a cabo su plan. En aquel estado de nerviosismo, le parecieron que esas manos blancas no eran las suyas. Se las llevó al rostro intentando aplacar lo que sentía y para darse ánimos para llevar a cabo su retorcido propósito.

Durante todo el día estuvo planificando el modo en el que llevaría a cabo lo que había pensado. Apenas hizo caso a Joseph cuando le explicó lo que se le ocurrió para levantar la empresa de aquel bajo rendimiento económico. Ni fue

consciente de lo que ocurría a su alrededor. Estaba completamente inmerso en su plan.

Llegó la hora de cerrar la fábrica y Graubner fue el último en salir. Sin embargo, antes de regresar a casa, decidió que sería ese día cuando dejaría todo listo y preparado para su plan. Por ello, cerró la puerta de la fábrica por dentro y recorrió una a una las salas para comprobar que no quedaba nadie rezagado. Cuando comprobó que estaba solo, se dirigió a la sala de fundición.

La noche estaba cayendo sobre el pueblo y era poca la luz que atravesaba los amplios ventanales de la fábrica, proyectando sombras sobre las paredes y alargando la propia sombra del ingeniero mientras recorría el pasillo que lo separaba de la sala que buscaba. Sus lentas pisadas eran el único ruido que se podía escuchar en aquel lugar.

En el rostro de Graubner se podía ver la determinación que tenía para llevar a cabo su plan. La rabia lo rodeaba, impidiéndole pensar con claridad y serenidad lo que estaba a punto de hacer. En su oscuro camino se abría un nuevo abismo y él estaba a punto de saltar hacia la más profunda de las tinieblas. Su cuerpo temblaba como una hoja por el nerviosismo ante lo que estaba a punto de suceder. Notó sus manos sudorosas cuando se las retorció antes de coger la llave que se encontraba sobre una de las mesas de trabajo de aquella sala.

Se giró para enfrentarse a la máquina de fundición. Sobre el caldero de aquella obra de ingeniería se encontraban aún humeantes las brasas con las que fundían el metal que llegaba procedente de la mina. La máquina, que medía al menos dos metros, debía ser dirigida por dos hombres. Entre estos obreros se encontraba Mateo. Él era uno de los dos que siempre manejaba la máquina.

Para llevar el material fundido a los diferentes moldes de los que disponían, usaban un cuenco en el que introducían el metal ardiendo y dos hombres lo transportaban unos metros. Para mover aquel cuenco, usaban unas barras de acero que se sujetaban mediante tuercas a ese recipiente. Si esas tuercas eran manipuladas de alguna manera o se encontraban en mal estado, el contenido del cuenco se derramaría y al hacer contacto ese metal ardiendo contra el suelo explosionaría, provocando que los trabajadores que manejaban la máquina de fundición se quemaran. Por eso, Graubner se acercó deprisa a esas tuercas y aflojó la del lado izquierdo, que era la barra con la que trabajaba Mateo.

Lo dejó de tal manera nadie se daría cuenta de que estaba manipulada y que, cuando maniobraran con las cadenas, esta se soltara y explosionara cerca de

Mateo.

—Vas a pagar muy caro lo que has hecho, maldito perro —susurró.

Dejó la llave donde la había encontrado y, antes de salir, observó lo que acababa de hacer. La máquina parecía que estaba en el mismo buen estado de conservación que unos minutos atrás. Nadie sospecharía jamás que aquella tuerca estaba floja, ni le echarían la culpa de aquel fatídico accidente.

Aún temblando, se dio la vuelta y dejó su preparado plan atrás. La noche había caído plenamente sobre el pueblo y apenas había luz que iluminase el pasillo, pero a Juan Jorge Graubner no le hacía falta en ese momento la luz porque su vida y su camino a partir de aquel día serían tan oscuros como la noche.

Capítulo 14



La mañana de aquel aciago día amaneció templada. El calor del verano se acercaba y los cuerpos de los vecinos aún no se habían acostumbrado a esas temperaturas.

Carmen se levantó sudorosa de la cama media hora antes que Mateo para preparar el desayuno y asearse un poco. Desde el día anterior en el que se había vuelto a encontrar con su verdadero amado, tenía un mal presentimiento. Sentía que no debía haber ido a la fábrica a recriminarle su actitud porque conocía su carácter fuerte. Sin embargo, confiaba en que Graubner se mantuviera al margen de su vida, tal y como le había pedido antes de dejarlo solo en su despacho.

Minutos después de haber dejado el desayuno sobre la mesa, Carmen escuchó las fuertes pisadas de su marido. Aún tenía miedo de él desde que hacía dos noches la había forzado sobre aquella misma mesa. Sin embargo, sentía tranquilidad al saber que su padre vivía también en esa casa y la defendería de quien hiciera falta. Giró la cabeza para ver a Mateo y, al instante, a su padre. Ambos llegaban colocándose las camisas entre el pantalón y un pañuelo en el cuello.

—Pensaba que la tormenta de ayer dejaría el ambiente más fresco, pero ha sido lo contrario —se quejó José mientras se sentaba.

—Sí, el verano ha llegado antes de lo que esperábamos —le siguió su yerno.

Mateo miró de reojo a su mujer.

—¿Y el niño? —le preguntó—. ¿Aún duerme?

—Sí —fue su única respuesta.

Carmen seguía molesta con él desde lo que ocurrió dos días atrás y no estaba dispuesta a perdonarlo tan rápidamente a pesar de que él se comportaba como si nada hubiera pasado.

Desayunaron en silencio y Mateo y su suegro se fueron rápidamente a la fábrica. Ese día debían acabar unos pedidos y aún había que pulir la gran mayoría de las piezas. Por eso, José tenía tanta prisa por llegar al trabajo. Mateo, sin embargo, debía comenzar con otro de los pedidos que corrían menos prisa y su paso era más lento que el de su suegro. Se quedó atrás y vio cómo José llegaba antes al edificio, junto con otros obreros que debían hacer el mismo trabajo.

Al quedarse rezagado, pudo ver salir a Graubner de su casa y escuchó sus pasos más lentos que los suyos a su espalda. No le gustaba que alguien lo siguiera tan cerca que pudiera escuchar sus pasos, y menos aún los del ingeniero.

—Llegarás tarde —escuchó su voz—. Y no me gusta que nadie llegue tarde al trabajo.

—Alguien llega tarde cuando el amo ya está allí y usted aún no ha pisado la fábrica —fue su respuesta sin siquiera darse la vuelta para mirarlo.

—Da igual la hora a la que llegues —susurró Graubner mientras lo veía entrar al edificio—. Hoy será el día de tu juicio final, y no podrás escapar de él.

Subió con lentitud las escaleras de la entrada al edificio y se entretuvo mirando los arbustos que rodeaban aquel pequeño patio. Respiró hondo y entró. Ese día vio de manera diferente la fábrica. La mirada de sus ojos era distinta a la del día anterior. Se sentía liberado de la gran carga de su espalda que soportaba desde que Carmen se casó con aquel malnacido. Creía que aquel día terminaría su tormento. Lo que no sabía era que sería el día de su comienzo.

La jornada laboral para Mateo comenzó como cualquier otro día. Gran parte de los obreros corrían de un lado a otro para terminar el pedido que debían enviar aquella misma mañana. Sin embargo, Mateo no tenía la necesidad de correr porque él ya había terminado su trabajo con aquel pedido y debía iniciar otro.

Sus compañeros de sala ya habían llegado cuando él entró y se puso el delantal de cuero. Las brasas ya estaban encendidas y el metal se fundía con lentitud en aquel fuego abrasador. La temperatura de la sala fue incrementándose a medida que la flama aumentaba a niveles extremos de bochorno.

Mateo ayudó a su compañero a preparar el metal y a llevar el bronce líquido hacia el cuenco para verterlo sobre los moldes que ya estaban colocando sus compañeros sobre una mesa larga de acero. Con unas largas paletas y cazos de

ese mismo material removían las brasas para que el bronce se derritiera más rápidamente.

—Estos moldes ya están listos, muchachos —escucharon Mateo y su compañero—. Si habéis terminado con eso, traedlo. Nosotros debemos ir a por el resto de moldes. Enseguida volvemos.

Y gracias a eso, salvaron su vida.

Mateo se incorporó después de dejar sobre el suelo la paleta y agarró, al mismo tiempo que su compañero, la barra que sujetaba aquel cuenco abrasador. Todo parecía ir bien, como siempre, hasta que la barra que él sujetaba se soltó, y el contenido del cuenco rebosó.

Mateo miró asustado y desconcertado hacia el cuenco cuando vio la barra suelta sobre su mano. Todo pareció ocurrir demasiado lento a partir de ahí. El bronce líquido que portaban dentro del cuenco se derramó y el joven solo alcanzó a ver cómo el fluido caía sobre el suelo y provocaba una explosión.

Aquel fogonazo fue lo último que vieron Mateo y su compañero antes de morir quemados por el bronce.

Los compañeros de los fallecidos que habían salido a por el resto de moldes dieron la voz de alarma en cuanto entraron de nuevo a la sala. El fuego apenas se extendió durante esos minutos, pero la llamarada era tan alta que podría llegar a quemar las tablas de madera de las que estaba compuesto el techo.

Todos los trabajadores corrían y gritaban pidiendo ayuda para llevar cubos de agua y así apagar las llamas antes de que el daño fuera a mayores.

Desde su despacho, Juan Jorge Graubner empezó a escuchar los gritos que se producían en el piso de abajo. Tardó un instante más en salir de la estancia, aunque ya sabía qué había ocurrido. Su amigo Joseph subió las escaleras con el horror escrito en la cara. Y, sofocado, se dirigió a él:

—¡Jorge! —apenas tenía aliento—. Ha ocurrido una desgracia.

Paró un momento para tomar más aire y continuó:

—Ha habido una explosión en la sala de fundición —le indicó con la mano que lo siguiera hacia el piso inferior—. Al parecer, una de las barras se encontraba en mal estado y ha provocado que el bronce rebosara y tomara contacto con el suelo.

—¿Cuáles son los daños? —le preguntó con frialdad el ingeniero.

Joseph negó con la cabeza en señal de derrota.

—Eso es lo peor, amigo. Hay dos muertos.

El corazón de Graubner se aceleró al instante. ¿Cómo que dos muertos? Creyó haber preparado la máquina de tal modo que fuera solo Mateo quien sufriera las quemaduras por el metal fundido. Y, ahora, por su culpa había otra persona muerta.

—¿Los conozco? —le preguntó.

—Me temo que sí —respondió Joseph—. Uno de ellos es Mateo y el joven que también ha fallecido se llama Juan, hijo de otro obrero.

—¿Mateo? —preguntó intentando disimular—. ¿El marido de Carmen?

—Sí —y cambió de tema aunque en su mente se empezó a formar una idea después de escuchar la contestación de su amigo—. Aún no sabemos cómo ha podido soltarse la barra que sostenía el caldero, pero todo indica que estaba en mal estado.

La puerta de entrada se abrió de golpe y varias personas que no trabajaban en la fábrica entraron llorando y gritando. Gran parte de ellas pertenecían a la familia del joven Juan, que apenas superaba la tierna edad de veinte años.

—¡Mi hijo! —gritaba una mujer de unos cincuenta años, llorando a lágrima viva y buscando con desesperación el cuerpo casi derretido de su hijo—. Señor, ¿dónde está mi hijo?

La imagen de aquella desesperada señora agarrando el brazo de Graubner se grabó en la memoria del ingeniero y lo acompañaría para el resto de su vida. Al instante, se sintió culpable por lo que había provocado. Su intención no era hacerle daño a aquel joven que no conocía y que no le había hecho ningún daño, que solo trabajaba en la fábrica para sacar adelante a la familia y que jamás había tenido malas intenciones o deseos para el ingeniero.

Sin embargo, cuando al instante vio aparecer a Carmen con su hijo en brazos y con el gesto sorprendido por lo que le habían contado, su pena y remordimiento desaparecieron. Y lo hicieron porque no había deseado otra cosa que no fuera ver libre a su amada. En su mente, se creó la idea de que Mateo estaba mejor muerto.

La joven pasó a su lado y solo le dio tiempo a mirarlo de reojo puesto que su padre la guio por el pasillo hacia la sala de fundición que era donde se encontraban los cadáveres de ambos jóvenes.

No obstante, ambas familias tuvieron que esperar un rato fuera mientras apagaban por completo el incendio y preparaban los cuerpos para ser introducidos en las cajas de madera de pino que habían mandado buscar.

Juan Jorge Graubner echó un vistazo a su alrededor para ver cómo había afectado lo sucedido a los trabajadores y el resto de personas que allí se encontraban. Todos parecían tener los ojos idos, como si sus cuerpos siguieran allí, pero sus mentes se hubieran ido a otro lugar. Todos, sin excepción, estaban consternados por lo sucedido. Quien más y quien menos conocía a los dos jóvenes que acababan de perder la vida y, al parecer, Juan era uno de los más queridos en el pueblo por su viveza y lo bullicioso que era en todas las fiestas. Sin duda, todos habían perdido a un amigo muy querido.

Tan metido estaba en sus pensamientos que no era consciente de la mirada que le dirigía Joseph. Este sabía que la maquinaria estaba en perfecto estado porque la revisaba a conciencia todas las semanas. De hecho, dos días antes había comentado con otro ingeniero la buena calidad de las máquinas. Y, sin embargo, cuando le contaron lo sucedido, le pareció extraño que aquella barra se soltara, coincidiendo con la presencia de Mateo en la sala. Además, la frialdad con la que se había tomado su amigo la noticia le hizo sospechar que él sabía más sobre lo que había ocurrido. No obstante, no quería desconfiar del buen juicio de su amigo y decidió darle una oportunidad para demostrarle que no había tenido nada que ver con ese suceso. Si había algo en Graubner que no le gustara a lo largo del día, le preguntaría directamente su implicación en el caso.

—Creo que es mejor que nos acerquemos a los familiares.

El ingeniero se giró hacia él sobresaltado. Se había olvidado de su presencia tras él y no esperaba escuchar su voz.

—¿Y qué quieres que les diga a unas personas que han perdido a un ser querido? —le espetó.

—¿Que lo sientes, tal vez? —ironizó Joseph.

—¿Qué quieres decir? —susurró—. ¿Insinúas que he tenido algo que ver?

—¡No! —esas palabras lo delataron—. Me refiero a que puedes decirles que

sientes mucho su pérdida.

—Yo no tengo por qué hacer eso. Los accidentes pueden ocurrir en cualquier momento.

—Pero la gente de por aquí te tiene demasiado respeto y estima. Por eso, creo que se sentirán más reconfortados si les presentas tus respetos.

Graubner pensó durante un instante las palabras de Joseph. Finalmente, se adelantó unos pasos hasta que estuvo a la altura de aquellas gentes. No sabía qué decir y las palabras se le quedaban ahogadas en la garganta.

—Señoras... —carraspeó.

Sin embargo, un ruido en la entrada de la fábrica llamó la atención de todos. Por fin, habían llegado los ataúdes en los que enterrarían a los fallecidos.

El ingeniero se apartó cuando llegaron a su altura y los dejó pasar. Gracias a su altura, pudo echar un vistazo a la sala de fundición cuando varios de los trabajadores salieron de ella. Por fin habían apagado el fuego y las familias podrían recoger a sus seres queridos. Vio a dos cuerpos tirados en el suelo y calcinados casi en su totalidad. Escuchó a las mujeres llorar cuando, como él, vieron el estado de los cuerpos, pero le pareció un sonido lejano. Durante unos instantes, rememoró los últimos meses de su vida. Aquel año había sido el más nefasto para él. La bebida y las silenciosas noches eran las únicas que lo habían acompañado y, aquel día, creyó que era el último del infierno en el que se había convertido su vida. Con la muerte de su mayor enemigo, sintió que el peso de su pecho se escapaba de él aunque, sin saberlo, uno mayor se posaba en su espalda. La culpa y el remordimiento aparecerían en algún momento de su vida para recordarle que ese día había cometido una de las mayores atrocidades.

Apretó los puños con fuerza cuando vio a Carmen intentar acercarse al que había sido su marido. La vio contraer el rostro por aquella visión tan desagradable y por el olor a quemado que impregnaba el lugar. No descubrió en su rostro dolor por la pérdida, ni remordimiento por no haberlo querido como debía ni por mentirle sobre la verdadera procedencia de su hijo. No pudo descifrar lo que Carmen sentía en ese momento. Lo único que podía entender eran sus propios sentimientos. Su mayor enemigo había salido de su vida y ahora volvía a tener el camino libre, aunque supiera que ese camino era prohibido para él.

Ya era de noche cuando Juan Jorge Graubner vio salir a los últimos vecinos

que se habían acercado a darle el pésame a la familia de Carmen. Sostenía una copa de vino mientras miraba fijamente a la casa de enfrente y agudizaba el oído para intentar escuchar algún comentario. En todo el día, no volvió a saber nada de su amada.

Las familias habían regresado a sus casas para llevar a cabo el velatorio en la estricta intimidad. Carmen regresó a su casa junto a su padre y su hijo, además del cadáver de su marido. No había podido llorar cuando lo vio quemado y tirado en el suelo. Y, después de todo el día, las lágrimas no querían acudir a sus ojos. No obstante, Graubner no sabía nada de los sentimientos de ella.

Ya había dado buena cuenta de casi una botella de vino y su mente no podía pensar con claridad. En parte, celebraba su triunfo sobre su joven adversario ya que no tendría que soportar más las muestras de cariño y las palabras bonitas que se dedicaban el uno al otro. Además, ya no volvería a hacer daño a la mujer que él amaba, motivo por el cual había llevado a cabo su plan.

Movió de un lado a otro el contenido de su copa y lo apuró de un trago. Antes de volver a servirse otra copa, el llamador de la puerta de entrada sonó con insistencia. Le extrañó que a esa hora tan tardía alguien fuera a buscarlo y pensó que no abriría. Sin embargo, un nuevo golpe se escuchó sobre la puerta, rompiendo el silencio que se respiraba en la casa.

Dado que María se había ido a dormir hacía tiempo, fue el propio Graubner quien abrió la puerta. Se sorprendió al ver tras ella a su gran amigo Joseph que, por su gesto, se veía enfadado.

—¿Qué haces aquí a esta hora? —le preguntó extrañado—. ¿Ocurre algo?

—¿Por qué no me lo dices tú? —lo apartó de un empujón para entrar a la casa.

El ingeniero lo miró sorprendido por el tono que empleaba en sus palabras y la fiereza con la que se dirigía a él ya que Joseph no era una persona que se dejase llevar por el mal humor.

—No sé a qué te refieres —contestó.

—¿Seguro? Yo creo que sí.

Esperó a que Graubner cerrase la puerta para continuar.

—Esta mañana no te vi muy sorprendido por el accidente ocurrido en la sala

de fundición.

—¿Y cómo preferirías que hubiera reaccionado?

—Con que te hubieras preocupado más por el motivo del accidente, me habría dado por satisfecho. Pero te comportaste de una manera demasiado fría incluso para ti.

—Ya sabes que Mateo no me resultaba agradable. No querrás que ahora llore su muerte junto a su familia.

Joseph lo miró inquisitivamente. Por una parte, creía imposible que su amigo fuese capaz de manipular la máquina para provocar un accidente en su propia fábrica, y menos aún con la situación económica que atravesaban. Pero, por otra parte, la forma en la que se había tomado la noticia del accidente y su posterior frialdad para llevar a cabo una investigación, le llevaban a pensar que Graubner lo había provocado.

—Yo no me refiero a eso, y lo sabes. Tan solo te cuento lo que pienso con respecto a esto. Tu actitud no ha sido normal a lo largo del día, y he pensado que habías sido tú.

—Amigo mío —le puso las manos en los hombros—, ¿me ves capaz de algo así? ¿Crees que pondría en peligro la fábrica a sabiendas? Ahora tendré que pedir un préstamo al Consejo de Castilla para comprar maquinaria nueva. Y ya sabes cómo están las cosas entre nosotros.

—Sí, sería como cavar tu propia tumba —asintió—. Lamento haberte tratado mal y haberte molestado.

—No te preocupes, amigo —sonrió falsamente Graubner—. Yo también lo habría pensado si hubiera visto mi actitud.

Joseph asintió y, tras despedirse del ingeniero, se marchó. Graubner, por su parte, apoyó la cabeza en la puerta cuando la cerró. Su amigo había estado a punto de descubrir su plan y, por un momento, tuvo miedo de las consecuencias que podría traerle algo así.

Respiró hondo mientras intentaba calmar los rápidos latidos de su corazón. Cuando sus nervios se apaciguaron, se sintió satisfecho de él mismo: tanto porque su plan había acabado bien como por su habilidad para convencer a la gente de algo, aunque esto sea mentira. Siempre había tenido esa capacidad, y era algo de lo que se enorgullecía.

Sonrió mientras dejaba la copa vacía en la mesa y subía al piso superior para acostarse. Sentía que aquel día había sido uno de los mejores de su vida, especialmente en esos últimos meses. Sin embargo, no sabía que su amigo Joseph tenía razón: y es que con aquel accidente, había cavado su propia tumba.

Capítulo 15



A finales de julio de aquel 1774, la situación económica en la fábrica se hizo insostenible. Algunos de los obreros dejaron de recibir sus salarios porque no había dinero para todos y el Consejo de Castilla tardaba mucho en contestar a la misiva que, semanas atrás, había enviado Graubner. La paciencia no era una de sus virtudes y estaba desesperado por conocer lo que habían resuelto en aquel Consejo.

El 27 de julio llegó la esperada carta. El ingeniero llegó de mal humor aquel día, aunque lo que le deparaba aquella carta no haría que su temperamento mejorase.

Apenas había subido un par de escaleras cuando escuchó la voz de Joseph desde el piso superior:

—¡Jorge! Date prisa. Al fin, ha llegado la carta desde el Consejo.

El ingeniero levantó la mirada y vio a su amigo mostrándole la carta con alegría y nerviosismo por saber lo que había escrito en ella.

—Ven conmigo al despacho y la leemos —le pidió—. Espero que sean buenas noticias.

Una vez abierta, comprobó que el contenido no era tan largo como esperaba y las noticias no eran tan buenas como deseaba:

“Estimado Juan Jorge Graubner, en respuesta a la solicitud para un nuevo envío de dinero por parte del Consejo de Castilla le debemos decir que lo hemos estado meditando. Tal y como ha ocurrido en otras ocasiones, le habríamos enviado el dinero de buen grado para reponer la maquinaria que nos explicó en su misiva. No obstante, este Consejo ha decidido denegarle otro nuevo ingreso de dinero porque no vemos la necesidad de cambiar ningún tipo de máquina en su empresa. Han sido numerosas las ocasiones en las que hemos enviado dinero para ello y no vemos los resultados que usted mismo explicó.”

Es por todo ello, por lo que hemos decidido no enviar más dinero. A cambio, la única solución que vemos a su problema es que la fábrica deje de ser una empresa privada y pase a manos del Excelentísimo Ayuntamiento de Alcaraz. Así, los gastos que supongan la mejora de la maquinaria o el salario de sus trabajadores correrán por cuenta de ambos, tanto del Ayuntamiento de Alcaraz como de su propia cuenta. Usted seguiría siendo el director de dicha empresa y tendría la capacidad de despedir y contratar a tantos trabajadores como guste. Pero, quien tendría que subvencionar esos gastos será, a partir de ahora, el pueblo de Alcaraz.

Sin nada más que añadir, nos despedimos de usted hasta el día en el que le enviaremos la contrata a firmar por ustedes.

Consejo de Castilla”.

Graubner arrugó la carta entre sus manos. No podía creer lo que acababa de leer. Todo aquello por lo que había luchado durante tantos años pasaría a manos del vecino pueblo de Alcaraz. Y, aunque él continuara como director de la fábrica, nada volvería a ser lo mismo.

—¿Cómo hemos podido llegar a esto? —se lamentó el ingeniero mientras tiraba con rabia la carta sobre la mesa—. No entiendo qué les ha podido hacer retroceder en este asunto. Jamás se han quejado por los gastos que hemos tenido y siempre han enviado el dinero.

—Supongo que saben que los pedidos no son los mismos de antes —aunque se le ocurrió otro motivo—. O puede que sepan lo del accidente de hace unas semanas.

—¿Crees que se han enterado y no quieren pagar por miedo a otro accidente? —le preguntó.

—No lo sé, Jorge. Pero las noticias vuelan por estos lugares. Puede que en Alcaraz lo sepan y quieran aprovecharse de la situación para meterse en la fábrica y ganar dinero con ella.

—¿Qué dinero? —alzó la voz—. Van a ganar lo mismo que nosotros durante los últimos meses: una miseria. Ya he gastado gran parte de mi fortuna en este proyecto que aún no ha alzado el vuelo.

Se llevó las manos a la cabeza como siempre que estaba desesperado. No esperaba un revés de estas características y no estaba preparado para asumirlo.

con resignación.

—No quiero cederle la fábrica al ayuntamiento —se quejó en un susurro, aunque Joseph lo escuchó.

—No se trata de lo que tú quieras, amigo, sino de lo que ellos han decidido. Si tú solo no puedes correr con todos los gastos, necesitas que Alcaraz lo haga. Solo va a cambiar eso, nada más.

—Es demasiado.

Apoyó su brazo izquierdo en la pared mientras miraba, de manera ausente, por la ventana. Joseph decidió dejarlo solo para que asimilara lo que acababa de ocurrir.

Cuando se encontró solo, dio un puñetazo a la pared para liberar la frustración y la rabia que tenía. Sentía que perdía la fábrica, que se le escapaba de entre las manos y no podía hacer nada para recuperarla y ser únicamente suya para siempre.

Recordó el acuerdo al que llegó con el rey cuando este le permitió explotar la mina de calamina. Según pactaron, la fábrica sería una entidad privada a la que contribuirían con numerosas cantidades de dinero si hacía falta. Lo que no entendía Graubner era cómo habían tomado esa decisión si jamás habían hablado de una posible estatalización de la fábrica. Se sentía traicionado por el rey, aunque también desamparado. Estaba completamente seguro de que Alcaraz no contribuiría de manera plena con los gastos de la empresa y tendría que gastar aún más dinero de su fortuna, que estaba menguando considerablemente en los últimos tiempos.

Al mismo tiempo que pensaba en todo eso, vio pasar por delante de la fábrica a Carmen. Hacía tiempo que no la veía y no era consciente de lo mucho que había cambiado su indumentaria desde hacía unas semanas. Ya no era aquella joven vivaracha de la que se había enamorado, sino que ahora parecía muchos años mayor con aquel atuendo. Los pocos vestidos que tenía estaban teñidos de negro desde la pérdida de su marido y debía llevar el luto riguroso que exigían aquellos tiempos para recordar la memoria de su difunto esposo. Además de aquel vestido negro, un velo del mismo color ocultaba sus cabellos de la vista de cualquier viandante, proporcionándole una edad que no le correspondía.

Sintió pena por ella porque sabía que no sentía de corazón lo que aquella vestimenta significaba. Estaba seguro de que apenas sentía la muerte de aquel

marido al que le habían obligado a querer.

Graubner dirigió su mirada a los brazos de Carmen. En ellos, sujetaba al pequeño Antonio. Su hijo, que había crecido considerablemente en esos meses y aunque sabía que aún no podía andar, estaba seguro de que lo haría en unos meses.

A su mente llegó una idea mientras contemplaba alejarse al gran amor de su vida. Hacía tiempo que no había cruzado ni una palabra con ella y pensaba que, si lo hacía, podría sacarlo de aquel agujero negro en el que se había convertido su vida tiempo atrás. Por ello, se giró con presteza hacia el escritorio y tomó papel y pluma. Apenas escribió unas palabras, pero fueron las suficientes como para que Carmen sintiera curiosidad por volver a hablar con él:

“Amada Carmen, sé que nuestra relación que rompió hace mucho y que, después de la muerte de tu marido, apenas sales de casa, pero eres la única persona que me ha conocido realmente como soy y la única que me ha escuchado.

Si quieres que nos veamos, podemos quedar a las afueras del pueblo junto al arroyo, a la caída de la tarde. Si no vas, lo entenderé.

Tuyo siempre, Juan Jorge Graubner”.

Cerró la carta y la selló. Salió del despacho para buscar a algún niño que pudiera llevársela a Carmen. En la calle, justo enfrente de la puerta de la fábrica, se encontró a un niño jugando solo. Al verlo, sintió un escalofrío porque se vio reflejado en aquel joven y eso le paralizó. No obstante, intentó concentrarse en su objetivo y llamó con insistencia al niño para que se acercara a él.

—¡Muchacho! —alzó la voz—. ¡Ven aquí!

El niño levantó la cabeza y lo miró asustado. No le gustaba hablar con desconocidos y, aunque Graubner no le resultaba desconocido, le imponía considerablemente su presencia.

—Me gustaría que me hicieras un favor —intentó alentarlo.

El niño continuó mirándolo, como si no hubiera escuchado nada de lo que acababa de decirle. Aunque, al ver la carta en sus manos, comprendió que no le haría ningún mal.

—¿Qué quiere, señor? —le preguntó con miedo a hablar más de la cuenta.

—¿Conoces a Carmen García, la mujer que se quedó viuda hace poco?

—Sí, es la hija del señor José.

—Pues me gustaría que llevaras esta carta a su casa y le digas que va de mi parte —se agachó para estar a su altura—. Pero no le tienes que decir esto a nadie, ¿entendido? Ni siquiera a tu madre.

—¿Un secreto entre usted y yo? —sonrió el niño, orgulloso de poder ayudar a aquel hombre al que todo el mundo lo respetaba.

—Sí, así que corre y llévasela antes de que se entere alguien —sacó unas monedas del bolsillo de su traje—. Y toma, esto es para ti.

El niño abrió los ojos sorprendido cuando vio el dinero. Lo cogió con una sonrisa y marchó corriendo hacia la casa de Carmen.

El sol se empezaba a esconder cuando Graubner salió del pueblo y recorrió el curso del arroyo hacia la enorme piedra en la que, de seguro, estaría esperándolo Carmen.

Varios metros antes de llegar, la vio. Se encontraba sentada donde él creía que estaría y se detuvo un momento para observarla libremente. Carmen estaba de espaldas a él, por lo que aún no era consciente de la presencia del ingeniero. Llevaba puesta la misma indumentaria que esa misma mañana, y el mismo velo cubría su precioso pelo.

Se armó de valor para acercarse a ella y respiró hondo antes de saludarla. Ella, que ya había escuchado sus pasos, giró levemente la cabeza y se quitó el velo del pelo. Lo dobló entre sus manos y lo dejó sobre la piedra después de levantarse. Dirigió sus enormes ojos hacia el hombre que había conquistado su corazón tiempo atrás y que, después, se lo rompió en mil pedazos.

Ambos se escudriñaron durante unos segundos. Ninguno parecía capaz de ser el primero en romper el hielo hasta que, al fin, fue Carmen quien habló:

—Aquí me tienes —fue su saludo—. Me gustaría que me dijeras con rapidez lo que tengas que decirme. He dejado al bebé a cargo de una vecina y no quiero separarme de él.

—Creí que lo traerías para poder verlo —le contestó.

—Si no te preocupaste en su momento para intentar ser su padre, no tienes por qué hacerlo ahora —le echó en cara ella—. Tengo prisa.

Graubner se acercó más a ella para hablar en voz más baja e intentar oler su cabello como siempre había disfrutado hacer. Sin embargo, Carmen se apartó de él como movida por un resorte.

—Me gustaría saber cómo va tu vida desde que perdiste a tu marido.

—¿Cómo va a ir? —le espetó—. Viuda y con un hijo al que alimentar yo sola. Ahora tengo a mi padre, pero cuando él no esté, ¿qué va a ser de mi vida?

—Yo podría ayudarte —se ofreció el ingeniero.

—¿A qué? Tuviste la oportunidad de ayudarme, de ser mi marido y preferiste abandonarme a mi suerte para que me casara con un hombre al que yo no quería. Tuve que compartir mi vida y mi lecho con él durante casi un año. ¿Pretendes ahora que te perdone y te deje que me ayudes? No, gracias. No quiero que por mi culpa pierdas tu preciado título y tu honra.

Con lágrimas en los ojos, intentó marcharse, pero Graubner le cortó el paso.

—No es mi intención hacerte daño, ni ofenderte —se disculpó—. Tan solo quiero hablar contigo. Lamento mucho haberte hecho daño, Carmen.

Ella lo miró a los ojos para comprobar que realmente le estaba diciendo la verdad. Y, además de descubrirla, vio un rastro de tristeza inmensa en aquellos ojos verdes.

—¿Qué ocurre? —le preguntó al fin—. Algo te preocupa.

Graubner asintió y le soltó el brazo para acercarse a la orilla del arroyo.

—Estoy hundido, Carmen —le confesó sus sentimientos—. Todo lo que hay a mi alrededor se cae en pedazos y no soy capaz de reconstruirlo. Todo lo que he tocado se está destruyendo y no hay marcha atrás. Primero te pierdo a ti, y ahora la fábrica.

—¿La cierras? —se sorprendió.

—No, pero el Consejo de Castilla pretende que se la ceda a Alcaraz. Yo quedaré como director, pero dependeré económicamente de ellos.

—¿Y eso es malo? —le preguntó—. Podrán darte dinero cuando lo necesites.

—No, me lo darán cuando quieran. Si les pido dinero para la renovación de algunas máquinas, podrán abstenerse a dármelo. Ya nada será igual, he perdido lo único que me quedaba para seguir adelante —se llevó las manos a la cara—.

Ya te perdí a ti y ahora, esto. No puedo más.

Sintió la pequeña mano de Carmen sobre su espalda.

—A veces, cuando te veía con tu marido, pensaba que me volvería loco, que no sería capaz de aguantar esa estampa. Lo veía con mi hijo y me hubiera gustado gritar que no era suyo, sino mío.

—Pero él ya no está, murió en aquel accidente.

Graubner asintió. Su corazón se desbocó cuando Carmen pronunció aquellas palabras. Sintió miedo de que ella pudiera conocer la verdad y lo despreciara por haber cometido aquel delito. No quería, por nada del mundo, que ella descubriera de lo que había sido capaz de hacer.

—Sí —contestó—. Está muerto. Aun así, no puedo olvidar los momentos que lo vi compartir con el bebé, los comentarios de la gente al decir que padre e hijo eran como dos gotas de agua. Eso, unido a la noticia de la estatalización de la fábrica, ha terminado de hundirme. Y no sé cómo puedo salir del agujero en el que estoy.

Sus puños cerrados y su voz entrecortada hicieron mella en el corazón de Carmen, que se acercó a él para abrazarlo.

—Yo estaré aquí para lo que necesites, Jorge. No voy a dejar que te hundas.

El ingeniero no fue capaz de contestar a sus palabras y hundió la nariz entre su cabello para aspirar el dulce aroma que desprendía. Le devolvió el abrazo con fuerza, agradeciéndole que fuera su único apoyo en esos momentos.

—Ahora tengo que irme —se separó Carmen—, pero cuando quieras verme, envíame otra carta y nos veremos en este mismo lugar.

Graubner asintió y, antes de que se fuera, no pudo evitar unir sus labios a los de ella. Fue un beso corto, aunque lo que ambos sintieron les hizo recordar lo que habían experimentado tiempo atrás.

Carmen se separó de él inmediatamente, sonrojada por haber vuelto a sentir el amor incondicional que creía haber olvidado.

—Alguien podría vernos —se disculpó, aunque la sonrisa que mostraba en la comisura de los labios la delató.

Cogió el velo, que reposaba sobre la piedra, y de nuevo se encaminó con paso ligero hacia el pueblo.

El ingeniero la vio alejarse, parado en aquel punto de encuentro. Sonrió al recordar sus palabras: “No voy a dejar que te hundas”. Estaba seguro de que así sería, ella lo sacaría del pozo negro en el que se había convertido su vida. Sin duda, ella era la única que podría hacerlo.

Capítulo 16



El 13 de octubre de aquel año de 1774 Juan Jorge Graubner se reunió con los máximos dirigentes de Alcaraz para firmar una contrata en la que accedía a transferir la fábrica al ayuntamiento. Mucho había reflexionado desde el día en el que le comunicaron que la fábrica dejaría de ser privada para pasar a manos de Alcaraz. Pero no solo fueron sus pensamientos los que lograron que, por fin, se decidiera a traspasarla, sino que Carmen lo había ayudado a asimilar el cambio y a aceptarlo de la mejor manera posible.

Sus continuos encuentros a orillas del arroyo le habían abierto la mente para aceptar lo inevitable. Y así fue. Aquel día de octubre lo llevaría en su memoria para el resto de sus días, no solo por la firma que tuvo que plasmar sobre el papel para ceder su sueño, sino porque un rayo de luz iluminaba su oscuro camino.

Después de firmarlos, Graubner se detuvo a contemplar los papeles que tenía ante sí. Intentó pensar que aquella firma suponía un aumento de dinero para los gastos de la fábrica y olvidó los verdaderos sentimientos que guardaba su corazón. En el fondo, creía que aquella contrata le traería más problemas que alegrías. Y, aunque él no lo supiera, así sería.

Tres horas más tarde, Graubner se encontraba reunido en su despacho con Joseph, que apenas pudo contener su curiosidad sobre cómo habían ido las cosas durante la firma de la contrata.

—¿Tú qué crees? —le preguntó el ingeniero—. Acabo de desprenderme casi por completo de la fábrica.

—Lo sé —admitió—. Pero los alcaraceños ¿qué han dicho?

—Nada, pero se les notaba a leguas su contento. Aunque yo siga siendo director, ellos tendrán la última palabra.

Cogió la carpeta que reposaba sobre la mesa y se la entregó con rabia.

—Ahí tienes la contrata. En ella se explica al detalle lo que a partir de ahora

debemos hacer ambos.

—Muchos son los deberes que le encargan al ayuntamiento —expresó después de leer un par de páginas.

—Sí —admitió Graubner—. Demasiado trabajo para alguien que apenas conoce los entresijos de la fábrica y que tan solo se va a preocupar del dinero.

—Y demasiado pocos para ti, amigo mío —lo secundó—. ¿No has podido cambiar algo a última hora?

—Absolutamente nada. Todo estaba ya decidido.

Graubner se sentó en el sofá que tenía en su despacho con el rostro encogido por la rabia, la decepción y la derrota. A pesar de que durante los últimos días había intentado convencerse a sí mismo de que ese paso era el mejor para la fábrica, después de ver su firma plasmada en ese papel no podía evitar sentirse mal consigo mismo. Había luchado incansablemente durante toda su vida para conseguir algo así y, después de tenerlo entre sus manos, debía cederlo para no olvidarse de su sueño para siempre.

Siempre había odiado las traiciones, y aquella, que el mismísimo rey le había proporcionado, no lo olvidaría tan fácilmente. Sabía que el rey había dejado de confiar casi por completo en él para llevar a cabo aquella empresa, pero no estaba dispuesto a dejarlo pasar y hacerles creer al mundo que llevaban razón. Mientras se encontraba sentado en aquel sofá, se juró a sí mismo que lucharía para conseguir levantar la fábrica de una vez por todas y que todos, incluido él mismo, se sintieran orgullosos por su proeza.

Aquel 23 de octubre se juró que todo el mundo recordaría su nombre, que la fábrica llegaría a superar a la que se encontraba en Alemania y que nada ni nadie le impediría conseguirlo. Pero no siempre ocurre lo que uno quiere o desea y, cuando haces tanto daño como él hizo, la vida te lo devuelve con creces para que te arrepientas de tus malas artes. Esto era algo que Juan Jorge Graubner descubriría con el paso de los años.

Capítulo 17



Seis años después de la estatalización de la fábrica de latón, la situación económica había mejorado ligeramente. El ayuntamiento de Alcaraz contribuía a los gastos en maquinaria, aunque no siempre veía con buenos ojos lo que ellos consideraban como un derroche. Numerosas habían sido las disputas entre el ayuntamiento alcaraceño y Graubner a la hora de abonar los pagos. La poca paciencia del ingeniero y las continuas quejas del ayuntamiento habían provocado que la situación entre ambos llegara a ser casi insostenible. Muchas de esas disputas se debían a los problemas burocráticos del ayuntamiento. Sin embargo, la gran mayoría de los disgustos para Graubner procedían del corregidor y las autoridades de Alcaraz, que no podían soportar el espíritu altanero y orgullo del ingeniero.

Graubner quería resolver él solo y sin ningún tipo de ayuda los asuntos que concernían a la fábrica ya que consideraba que era la única persona que poseía conocimientos y experiencia en los problemas que surgían con la maquinaria o los pedidos. Aún no había olvidado su juramento y tenía la imperiosa necesidad de ser él quien resolviera sus problemas.

Poco había cambiado su vida privada durante esos seis años. El encuentro que tuvo con Carmen a orillas del arroyo poco tiempo después de la muerte de su marido no había quedado solo en eso. Todas las semanas intentaban verse a escondidas en el mismo sitio para hablar de los problemas de cada uno e intentar darse apoyo mutuo. Sin embargo, a pesar de que el tiempo había pasado, su relación seguía siendo la misma: amistad. Ni uno ni otro se atrevía a dar el paso que una vez dieron porque ambos temían que la suerte volviera a ser esquiva con ellos y sufrieran aún más que la primera y única vez. Habían convertido su amor en una rutina en la que la amistad era lo único que se profesaban, a pesar de que sus corazones se sobresaltaran cada vez que se veían o rozaban.

Sin embargo, esa amistad no supuso en ningún momento un acercamiento con Antonio, el hijo de Graubner, que había crecido creyendo que su padre era el

difunto Mateo. Carmen había decidido no explicarle que su verdadero padre era el ingeniero que vivía frente a su casa porque temía que el niño extendiera la noticia por el pueblo. Prefirió que Antonio pensara que su padre había muerto años atrás, algo que secundó José, el padre de Carmen, que no hubiera aceptado que la gente mirase a su hija de manera diferente si se enteraban de su relación con Graubner.

Es por ello, por lo que aquel 15 de julio de 1780 Graubner se encontraba en una de las esquinas cercana a su casa. Cuando salió de la fábrica para dar un paseo, no imaginó que se encontraría con un grupo de niños jugando con unas espadas de madera. Entre ellos estaba su hijo. El ingeniero se ocultó tras una esquina para observar a Antonio detenidamente y con la tranquilidad de saber que nadie lo vería.

Le emocionaba mirarlo. Sentía tanto amor por aquel chiquillo que hubiera corrido hacia donde se encontraba para confesarle que él era su padre y así darle un abrazo sin necesidad de esconderse. Le habría gustado ser él quien hubiera tallado aquella espada para que jugara con sus amigos. Siempre había deseado darle un beso, acompañarlo a dormir y consolarlo cuando alguna pesadilla interrumpiera sus sueños. Constantemente, soñaba que su hijo corría hacia él y lo miraba con el mismo amor que le profesaba a su madre mientras le contaba alguna anécdota vivida, por nimia que fuera. Se sentía tan orgulloso de su hijo...

Apenado, agachó la mirada. A pesar de que le encantaba observarlo, le costaba reconocer que le dolía enormemente que Antonio no lo reconociera como padre. Tiempo atrás, había intentado que Carmen lo acercara a él, pero fue tajante en su decisión de mantener oculta su identidad. Y la apariencia del muchacho le daba la razón a Carmen. Antonio apenas había adquirido rasgos de su verdadero padre. Su pelo oscuro y revuelto, sus ojos marrones y la redondez de su cara se asemejaban más a su madre que a Graubner. Ni siquiera su actitud se parecía a la suya. En el pequeño no había rastro de su altivez u orgullo, ni de su carácter exigente y atrevido. Aquel muchacho era la viva imagen de su madre.

Levantó la mirada y lo observó un segundo más antes de regresar a la fábrica. Prefirió refugiarse en el trabajo para olvidar lo que acababa de sentir su corazón.

Antes de llegar a la fábrica se desabrochó un par de botones de la camisa porque aquel calor de julio resultaba insoportable. Además, las lluvias de ese invierno habían sido numerosas y provocaron que el arroyo tuviese demasiada agua y la charca que había al lado de la fábrica tuviera tanta agua que ni ese

calor era capaz de evaporarla. Por ello, la sensación de humedad en el ambiente era aún mayor y a la gente le estaba resultando demasiado difícil aguantar ese verano de 1780. Y, por si fuera poco, el hedor que desprendía la charca por sus aguas estancadas se filtraba entre las pequeñas ventanas de la sala de máquinas, provocando que la gran mayoría de trabajadores arrugase la nariz cuando lo olía.

Pero Graubner no podía hacer nada para que ese agua estancada se pusiera en movimiento y desapareciera de aquel lugar. Sin embargo, lo peor no era el olor que desprendía, sino lo que estaba a punto de provocar en los trabajadores.

—¡Jorge! —escuchó Graubner antes de comenzar a subir las escaleras que le llevarían a la puerta de la fábrica—. ¡Rápido, no te demores!

La insistencia con la que lo llamaba Joseph lo puso en alerta. En su rostro había advertido temor por lo que subió las escaleras deprisa, sin detenerse siquiera a mirar al par de trabajadores que se encontraban en la puerta.

—¿Qué ocurre? —le preguntó mientras recuperaba el aliento—. Ha de ser algo grave para que tengas ese gesto de preocupación.

—Lo es, amigo, lo es —se movía inquieto entre las paredes de la oficina—. ¿Te has fijado en los trabajadores que hay en la puerta?

—No, apenas los he mirado. Tu insistencia era tal que no me he detenido a observarlos.

—Entonces no has visto sus rostros enfermos.

Graubner se extrañó.

—¿Enfermos? ¿En esta época del año? Los fríos desaparecieron, por lo que no es posible que tengan enfriamiento.

—Es que no se trata de enfriamiento, Jorge —lo miró a los ojos—. Es una epidemia. Esos trabajadores han llegado hoy con la misma salud de siempre, pero con el paso de las horas han ido mostrando signos de malestar. De hecho, me han comentado que han vomitado.

—¿Y cómo es posible que enfermen en tan solo unas horas? —le preguntó extrañado el ingeniero—. No lo creo. Que vuelvan a sus puestos de trabajo.

Dio un par de pasos hacia su despacho y refunfuñó entre dientes:

—Hoy habrán venido ebrios y no querrán trabajar.

—Te digo que no, Jorge —el ingeniero se giró y advirtió aún más preocupación en su amigo—. Deja que se vayan. Si es una epidemia como creo, la propagarán.

Graubner lo meditó unos segundos y, finalmente, aceptó:

—Está bien, que se vayan unos días a sus casas. No querría que más trabajadores enfermasen.

Joseph asintió y bajó las escaleras para pedirles a los obreros que esperaban fuera que podían marcharse a descansar a sus casas. Sin embargo, cuando bajó las escaleras se encontró a otros dos aprendices que salían tosiendo y con claros síntomas de fiebre.

—Esto no es normal —susurró.

Después de pedirles que se marcharan, se dirigió hacia la sala de máquinas donde el hedor procedente de la charca colindante era insoportable. Vio que casi todos los obreros se habían tapado la nariz y la boca para evitar respirar aquel olor, mientras que otros, casi todos aprendices, comenzaban a sentir los mismos síntomas que sus compañeros: se quejaban de dolores musculares, vómitos, fiebre, escalofríos... Aquello no podía ser un simple enfriamiento o borrachera que afectase a un par de trabajadores. Eso era mucho más grave de lo que había pensado en un momento. Le dolía tener razón: era una epidemia.

Con el paso de los días, muchos fueron los aprendices quienes habían enfermado. El médico de la villa llegó a la conclusión de que se trataba de una epidemia de tercianas, que también estaba afectando a otros puntos de la geografía española. Esas fiebres eran provocadas por la insalubre situación de las aguas estancadas que rodeaban buena parte de la fábrica, puesto que la epidemia solo se había producido en aquel lugar del pueblo.

—¿Cómo que se marchan? —vociferó Graubner en la oficina—. Este es su trabajo, no pueden abandonarlo solo porque algunos de sus compañeros han caído enfermos.

—No se van todos, Jorge. Aún quedan los más veteranos, puesto que ninguno de ellos se ha visto afectado por la enfermedad. Solo los aprendices quieren irse a sus casas hasta que la epidemia remita y las aguas estancadas se evaporen. Puede que sean unas semanas, no creo que dure mucho.

—O unos meses, Joseph —se enfadó Graubner—. Mientras tengan salud,

vendrán a trabajar.

—Me temo que es una decisión irrevocable, amigo.

El ingeniero resopló enfadado. No creía que esa epidemia fuera tan grave como muchos de ellos pensaban. Estaba seguro de que las fiebres remitirían a los pocos días y podrían volver a trabajar.

—La fábrica quedará casi desierta —fue su último intento para convencer a Joseph—, y no nos podemos permitir cerrar sus puertas durante el tiempo que dure la epidemia.

—Lo sé, pero no podemos obligarles a trabajar. Están asustados y tienen miedo a enfermar y contagiar al resto de su familia.

Graubner se llevó las manos a las caderas mientras negaba con la cabeza y miraba al suelo. Le molestaba tener que detener gran parte de la producción ahora que la situación había mejorado considerablemente. Además, temía que el ayuntamiento de Alcaraz lo penalizase por haber permitido que una epidemia se cebara con la fábrica.

—¿Y los que han enfermado, siguen en sus casas? —le preguntó a Joseph.

—No. Sus fiebres han empeorado y han tenido que llevarlos al Hospicio de Alcaraz para prestarles asistencia médica.

—¿Cómo? ¿A Alcaraz? —se sorprendió—. Esto es la ruina. Si en el ayuntamiento se enteran, podrían cerrar la fábrica por tener aguas insalubres alrededor.

—No lo creo —parecía muy seguro—. Dejarían de ganar dinero.

—¿Pero qué dinero, Joseph? Ahora deberán pagar la asistencia de los enfermos, y eso no les conviene.

Joseph comenzó a preocuparse después de escuchar las palabras de Graubner. Tenía razón. Hacía tiempo que se habían agotado los fondos enviados meses atrás. Y con los enfermos, tardarían aún más en enviar dinero.

—Bueno, puede que los enfermos se recuperen pronto y podamos continuar con la producción —intentó animar al ingeniero y a sí mismo.

—Eso espero —deseó Graubner.

El ingeniero se acercó a la ventana para ver marchar al resto de aprendices

que, por miedo, se quedarían en sus casas hasta que la epidemia remitiese.

En ese momento, pensó en su hijo. Hacía unos días que no sabía nada de él y esperaba que no enfermase de tercianas. Pensó en enviar también a su casa a José, el padre de Carmen, para que no se infectara, pero sabía que declinaría su oferta puesto que su relación no había mejorado con los años.

—¿En qué piensas? —le preguntó Joseph—. Te has quedado muy callado.

—En Carmen —confesó en voz baja—. No quiero que ella o el niño enfermen.

—¿Aún sigues pensando en ella, Jorge? —se sorprendió—. Creía que con el paso de los años la habías olvidado.

—¿Cómo la voy a olvidar? —se enfadó—. Jamás he conocido a una mujer como ella. No podría olvidarla por muchos años que viviera. El paso del tiempo no ha hecho sino engrandecer mi amor por ella, desear estar con ella lo que me quede de vida. Me hago viejo, Joseph, y no puedo evitar pensar cómo habría sido mi vida con ella si hubiera renunciado al título. Todo habría sido más fácil. ¿Por qué no eres capaz de entenderme?

Joseph no supo qué contestar. Tan solo se dedicó a observarlo. Durante esos últimos años, en los que había traspasado la edad de cuarenta, su aspecto había cambiado poco. Seguía teniendo el mismo porte orgulloso que años atrás y el atractivo varonil que había atraído la mirada de numerosas mujeres. Tan solo había cambiado el color de su pelo, que pasó del castaño al canoso.

Sin embargo, pasaron un par de semanas y los enfermos no se recuperaban de aquellas fiebres que les impedían volver al trabajo. Sabía, gracias a Joseph, que los médicos de Alcaraz los trataban bien y que no les faltaba alimento o las medicinas necesarias para su recuperación. Hasta entonces, el ayuntamiento del pueblo no se había pronunciado con respecto a la situación que atravesaban las fábricas, por lo que supuso que entendían lo que estaba ocurriendo y no supondría ningún problema pagar las medicinas de los trabajadores. No obstante, la confianza y la seguridad que sentía en que todo aquello acabaría bien se esfumó una mañana cuando un mensajero llegó a la fábrica con una carta para su director.

Joseph llamó a la puerta antes de entrar para no molestar a su amigo, que se encontraba realizando las cuentas pertinentes con las pérdidas que le estaban ocasionando las tercianas.

—Jorge, ha llegado una carta desde Alcaraz. Espero que sean buenas noticias y especifiquen la situación en la que se encuentran los enfermos.

—Las cartas que proceden de ese pueblo casi nunca son buenas —contestó renegado mientras extendía la mano para coger la carta—. ¡Espera!

Detuvo a su amigo antes de que saliera del despacho puesto que tenía trabajo que hacer.

—¿No te quedas para saber el contenido de la carta?

—No quisiera molestarte.

—Sabes que no molestas, Joseph.

De nuevo, llevó su mirada hacia el sobre que contenían sus manos. Por un momento, le pareció que el peso de la carta se incrementaba al mismo tiempo que su incertidumbre y miedo por conocer las noticias procedentes de Alcaraz. Un mal presentimiento le hizo pensar, mientras la abría, que la situación iba a empeorar dramáticamente.

Y así fue. Leyó para sí la carta mientras Joseph esperaba paciente a que le revelara el contenido. Sin embargo, pudo ver cómo la tez de su amigo palidecía aún más y su mirada comenzó a perderse, como si la carta hubiera desaparecido de entre sus manos y su mente volase hacia otro lugar. Observó sus manos y estas comenzaron a temblar incontrolablemente.

Antes de hablar, Graubner necesitó sentarse porque sus piernas eran incapaces de sostener el peso de su cuerpo. El contenido de aquella carta acabaría por hundirlo en la miseria y le sería demasiado difícil salir de allí.

—Me estás preocupando —susurró Joseph para no alterarlo aún más—. ¿Ha muerto alguien?

—No —carraspeó el ingeniero—, pero la noticia es igualmente mala.

Volvió a leer el último párrafo de la carta en el que le explicaban lo que debía hacer y de lo que se tenía que encargar a partir de aquel momento. Un infierno se abría paso en su camino y un agujero económico importante estaba a punto de dejarlo en la ruina.

—Muchos de los enfermos están demasiado graves, aunque aún tienen esperanza de vida —empezó—. Pero no es esa la noticia que me ha sorprendido.

—¿Cuál, entonces?

—¿Recuerdas que el ayuntamiento alcaraceño se comprometió a pagar las medicinas de los trabajadores si estos enfermaban? —Joseph asintió con el ceño fruncido—. Pues ahora, debido a la epidemia que está asolando a la fábrica, han decidido que no se van a hacer cargo de los innumerables gastos que les están ocasionando los enfermos. Me explican que son muchos los médicos que han tenido que acudir a intentar controlar la epidemia y que no son capaces de aguantar una bajada tan drástica en las arcas del pueblo. Seré yo quien debe sufragar los gastos que les están ocasionando nuestros obreros.

Le extendió la carta.

—Soy incapaz de volver a mirar la cifra que debo enviar en la mayor brevedad posible —se llevó las manos a la cara—. Malnacidos. Estafadores.

Graubner no podía parar de proferir improperios contra las personas que se habían unido contra él en el ayuntamiento de Alcaraz. Eran ya varios años los que debía soportar los continuos ataques verbales hacia su persona por parte de aquellos malnacidos que se dedicaban a injuriarle y a malmeter entre él y los trabajadores. De hecho, había temido y aún temía por su propia seguridad. Creía que llegaría el día en el que decidirían quitárselo del medio para seguir gestionando la fábrica como ellos creyeran oportuno.

—¿Más de veinte mil reales? —se asombró Joseph cuando leyó la cifra que debía pagar su amigo—. ¡Es demasiado dinero para los servicios que están realizando!

—Buscan mi ruina, amigo —se lamentó Graubner—. A duras penas voy a poder pagar esa cantidad de dinero. Además, ya no queda dinero del que nos enviaron por última vez y debo pagar a los pocos trabajadores que aún vienen a la fábrica. Todo de mi propio bolsillo. Y ya son demasiados gastos desde que la fábrica se puso en marcha. He perdido más dinero del que he ganado y no voy a poder seguir así durante mucho tiempo.

El ingeniero se reclinó derrotado sobre el asiento. No parecía ser el mismo que había conocido años atrás. En ese momento, su rostro le indicaba la derrota que sentía su amigo. Sus hombros caídos le hicieron ver que la altivez y el orgullo que siempre le acompañaban habían desaparecido. Tenía ante él a un Juan Jorge Graubner diferente, más humano, más cercano; una persona como cualquier otra a pesar de que siempre se había querido mostrar diferente a los demás y siempre por encima de ellos.

Siempre había envidiado su fuerte carácter y su capacidad de decisión. Durante muchos años, había intentado parecerse a él, aunque nunca lo consiguió porque jamás se había conducido con su mismo orgullo. Para él, Graubner siempre fue su ejemplo a seguir. Sabía, por otro lado, que su forma de comportarse con la gente no era la adecuada y que algún día recogería lo que iba sembrando. Por eso, aquel día sintió lástima por él, algo que jamás pensó que sentiría por Graubner, pero que era superior a sus fuerzas y no podía evitarlo.

Joseph sabía que todo lo que le ocurría a su amigo se lo había buscado él, aun así no pudo impedir que una punzada de dolor le atravesara el corazón.

Cuando llegó el mes de septiembre, Graubner pensó que no podría superar aquella situación, que nada podría ir peor de lo que ya iba desde hacía tiempo. Las cartas procedentes de Alcaraz nunca traían buenas noticias. En algunas de ellas pedían dinero para seguir manteniendo a los enfermos de tercianas. Sin embargo, en otras las noticias eran aún peores: algunos de los trabajadores morían sin remedio de aquellas fiebres que habían assolado la fábrica.

Varias veces había pensado cerrar la fábrica para ningún aprendiz más enfermara de aquellas fiebres. Y, a pesar de la insistencia de Joseph que le aconsejaba que lo hiciera, su maltrecho orgullo se lo impedía, ya que tendría que rendir cuentas a demasiada gente y no se sentía con las fuerzas necesarias.

Durante ese período de tiempo, la situación y las malas noticias habían hecho mella en el comportamiento, el aspecto y la salud de Graubner. Se había vuelto aún más huraño que antes, contestando con malas palabras a los que estaban a su alrededor, excepto Carmen. Las ojeras aparecieron en su rostro, proporcionándole un aspecto enfermizo y cansado. Numerosas arrugas aparecieron en su frente, provocando que pareciera aún mayor. A pesar de que él tuvo la suerte de no enfermar aquel año de fiebres, su salud se vio minada por las preocupaciones que sufría: cada día su cuerpo se sentía más cansado de lo habitual, un dolor insistente, aunque débil, se instaló en su pecho, impidiéndole respirar con normalidad, y un fuerte dolor de cabeza lo acompañaba durante gran parte de las horas del día.

Su vida había vuelto a cambiar radicalmente. A todos sus problemas, debía añadirle uno más personal: su relación con Carmen se había estancado desde la aparición de tercianas en la fábrica. Ella tenía miedo de salir de casa e infectarse y había decidido darse un tiempo con él hasta que todo volviera a la normalidad. Sin embargo, eso no era lo único que lo atormentaba: hacía tiempo que no sabía

nada de su hijo. Este también tenía la salida de casa vetada porque temían que la enfermedad afectase únicamente a los más jóvenes, tal y como había ocurrido en la fábrica. Y aquello le dolía enormemente. Hasta entonces, se había conformado con verlo de lejos mientras jugaba con sus amigos. Y ahora, más de un mes después, seguía sin saber nada de él.

Salió de su despacho, donde se había enclaustrado todas las mañanas desde que la enfermedad sacudió la fábrica. Necesitaba respirar el aire fresco antes de seguir adelante con las cuentas que debía hacer. Se cruzó con varios oficiales que apenas tenían trabajo que realizar y que lo saludaron amargamente. Casi no hizo caso de sus rostros o de sus palabras, solo necesitaba salir fuera de aquellos muros que tanto daño habían provocado en su vida. A veces sentía que aquella fábrica había llegado a su vida para destruirla, para amargarla y para llevarlo por un camino de espinas. Parecía que su sueño se había convertido en una maldición divina, enviada para hacerle pagar por todo lo malo que había sembrado en su vida.

Con lágrimas en los ojos, salió al patio del lateral derecho en donde aún había algo de agua estancada que había provocado la enfermedad a casi todos los obreros de la fábrica. Se la quedó mirando, intentando averiguar cómo y de qué manera de algo tan simple como el agua podía producirse una enfermedad tan mortal como las tercianas. El olor a corrupción estuvo a punto de provocarle una arcada. Decidió volver a su despacho para continuar con las cuentas cuando, de repente, algo blando chocó contra él y cayó al suelo. Se dio la vuelta para ver quién tenía tanta prisa que no había podido esquivarlo. Por un momento, estaba dispuesto a llamarle la atención por las formas que empleaba para ir por aquel lugar. Sin embargo, cuando vio aquella cara y esos ojos vidriosos mirándolo con temor, no pudo hacerlo.

Su hijo se frotaba las muñecas doloridas por el impacto contra el suelo. Sabía que no debía entrar en la fábrica para no molestar a ninguno de los obreros o de los oficiales, pero le gustaba el sonido de aquellas enormes máquinas. Había crecido con ese ruido y estaba acostumbrado a escucharlo. No obstante, siempre había ido con cuidado y sin dejarse ver por nadie, y menos por el director de la fábrica. Siempre había mirado a ese hombre con devoción, como la gran mayoría del pueblo. Había escuchado alguna vez que tenía porte de rey, y él también lo creía. Soñaba con ser como él cuando fuera mayor, tener ese porte, esa labia, esos conocimientos. Pero sabía que nunca lo conseguiría porque su familia no tenía tanto dinero. Por eso, le gustaba escucharlo cuando daba órdenes a los

oficiales, lo observaba mientras trabajaba y miraba a través de las ventanas de su casa cuando el ingeniero regresaba a su casa.

En ese momento, no pensó que se cruzaría en su camino cuando huía de uno de los oficiales que lo había visto entrar en una de las salas. Cuando levantó la vista y vio que tenía ante él a Graubner, sintió miedo sobre lo que pudiera llegar a recriminarle. Por ello, las lágrimas acudieron a su rostro sin que él pudiera hacer nada por remediarlo.

—Lo siento —se disculpó mientras se levantaba con la cabeza gacha.

—¿Por qué lloras? —le preguntó el ingeniero— ¿Te has hecho daño?

El niño levantó la cabeza de golpe. No esperaba que Graubner se preocupara por alguien de clase obrera como él.

—No —tartamudeó—. Es que no quería molestarlo.

El ingeniero sonrió aún con el corazón acelerado de ver allí a su hijo y poder hablar con él sin que nadie pudiera interrumpirlos.

—No me has molestado —dijo mientras se agachaba para ponerse a su altura—. No estaba haciendo nada importante.

El niño no contestó. Solo pudo mirar con interés creciente a aquel hombre al que todo el mundo admiraba y agradecía la oportunidad que les había brindado.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó divertido el ingeniero.

—Usted me cae bien.

El corazón de Graubner latía demasiado deprisa en ese momento mientras escuchaba las palabras de su hijo.

—¿Ah, sí? ¿Por qué te caigo bien?

Antonio alzó los hombros sin saber qué contestar a esa pregunta.

—No sé —se quedó pensativo—, pero me cae bien. Es usted muy buena persona.

—¿Crees que soy buena persona?

El niño asintió convencido de sus palabras, y una sonrisa asomó en sus labios.

—Sí, usted ha ayudado a mucha gente del pueblo.

—Pero también he hecho cosas malas —susurró Graubner para sí.

—Todo el mundo las hace, señor —contestó tras escuchar sus palabras—. Yo hoy he roto un vaso en casa y creo que no soy malo.

Graubner no pudo evitar sonreír al escuchar la reflexión del pequeño.

—No, no eres malo —le acarició levemente la cara mientras se incorporaba—. Y ahora creo que deberías volver a tu casa. Tu madre se preocupará.

—Le diré que he hablado con usted. No se lo va a creer —gritó mientras corría hacia su casa.

Graubner estuvo a punto de pedirle que no le hablara de él a su madre, pero no tuvo ocasión de decírselo puesto que el niño corría demasiado deprisa. Repasó en su mente las palabras que acaba de decirle su hijo: “Es usted muy buena persona”. Alguien tan puro como ese niño solo podía ver de él su lado más humano, pero su lado oscuro solo lo conocía él, y superaba con creces a su humanidad. Pensó en Carmen, en qué pensaría ella después de que su hijo le dijera que había estado hablando con él. Supuso que después le prohibiría volver a hacerlo. Prefirió no pensar más en ello y decidió volver al trabajo.

Su mente voló hacia los últimos acontecimientos ocurridos en la fábrica. Había momentos en los que creía que se volvería loco. A pesar de que tenía a Joseph de su parte, se sentía completamente solo, como gran parte de su vida. Su orgullo le impedía hablar de sus sentimientos hacia cualquier persona que lo rodeaba, como su amigo o María, su sirvienta. Sabía que ellos estaban preocupados por él, pero Graubner no podía poner en palabras lo que sufría con aquella situación.

Desde que perdió a Carmen, seis años atrás, su suerte había cambiado. Recordaba su vida antes de llegar a Riópar y todo había sido un camino de rosas. Todo lo que se había propuesto lo había conseguido. Sin embargo, no advirtió en ningún momento que posar sus ojos sobre aquella muchacha morena que vio a los pies de la fuente del arco en el antiguo pueblo le traería tantas desgracias. De hecho, y a pesar del paso de los años, seguía sin entenderlo. Tal era su ceguera que había dejado de dirigir la fábrica durante mucho tiempo mientras pensaba una manera de recuperar a Carmen y que todo el mundo viera con buenos ojos su relación, incluido el rey, quien tenía la libertad de retirarle el título nobiliario por el que tanto había luchado si hubiera sabido que mantenía una relación con una plebeya.

Durante mucho tiempo, se había olvidado de su sueño y ahora lo estaba

pagando con creces. Lo que no sabía Graubner es que no estaba expiando su falta de interés en la fábrica durante ese período de tiempo, sino que estaba pagando y seguiría pagando por el asesinato de Mateo. Juan Jorge Graubner había sembrado maldad y ahora la estaba cosechando. Sin embargo, tantas semillas habían lanzado sus manos, que lo peor estaba por llegar. Algo que no habría imaginado jamás, algo que le marcaría para siempre y lo llevarían por el camino en el que debía cavar su propia tumba.

Capítulo 18



Los meses fueron pasando y la situación seguía siendo la misma al año siguiente. Tan solo mejoró en lo relativo a las tercianas, ya que la mitad de los aprendices regresaron mientras que la otra mitad había muerto tras una agónica enfermedad.

No obstante, la economía iba a peor. La baja productividad del verano anterior debido a las tercianas provocó que los pedidos disminuyeran por falta de confianza en los obreros y su situación, además de las malas lenguas que tachaban a Graubner de incompetente, algo que provocaba la ira del vienés.

El ingeniero se sentía cada vez más desesperado. No veía remedio a los problemas. Intentaba proponer soluciones, pero todas fallaban. Todo lo que intentaba llevar a cabo fracasaba estrepitosamente. Parecía que una maldición se cernía sobre él y su trabajo. Ni siquiera su relación con Carmen se salvaba del naufragio. Debido a su mal humor de los últimos meses, no podía mantener una conversación con ella. Pagaba sus frustraciones con Carmen y ella ya se había cansado de aguantarlo. Se alejó de él un par de meses antes del verano que se acercaba de nuevo a Riópar.

Lo único que parecía sacarlo de aquel pozo en el que estaba sumido su día a día era observar a escondidas a su hijo, tal y como hacía desde hacía años. La inocencia del pequeño le llamaba la atención y, a veces, deseaba volver a ser como él para no tener los problemas tan graves que él tenía desde hacía tiempo, no sufrir por un amor que siempre había sido imposible, no tener que resistir la necesidad que sentía de correr hacia su hijo y abrazarlo y decirle al pequeño y a todo el pueblo que su padre no era Mateo, sino él.

La gran mayoría de las noches, se sentaba en el salón que había en el primer piso de su casa a disfrutar del fuego de la chimenea. Lo hacía en soledad. Lo único que lo acompañaba era una mesa de cristal y unos sillones tapizados en terciopelo rojo. La madera que forraba las paredes hacía del inmenso salón una

habitación acogedora. Sin embargo, Graubner se sentía solo entre aquellas paredes lujosas; le faltaba algo en su vida. Mejor dicho, alguien con quien compartir y llenar aquel espacio. Aquellas noches, en la soledad de aquel salón, sentía pena por él mismo. Había momentos en los que habría llorado como un niño al verse, sentado en ese sillón de terciopelo rojo, a sí mismo solo, como si no hubiera nadie en el mundo que quisiera pasar un rato con él. Le entristecía pensar en los años de atrás, todo había cambiado en el momento en el que pasó por delante de la fuente del arco y vio a aquella mujer tan hermosa agazapada llenando los cántaros de agua. Nunca había tenido la necesidad de compartir su vida con alguien, hasta ese momento. Por eso, en la soledad de ese salón su corazón gritaba de amor y pedía desesperadamente que alguien lo escuchase, alguien a quien no le importase que compartiera la pena que tenía su corazón, alguien con quien poder desahogarse.

Sin embargo, había hecho demasiado mal a lo largo de su vida. Y ahora debía pagar por ello.

El verano de 1781 llegó para Graubner casi sin apenas darse cuenta. Durante todo el invierno, su mente se había adormecido y tan solo era consciente de la ira que lo acompañaba gran parte del día. Sin embargo, los rayos del sol que calentaban su cuerpo lo llevaban a tener esperanza en aquel verano.

Los trabajadores también comenzaron a despertar del letargo del invierno. Las calles comenzaban a llenarse de gente y el bullicio que levantaban llenaba el maltrecho espíritu de Graubner, a pesar de que él siempre había querido mostrar indiferencia con respecto a la gente que lo rodeaba.

Todo parecía indicar que ese verano sería muy diferente al anterior. Los trabajadores se veían sanos a medida que avanzaban las primeras semanas de julio. La relación que mantenían con Graubner seguía siendo la misma: todos dudaban de su capacidad para mantener el sueldo de los obreros y temían no poder alimentar a sus familias durante aquellos meses. No obstante, y a duras penas, el ingeniero pagaba religiosamente los sueldos de los trabajadores. Algo que hacía que el día a día fuera más llevadero para todos.

Sin embargo, todo comenzó a cambiar a mediados del mes de julio. Uno de los trabajadores más jóvenes comenzó a sentirse mal antes del almuerzo. Un sudor frío recorría su frente mientras que el resto de su cuerpo temblaba como una hoja. Varios de los obreros que trabajaban cerca de él dieron la voz de alarma y Joseph bajó enseguida para comprobar que se trataba de la misma

enfermedad del verano anterior. Comprobó el estado de aquel joven y ordenó su ingreso inmediato en el hospicio del vecino pueblo de Alcaraz antes de que otros trabajadores cayeran enfermos como él.

Antes de que pudiera enterarse por otra persona, Joseph corrió al despacho de Graubner para darle la noticia. Su palpitante corazón y su preocupación lo animaron a entrar sin llamar:

—¡Jorge! —gritó cuando abrió la puerta.

Su agitada respiración le impedía hablar con claridad y el ingeniero apenas podía entender las palabras que pronunciaba su amigo.

—Tranquilo, Joseph —le pidió con tranquilidad, aunque su corazón se desbocó al ver a la cara descompuesta de su amigo—. ¿Qué ocurre?

Joseph respiró hondo un par de veces antes de contestar:

—Ha ocurrido otra vez, Jorge. Creo que volvemos a tener tercianas en la fábrica.

—¿Cómo? —se levantó de la silla como movido por un resorte.

—Hace un rato han venido unos obreros a darme la voz de alarma. Uno de ellos se encontraba mal y, tras comprobar sus síntomas, lo he enviado a Alcaraz. Estoy seguro de que se trata de otra epidemia.

—Tal vez sea un caso aislado y no provoque tantas pérdidas como el año pasado —intentó convencerse Graubner.

—No creo, amigo.

En el rostro de Joseph había incertidumbre y miedo. En el de Graubner apenas se podía leer lo que sentía, aunque en su interior ya temía el desastre del verano anterior, tanto humano como económico. De nuevo, otra nube negra se cernía sobre la fábrica, aunque esta vez sería aún peor que la anterior. Graubner no sabía lo que estaba por llegar, pero su vida daría un giro radical a partir de aquel verano. Ya nada volvería a ser igual.

Dos semanas más tarde, la fábrica había vuelto a ser asolada por la epidemia de tercianas, mucho más virulenta y mortal que la anterior. Más de la mitad de los aprendices habían caído bajo las garras de aquellas fiebres y morían sin que el médico que había llevado Graubner al pueblo pudiera hacer nada para salvar sus vidas. Sabía que en gran parte del territorio peninsular se estaban dando

casos de las mismas fiebres, incluso con la misma virulencia que en aquel lugar, pero sus conocimientos no podían sanar a esos jóvenes que morían sin remedio.

El verano anterior, las tercianas se dieron únicamente en la fábrica, pero aquel año se empezaron a extender por todo el pueblo. Pocas eran las casas que se escapaban de esas fiebres, que afectaban especialmente a los más jóvenes. No obstante, había algunos casos (aunque pocos) en los que se contagiaban los hombres más robustos y fuertes del municipio.

Las calles se llenaban de gente que intentaba pedir auxilio al médico de las fábricas, que apenas daba abasto. Graubner, contra su voluntad, tuvo que volver a cerrar las puertas de su fábrica y guarecerse en su casa para evitar ser contagiado a través del contacto con alguno de sus paisanos.

—Mueren a diario, señor —le informó María con el miedo reflejado en su rostro—. Es una maldición.

—¡No hables así! —le pidió Graubner con un ligero sudor en la frente—. No es ninguna maldición.

Durante esos días, la ira se acrecentaba en él porque preveía las pérdidas que conllevaría a las arcas de la fábrica. Se sentía como un león enjaulado, incapaz de poder salir de su propia casa, por lo que pagaba sus frustraciones con María, que intentaba no cruzarse con él.

El ingeniero le dio la espalda a María y continuó mirando por la ventana con una copa de vino en la mano. Describía círculos con el contenido de la copa, mientras que con la mano libre intentaba aflojar el nudo de la pajarita que le oprimía el cuello. Sentía que el aire faltaba a sus pulmones. Le costaba respirar el aire viciado que recorría el municipio durante esas semanas. Varios escalofríos recorrieron su espalda, como si quisieran advertirle de lo que iba a ocurrir.

Asustado, dejó caer la copa al suelo, donde se estrelló y derramó el contenido de la misma. Abandonó aquella habitación para salir al patio de la casa. Necesitaba respirar un aire nuevo y no el viciado de las habitaciones, aunque estuviera contaminado por las tercianas. Corrió hacia la puerta que comunicaba la casa con el patio. María, a duras penas, pudo esquivarlo.

Su rostro estaba aún más pálido de lo normal. El aire se negaba a entrar a sus pulmones. Se apoyó, mareado, en el tronco de uno de los enormes árboles que impedían que entraran los rayos del sol. Su corazón palpitaba con fuerza. Apoyó la cabeza sobre la mano que descansaba en el tronco del árbol. Intentaba que la

respiración volviera a ser regular, pero no lograba conseguirlo.

Numerosos escalofríos recorrían su cuerpo, llevándose con ellos las pocas fuerzas que le quedaban. Las piernas le temblaban como las hojas de los árboles en otoño y apenas podían sostener su peso. Intentó caminar hacia la pérgola de hierro que cortaba el paseo de uno de los lados del patio. Allí había un par de bancos de madera, donde se sentó para intentar recuperar el aliento. No obstante, el cuerpo no le respondía. El malestar que sentía por todo el cuerpo se hizo aún más agudo cuando se sentó sobre el banco. Los músculos se le agarrotaron, impidiendo la máxima movilidad de su cuerpo. La cabeza parecía que iba a estallarle en cualquier momento. La apoyó sobre uno de los hierros de la pérgola para intentar que el frescor que tenían pasara a su cuerpo, y así frenar los sudores que le recorrían el cuerpo.

—No puede ser —susurró mientras se miraba las manos temblorosas—. No a mí.

En ese momento, fue consciente de lo que le ocurría. Esos temblores y la fiebre que aumentaba en su cuerpo eran síntomas de algo que jamás había pensado que llegaría a él. Creía que estaba libre de aquella enfermedad que afectaba a los trabajadores de aquel lugar. Se creyó inmune a las tercianas, y ahora venían a por él.

Frotó sus manos contra sus rodillas para intentar calmar aquel temblor, pero no tuvo éxito en su empeño. El miedo se apoderó de él y le paralizó el cuerpo. Se sentía incapaz de pedir ayuda, su orgullo no se lo permitía. Había odiado aquella enfermedad desde que apareció en el pueblo y siempre creyó que los trabajadores fingían los temblores y las fiebres. Pero ahora sufría en su propio cuerpo los estragos de la enfermedad.

—María —su voz era apenas un susurro. No tenía fuerzas para gritar más alto y avisarla.

Respiró hondo, aunque el dolor en su pecho le provocó náuseas y un ataque de tos seca. Cuando por fin pudo respirar con cierta normalidad, reunió la voz necesaria:

—¡María! —vociferó.

Su voz retumbó en el patio e hizo eco. Un silencio sepulcral le siguió, como si nadie pudiera oírlo. La desesperación por sentirse completamente solo le hizo reunir las fuerzas necesarias en las piernas para poder levantarse.

Apoyó su mano izquierda sobre el hierro de la pérgola y, con un gesto de auténtico dolor, se incorporó. Con la mano derecha se agarraba el pecho porque sentía como si un puñal se estuviera clavando en él.

Caminó un par de metros y, cuando faltaba poco para llegar a la puerta, vio pasar a su sirvienta.

—¡María! —gritó aliviado—. ¡Ayúdame, María!

Esta se asomó inmediatamente la puerta, asustada por el tono en el que la llamaba el ingeniero. Cuando lo vio, con esa tez grisácea y empapada en sudor, se llevó las manos a la boca.

—¡Señor! ¿Qué le ocurre? —corrió hacia él y lo ayudó a entrar a la casa—. No sabía que estuviera enfermo.

—Me empecé a encontrar mal hace un rato. Esto no es nada —intentó quitarle hierro al asunto delante de ella—. Seguro que es cansancio.

—No —dijo ella asustada—. Es la maldición que hay en el pueblo y sega la vida de muchos de nosotros.

—¡No es ninguna maldición! —gritó mientras el miedo crecía en su interior—. Solo es un poco de fiebre, nada más.

Un mareo insistente comenzó a hacerse paso entre la fiebre, provocando náuseas a Graubner. La vista se le nublabá y apenas podía distinguir lo que había a su alrededor, ni siquiera el rostro de María. Todo empezó a darle vueltas, y sentía que no podía seguir de pie por más tiempo. Las fuerzas le fallaron y sus piernas se doblaron para chocar contra el duro suelo. En la lejanía, escuchó gritar a María, pero no podía contestar a sus ruegos, no tenía fuerza para hacerlo. Un último pinchazo en el pecho le hizo caer de espaldas sin aliento, y una negra penumbra se cernió sobre él, llevándolo a la más oscura de las inconsciencias.

Capítulo 19



Tras varios días en los que la fiebre quemaba su cuerpo, Juan Jorge Graubner fue cobrando poco a poco la consciencia y la salud. Una de las primeras cosas que pudo sentir fue un inmenso escalofrío que recorría todo su cuerpo, a pesar de los sudores que tenía debido a las mantas que cubrían su cuerpo. Un incesante dolor lo estremecía por completo, impidiéndole mover sus articulaciones. Intentó llamar la atención de María, pero sintió la boca seca. Tragó saliva para humedecer su garganta, aunque apenas lo consiguió.

Un intenso pitido en los oídos le impedía escuchar lo que sucedía a su alrededor, cualquier ruido que pudiera ocurrir cerca de él o la voz de la propia María. No obstante, al cabo de unos minutos, ese pitido menguó y pudo tranquilizarse cuando escuchó los sonidos procedentes de la calle.

Comenzó a mover su cuerpo para intentar salir de aquel sopor en el que estaba sumergido. Abrió los ojos poco a poco para acostumbrarlos a la luz que entraba por los grandes ventanales. Echó un vistazo a su alrededor y descubrió que se encontraba solo en la habitación.

En la mesita descubrió una palangana con agua y un paño al lado de esta, por lo que supuso que María se había ocupado de él mientras había estado enfermo.

De repente, escuchó unos pasos apresurados acercándose a su alcoba. La puerta se abrió de golpe y María entró sin darse cuenta de que el ingeniero se había despertado. En su rostro pudo comprobar los signos de cansancio debido a los días que lo había velado.

—¡Dios mío, señor! —exclamó llevándose la mano al pecho cuando descubrió que estaba despierto—. ¿Menudo susto me ha dado? Pensaba que usted también...

Se calló de golpe para no poner en palabras lo que en realidad temía. Muchos vecinos habían muerto esos últimos días. Incluso el propio médico que había llegado a la villa hacía poco, también se contagió de tercianas y se encontraba

agonizando en su casa. Nadie podía hacer nada por él, y todos temían que el final de aquel buen hombre que había ayudado a tanta gente fuera a ser el mismo que muchos convecinos.

—¿Cómo se encuentra?

—Estoy bien —intentó incorporarse, pero sus fuerzas flaquearon y tuvo que volver a tumbarse—. Maldita sea.

—Será mejor que no se mueva, señor.

—Esto no es nada, María —su voz sonaba aún débil—. Necesito levantarme.

María lo empujó suavemente hacia la cama, como si estuviera cuidando de un niño pequeño.

—Es mejor que guarde reposo —le dijo cariñosamente—. Muchos han creído que se han recuperado y luego han recaído.

Graubner la miró de reojo. No podía creer que la sirvienta le dijera lo que debía hacer, pero no tenía fuerzas para replicarle y prefirió seguir sus consejos. Al fin y al cabo, la fábrica estaba cerrada y no tenía trabajo que hacer.

—Voy a prepararle algo de comida para que llene el estómago.

El ingeniero no dijo nada. Calló y se llevó las manos a la cara. Aún podía notar restos de fiebre, pero esta estaba disminuyendo considerablemente. La verdad es que no le apetecía comer nada; sentía el estómago vacío, pero las náuseas que tenía le impedirían llevarse algo a la boca.

Un ligero silbido escapaba del fondo de sus pulmones. Un sonido demasiado escalofriante que parecía temer lo peor, aunque prefirió no hacer caso en ese momento.

Minutos después de que María saliera de la habitación, Graubner empezó a escuchar murmullos en la calle que, poco a poco, se fueron incrementando. Escuchaba cada vez más voces que se lamentaban por algo. Los llantos de varias personas llenaron el espacio de su habitación mientras que el dolor en el pecho se incrementó, como el dolor que esas personas sentían en ese momento.

La curiosidad que comenzó a sentir venció al dolor y a la falta de fuerzas. Apoyó las manos en el colchón y se incorporó poco a poco, intentando que el mareo no pudiera con él. Cuando por fin pudo sentarse, intentó respirar hondo para coger fuerzas, aunque un ataque de tos le impidió hacerlo.

De repente, un grito desgarrador penetró en su habitación y, aunque no quisiera reconocerlo, en su corazón. Una serie de palabras ininteligibles sucedieron a ese grito y, aunque al principio no había reconocido la voz, ahora sí pudo hacerlo. Aquella persona que gritaba de esa manera tan desesperanzadora era Carmen.

Con la mayor celeridad posible, bajó los pies al suelo y se levantó casi sin darse cuenta de su falta de fuerzas y del temblor de sus piernas. Ya de pie, un ligero mareo estuvo a punto de devolverlo a la cama, pero la necesidad que sentía por saber qué era lo que pasaba le dio fuerzas para llegar a la ventana. Se agarró con fuerza a las cortinas y apoyó el cuerpo contra la pared. Un intenso nerviosismo se instaló en su pecho, sabía que había ocurrido algo nefasto.

—¿Por qué, padre? —vociferaba Carmen sin desconsuelo mientras se abrazaba a su José.

Graubner vio que varios vecinos habían acudido a la puerta de la casa de los García. Intentaban consolar a la familia por algo. El ingeniero no entendía por qué, pero un terror inmenso le recorrió el cuerpo cuando una idea comenzó a abrirse paso en su mente. Miró por toda la calle intentando ver a su hijo. Necesitaba ver que estaba entre alguno de los vecinos que había acudido a su casa. Quería verlo jugando, como siempre, con esa espada de madera que tenía desde hacía tiempo. Pero no lo vio por allí.

Comenzó a respirar con dificultad. El aire no llegaba a sus pulmones y pensó que iba a desmayarse en cualquier momento. La macabra idea que recorría su mente se fue haciendo más verosímil cuando vio aparecer a varios hombres cargando un ataúd pequeño de color blanco.

—No puede ser —musitó—. No puede ser.

El padre de Carmen, José, les indicó la entrada y pasó con ellos dentro de la casa. Carmen se quedó fuera, esperando a que salieran. Una prima suya se acercó a abrazarla y, juntas, lloraron desconsoladamente.

—¿Por qué? —no dejaba de repetir—. Me lo han arrebatado, Marta, me lo han arrebatado.

Graubner escuchaba las palabras de Carmen desde su habitación y ese mismo dolor que sentía ella, también lo tenía él. No podía creer que su hijo estuviera muerto si hacía tan solo unos días que había hablado con él en la fábrica, como había hecho tantas y tantas veces.

—Él no, por favor —pidió a punto de llorar—. Él no.

El dolor del pecho se convirtió en rabia cuando vio salir el féretro de la casa de Carmen. Él debía estar allí, junto a su hijo, acompañándolo en ese trance que debía pasar hasta llegar al cementerio en el que iba a ser enterrado. Sentía que había fallado a Carmen, creía que no había hecho lo correcto al no haberle dicho al niño que él era su padre y no Mateo. Le hubiera gustado oír al niño la palabra “papá” dirigida alguna vez hacia él. Siempre había tenido la esperanza de escucharla, pero ahora los labios de su hijo estaban sellados para siempre. Nunca sabría la verdad sobre su origen. El niño murió creyendo que Mateo era su padre. Y Graubner se sintió morir en ese momento sin poder haber cumplido su sueño de escuchar esa palabra de la boca de su hijo.

Cuando vio que Carmen se apoyaba en el féretro, apretó con tanta fuerza las cortinas que pensó que iba a arrancarlas. Los ojos se le llenaron de lágrimas, que corrieron por sus blancas mejillas. Apretó la mandíbula con fuerza y apoyó la frente en el cristal de la ventana. Cómo le habría gustado estar ahí abajo con Carmen y abrazarla para intentar calmar su dolor, para compartir su pena con ella..., pero se tuvo que conformar con acompañarla con la mirada, con intentar infundirle, desde allí arriba, el ánimo suficiente para sobrellevar el desconsuelo. Sin embargo, él había elegido estar solo y, desde la soledad de su cuarto, lloró desconsoladamente.

—Es un castigo —susurró.

A partir de aquel día, comenzó a pensar que todo lo que le había ocurrido a lo largo de los años era un castigo, una condena por todos los pecados que había cometido. Todo el mal que había hecho, se volvía ahora en su contra, provocándole, con la muerte de su hijo, el mayor de todos los daños.

Después de aquel día, Juan Jorge Graubner no volvió a ser el mismo. Las pocas esperanzas que guardaba se esfumaron. Creía que sobre él y sobre la fábrica pesaba una gran maldición. Una maldición que iría con él el resto de su vida.

Capítulo 20



Un ataque de tos le sobrevino al ingeniero cuando subía el camino hacia la colina donde se asentaba Riópar. A pesar de que habían pasado dos meses desde que las tercianas habían abandonado su cuerpo, esa tos seguía apareciendo cuando menos lo esperaba. El médico de Alcaraz insistió en que ese silbido que escapaba de su pecho era crónico y lo acompañaría toda su vida.

Maldijo la enfermedad mientras se detuvo a recuperar el aliento tras la tos. En sus manos llevaba un pequeño ramo de margaritas blancas, las flores que más gustaban a su hijo, tal y como le había comentado él en una ocasión.

Cuando por fin alcanzó la plaza del pueblo, se dirigió directamente hacia el cementerio. La soledad de aquel lugar lo envolvió y, por un momento, estuvo a punto de darse la vuelta. Sin embargo, necesitaba ver la tumba de su hijo. Hacía ya dos meses que había fallecido a causa de la misma enfermedad que él había sufrido y no podía dejar de sentirse culpable al no haber podido estar allí para despedirlo. Desde entonces, Carmen apenas había salido de casa. La pena la consumía por dentro, y se negaba a ver a la gente que se preocupaba por ella; ni siquiera contestaba a las cartas que le enviaba el ingeniero para intentar verse.

La tumba del pequeño Antonio se encontraba al final del último pasillo. Recorrió con lentitud los metros que lo separaban de él. Cuando por fin se encontró frente a la cruz de madera que sostenía el nombre de su hijo, se arrodilló para dejar las flores. Sin embargo, la pena que le embargaba el alma le impidió levantarse. No le importó que la hierba mojara su fino traje, tan solo necesitaba estar un rato a solas con su hijo, tal y como otras veces habían disfrutado en la fábrica.

—Hijo mío —susurró—, ojalá fuera yo quien estuviera ahí. No puedo soportar esta agonía que me consume por dentro desde hace tanto tiempo. Mi maldición ha caído sobre la persona más inocente. Tú no tenías culpa de nada. No debías ser tú quien cumpliera un castigo destinado a mi persona.

Apoyó la mano sobre la tierra que cubría el cuerpo de su hijo al mismo tiempo que una gota cayó sobre ella. Muchas otras la secundaron hasta que una fina lluvia comenzó a caer sobre el pueblo.

Graubner se llevó las manos a la cara, incapaz de mirar la tumba que había ante él. La culpabilidad lo carcomía por dentro. En silencio, miró al cielo intentando encontrar una respuesta a sus preguntas, pero las nubes lloraban, al igual que lo hacía él. Lloraba por todo lo que había perdido a lo largo de los años por culpa de su orgullo, de su ambición y del título que había heredado. Antepuso la riqueza material al amor que le había dedicado la mujer que, en ese momento, lo observaba de lejos. Un amor puro y sin fisuras que hubiera roto cualquier barrera que intentara separarlos. Sin embargo, el altanero Graubner de años atrás no podía pensar profundamente en ese amor, tan solo le preocupaba el título que podría perder si se casaba con una mujer de familia campesina. El Graubner de ahora, aún altanero, se arrepentía de todo lo que había hecho. No obstante, su orgullo le impedía sacar todo eso de él, contárselo a alguien para que intentara ayudarlo. Con el paso de los años, había perdido el cariño de mucha gente, incluso el respeto. Tanto mal había hecho que ya nadie podría ayudarlo. Estaba condenado a la soledad.

Las gotas de lluvia se unían a sus lágrimas y limpiaban su rostro, dejando ver las arrugas que lo cubrían.

—Yo te habría dado una vida mejor, hijo mío. Te habría colmado de caprichos y, sin embargo, los aparté de tu camino para que vivieras una vida que no te correspondía.

—¿Y el amor? —escuchó que le preguntaba Carmen—. ¿Eso lo habría tenido en su camino, o solo regalos?

Graubner la miró con el rostro contraído por el dolor.

—Si hubiera estado conmigo, no le habría faltado amor —se levantó con dificultad del suelo—. Al igual que a ti, Carmen.

—¿Y por qué no me lo diste cuando te lo pedí? Todo habría sido más fácil.

Graubner negó con la cabeza y su cabellera castaña salpicó agua hacia todas partes.

—La situación no era fácil —contestó.

—¿Y ahora sí lo es?

—Ahora todo es diferente.

Esta vez fue el turno de Carmen en negar.

—Todo sigue igual, Jorge —se acercó a él lentamente—. Tú sigues teniendo tu fábrica, tu capital, tu título... y yo... yo no tengo nada, Jorge. Somos nosotros los que hemos cambiado. El tiempo nos ha hecho madurar y ver las cosas de otra manera.

Levantó la mano y le acarició la cara con una sonrisa amarga.

—Tú no tenías estas arrugas cuando concebimos a Antonio, al igual que yo las mías. Ni tampoco las canas poblaban nuestro pelo. Nos estamos haciendo viejos, Jorge, y las heridas son tan profundas y tan viejas que tengo miedo de que vuelvan a abrirse.

El ingeniero intentó besarla, pero ella se apartó.

—Ya pasó el tiempo de besarnos a escondidas. Eso es cosa de jóvenes —desvió la mirada hacia la tumba de su hijo—. Lo que alguna vez tuvimos y nos unió murió con nuestro hijo.

—Aún nos quedan los recuerdos.

—Esos se olvidan —las lágrimas acudieron a sus ojos—, aunque creo que jamás podría hacerlo, porque supondría olvidar la memoria de mi hijo. Y eso nada ni nadie podrá arrebatármelo.

Graubner abrazó a Carmen con fuerza y lloró con ella la suerte de su hijo.

—Ojalá pudiera cambiar esos recuerdos para que fueran felices.

—Cada uno de nosotros ha sido feliz a su manera, Jorge —se separó de él y lo miró a los ojos—. Tú has seguido con tu fábrica y con tu título. Y yo he sido feliz al lado de mi hijo.

Dicho esto, se dio media vuelta y lo dejó, de nuevo, solo en el cementerio, calado hasta los huesos y con un incesante dolor en el pecho, ya no solo por las palabras que Carmen le había dedicado, sino por la huella que había dejado la enfermedad de las tercianas.

—Yo no he sido feliz —susurró.

Se quedó allí parado, dejando que las gotas de lluvia mojaran su ropa y su rostro, y limpiaran de él cualquier rastro de debilidad que hubiera tenido. No era

la misma persona que había llegado a Riópar años atrás. La valentía que tuvo de joven al internarse en aquella sierra, alejado de su familia y conocidos, se había esfumado y había dejado paso a la más profunda tiranía, al odio, al despotismo y, sobre todo, a la amargura que lo persiguió el resto de su vida...

Capítulo 21



Diciembre de 1800 (19 años después)

Con el paso de los años, la vida de Graubner no mejoró. Su relación con Carmen era tan solo de amistad, y apenas se veían como antes. Todo había cambiado desde la pérdida de su hijo. Eso aumentó la amargura del ingeniero, que acabó pagándolo con los trabajadores de la fábrica y con el ayuntamiento de Alcaraz. La relación que mantenía con estos se había encrudecido con el paso de los años. Tras la angustiada situación económica de 1782, que se comenzó a dar después del regreso de los trabajadores que habían padecido tercianas, se decidió que las fábricas dejaran de ser una empresa mixta y la convirtieron en estatal, algo que provocó más odio en Graubner. A partir de entonces, puesto que no se pagaba con regularidad los sueldos de los trabajadores, Graubner fue objeto de burla y acusaciones por parte de la Junta de no saber cómo dirigir la fábrica, de quedarse con parte del dinero que enviaban para los pagos, de incompetente... Toda esta situación llegó a tal extremo que el propio Graubner temió por su propia seguridad. No obstante, él siguió con su tarea de director de la fábrica, a pesar de que los problemas que tenía en la misma mermaban su salud poco a poco.

Con el paso de los años, el problema pulmonar que tenía desde que sufrió tercianas se fue agravando. Los dolores pectorales eran cada vez más frecuentes. Ligeros ataques de asma lo abordaban cuando menos lo esperaba. El silbido que escapaba de sus pulmones era más sibilante. Todos los inviernos, el ingeniero sufría catarros cada vez más graves que iban disminuyendo su salud, algo que a leguas podía notarse en el color de su rostro. Por todo eso, a mediados de diciembre de 1800 enfermó gravemente.

Ese día comenzó como cualquier otro. Graubner ya notaba en su cuerpo los estragos de su enfermedad. No obstante, decidió ir a la fábrica como cualquier otro día. Temía que le quitaran la dirección de la misma si dejaba de ir.

—Tienes mala cara, amigo —fue el saludo de Joseph cuando lo vio llegar.

Por él también habían pasado los años. Su pelo ya no era moreno, sino blanco y numerosas arrugas poblaban sus manos y su rostro, al igual que Graubner, aunque este no había perdido su belleza ni su atractivo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Joseph.

—Sí —contestó el ingeniero no muy convencido de sus palabras—. Esto no es nada, amigo.

Sin embargo, un ataque de tos rebatió lo que Graubner acababa de decir. Con dificultad, subió las escaleras al piso de arriba bajo la atenta mirada de su amigo, que negó con la cabeza preocupado por la salud de Graubner. Lo había visto envejecer con una amargura infinita en los ojos y sabía que jamás pudo recuperarse de lo ocurrido con Carmen, ni de la situación de la fábrica. Conocía a Graubner desde que eran jóvenes y sabía que no era capaz de digerir las continuas acusaciones que proferían hacia su persona, aunque siempre callase. Y también sabía que desde joven había estado acostumbrado a que todo lo que hacía fuera por un camino de rosas, sin embargo, los resultados de la fábrica no eran los que él esperaba cuando comenzó el proyecto, algo que también mermó su salud.

Ahora, a sus 64 años, Graubner comenzaba a apreciar una debilidad que jamás creyó que fuera a sentir. La vitalidad y la valentía que lo habían acompañado desde siempre, lo habían abandonado hacía tiempo y ya no tenía fuerzas para seguir adelante con la guerra que había comenzado años atrás para intentar quitarle la fábrica. Las cuentas y la dirección comenzaban a fatigarlo mientras su vida se iba consumiendo poco a poco. No obstante, la vanidad y el orgullo que tenía desde joven seguía ahí y no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente. Lucharía hasta el fin para seguir conservando la fábrica. No quería que sus enemigos se alegrasen de su retirada, pero la salud le impediría conseguir su objetivo.

—¿No sería mejor que te fueras a casa, Jorge? —Joseph le había seguido—. No estás en condiciones de trabajar.

—No voy a dejar que me la quiten, Joseph —dijo entre dientes.

—Les daré una excusa y no sospecharán que no has venido, amigo, pero esa tos tienes que cuidarla.

Graubner negó rotundamente.

—No estoy dispuesto a que caigan sobre mí más acusaciones, Joseph. Sabes que yo no me quedo con el dinero que envían para los trabajadores. Al contrario, pago de mi propio bolsillo lo que falta y, aún así, me acusan de malversación de fondos.

—No es justo, amigo. Lo sé, pero tampoco debes dejarte la piel en esto.

—Dejaré la vida si es necesario. Esto era mi sueño —dijo señalando lo que tenía alrededor.

Joseph analizó la frase.

—¿Y ya no lo es? —le preguntó.

Graubner suspiró derrotado.

—Hace tiempo que dejó de serlo. Cuando vine a este lugar, pensaba que levantaría una fábrica capaz de rivalizar con la de Goslar. Y lo único que he conseguido han sido problemas, tanto financieros como personales.

—¿Te refieres a Carmen?

—Sí. Ojalá nunca hubiera venido a este lugar. Estoy cansado, amigo.

Se dejó caer en la silla que durante tanto tiempo lo había acompañado y cerró los ojos.

—No puedo dejar de sentir odio hacia este lugar que me lo ha dado todo para después quitármelo.

Joseph lo escuchó en silencio.

—La fábrica está maldita, Joseph. Hace años hice algo imperdonable en este lugar y, desde entonces, me persigue esta maldición. Por eso, la fábrica jamás dejará de dar problemas.

Graubner y Joseph se miraron con una pena infinita. La amistad que los había unido desde jóvenes jamás había sido tocada por la maldición. De hecho, fue lo único que sobrevivió a ella, puesto que ni siquiera el propio ingeniero fue capaz de esquivarla con la muerte.

Las palabras sobraron en ese momento. Sin embargo, las que acababa de pronunciar Graubner fueron sus últimas palabras antes de caer enfermo en la cama. Al instante, un ataque de tos profundo resurgió de su pecho, dejándolo sin

apenas fuerzas para seguir hablando. Apenas podía llenar sus pulmones de aire, por lo que un intenso mareo le hizo caer de rodillas al suelo.

—¡Jorge! —escuchó que gritaba su amigo antes de salir a la puerta del despacho pidiendo ayuda.

Apenas era consciente de lo que ocurría a su alrededor. Pensaba que la muerte venía a llevárselo. Deseaba descansar por fin y no seguir sintiendo esa angustia y esa pena por sí mismo y por la vida que había llevado desde hacía años.

Notó que varias manos lo agarraban y lo llevaban en volandas fuera de su despacho. Aquella fue la última vez que vio su despacho antes de morir. Aquella era la última vez que haría el recorrido hacia a las escaleras o la última vez que podría oler el polvo que desprendían las máquinas. Esa era la última vez que podría ver con sus propios ojos la fábrica. Ya no volvería a recorrer sus pasillos, ya no volvería a enseñar a nadie sus conocimientos, ya no volvería a sufrir...

La muerte estaba próxima a él.

La inconsciencia pudo con él y apenas pudo vislumbrar la fábrica desde fuera cuando era llevado a toda prisa hacia su casa. Los mozos que lo portaban gritaban a su paso. Numerosos vecinos se sorprendían al ver al gran ingeniero Juan Jorge Graubner inconsciente en brazos de los trabajadores. Su tez grisácea les indicaba que estaba demasiado enfermo para sobrevivir al mal que lo aquejaba.

María lanzó un grito cuando abrió la puerta y vio al ingeniero en brazos de aquellos hombres. Inmediatamente, se apartó y los dejó pasar.

—Adelante, señores. Hay que llevarlo arriba.

Su voz indicaba que estaba a punto de echarse a llorar, pero debía ir a llamar al médico inmediatamente.

Una vez instalado el ingeniero en su cama y el médico frente a él logró recuperar algo de la consciencia perdida. Veía las siluetas de los allí presentes, pero no lograba descubrir quiénes eran. Podía escuchar sus voces, pero parecía que estaban demasiado lejos para descubrir lo que decían.

—Su estado es demasiado débil —dijo el médico tras examinarlo—. La enfermedad que tienen sus pulmones está avanzando.

—Pero ¿no se puede hacer nada? —preguntó María.

—Lo siento, pero no. Hay que esperar, pero en cualquier momento...

El médico miró a María con cara de circunstancias. No le gustaba dar ese tipo de noticias, pero formaban parte de su trabajo.

—Además, la fiebre agravará su estado —afirmó tras tocar su frente y verificar que comenzaba a subir la temperatura de su cuerpo.

Comprobó su pulso y negó gravemente.

—Lo siento, pero está muy débil.

María asintió. A pesar de su vejez, siempre pensó que se iría de este mundo antes que Graubner. Estaba muy orgullosa de haber estado a su servicio durante tanto tiempo, a pesar de lo orgulloso que era y de las que ella consideraba malas lenguas que decían que su amo era un tirano. A ella siempre la había tratado con respeto y sabía que, en el fondo de su corazón, la apreciaba como a una madre, ya que en España no tenía familia en la cual apoyarse en los momentos difíciles.

Miró al ingeniero después de despedir al médico. Le provocó una pena inmensa que su amo acabara su vida de esa manera: solo, tal y como había estado durante toda su vida. Le hubiera gustado verlo con una familia e hijos a su alrededor despidiéndolo y dándole todo su amor y apoyo. Sin embargo, si ella no hubiera estado con él, nadie se habría apiadado del ingeniero en aquellos momentos.

—¡Qué lástima que esté solo, señor Graubner!

Llorando, le tomó la mano y se sentó a su lado. La notó demasiado caliente y un ligero temblor comenzó a aparecer en ella.

Graubner recuperó poco a poco la consciencia. Parecía que la cabeza iba a estallarle en cualquier momento. Un intenso calor recorría su cuerpo a pesar de que violentos escalofríos lo sacudían de manera brusca. Notaba cómo una losa le aplastaba el pecho, impidiéndole respirar con normalidad y llenar sus pulmones de aire.

—María... —susurró con voz ronca cuando escuchó los lamentos de la anciana.

—¡Señor! —exclamó—. Gracias a Dios, señor. ¿Cómo se encuentra?

Graubner abrió los ojos con dificultad e intentó adaptarlos a la intensa luz que entraba por la ventana.

—Tengo calor —intentó quitar alguna de las mantas que lo cubrían.

—No —se lo impidió María—, no se lo quite.

Graubner la dejó hacer, ya que apenas tenía fuerzas para contradecirla.

—No puedo respirar —dijo.

María lo vio sufrir al intentar inhalar aire despacio y no poder conseguirlo.

—Tranquilícese, señor. El médico ha dicho que tiene que cuidar sus pulmones.

La anciana se negó a contarle la verdad a su amo. No podía decirle sin más que se estaba muriendo y que lo haría por falta de aire en sus pulmones.

Unos golpes en la puerta la distrajeron de sus pensamientos. Bajó con lentitud las escaleras, ya que no estaba tan ágil como años atrás. Abrió la puerta y allí se encontraba Joseph con el gesto contraído por la preocupación.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó mientras franqueaba la puerta.

—Está muy mal, señor —se secó las lágrimas con un pañuelo—. Él médico no me ha dado muchas esperanzas. Puede dejar de respirar en cualquier momento.

—¿No hay nada que se pueda hacer por él? Podríamos traer a un médico de la capital.

—Diría lo mismo —se negó la anciana—. Además, no sabemos si llegaría a tiempo para dar un diagnóstico.

Joseph se llevó las manos a la cabeza. No pensaba que la situación de su amigo era tan grave. Desde las tercianas que padeció, siempre había enfermado en invierno de manera relativamente grave. Y ahora pensaba que se trataba de lo mismo. Toda la vida juntos, y ahora estaba a punto de perder a su mejor amigo, a la persona que tanto le había enseñado durante muchos años. Se lamentó de la suerte del ingeniero junto a María. Ambos lo habían visto envejecer y sufrir, a medida que pasaban los años, por culpa de un amor que pudo ser y no fue, además de los incontables problemas económicos de la fábrica.

Se despidió de María para marchar a la fábrica e intentar poner orden al revuelo que había surgido tras el desmayo de Graubner. Cuando salió de la casa, vio que en la casa de enfrente se encontraba Carmen intentando ver lo que ocurría con el ingeniero. Vio su rostro angustiado y apenado y sintió compasión

por ella. No querría ser él quien le diera la noticia de lo que ocurría con su amigo, pero sabía que nadie lo haría.

Miró a los lados de la calle y no vio a nadie, por lo que se acercó con rapidez a su casa.

—Hola, señor —saludó con timidez—. Yo... he oído que se ha desmayado.

Joseph respiró hondo para calmar el dolor que sentía en su interior.

—Sí, el problema pulmonar que sufre desde que padeció tercianas lo está venciendo.

Carmen lo miró sin entender.

—¿Qué quiere decir? —un miedo atroz la carcomía a medida que pasaban los segundos.

—Que se está muriendo, señora.

Un silencio sepulcral siguió a esas palabras. Carmen se quedó mirándolo como si no hubiera entendido lo que acababa de decirle. Sus ojos comenzaron a tener un brillo cada vez más intenso. Temblando, miró hacia la ventana de la habitación de Graubner, el gran amor de su vida; el hombre al que continuaba amando a pesar de los muchos años que habían pasado.

—Gracias por su información —dijo en un murmullo apenas inteligible al tiempo que entraba en su casa como un alma en pena.

Joseph asintió en silencio y se marchó a la fábrica con paso lento, pero firme. Millones de preguntas pasaban por su cabeza en ese momento, aunque no encontraba respuesta para ninguna de ellas.

Capítulo 22



14 de enero de 1801

Pasadas varias semanas, tras el año nuevo, la salud de Juan Jorge Graubner no había mejorado. Al contrario, había empeorado considerablemente. Apenas era consciente del paso de los días. Tan solo abría los ojos unos minutos y apenas era capaz de ver nada, puesto que tenía la vista nublada por la fiebre y la falta de aire.

María ya no sabía qué hacer para calmar el nerviosismo que sufría su amo cuando abría los ojos y no era consciente de la falta de aire en sus pulmones.

—Dios mío, si has de llevártelo, que no sufra —suplicaba llorando todos los días en la pequeña capilla que había al otro lado de la casa.

El médico de las fábricas ya no sabía qué hacer. Todos los días le inyectaba calmantes para que no sufriera, pero parecía que su cuerpo los rechazaba y le instaba a despertar antes de tiempo.

La fiebre apenas había bajado después de tanto tiempo y todos los días farfullaba palabras que apenas tenían sentido para María, que las escuchaba en silencio sin saber qué decir, aunque algunas veces le contestaba algo hasta que se calmaba y volvía a dormirse.

—¡Carmen! —gritó varias veces mientras se removía intentando respirar.

—Tranquilo —le cogió la mano que se convulsionaba.

—Te amo, Carmen —susurró dolido.

María se quedó sin palabras cuando escuchó lo que acababa de decir su amo. Jamás pensó que se había enamorado. Ella creía que estaba solo porque no había encontrado a la mujer perfecta para acompañarlo el resto de su vida o porque se había centrado tanto en su empresa que no había tenido tiempo para disfrutar de la buena compañía de una mujer.

Sintió una pena inmensa por él. No sabía si esa tal Carmen era del pueblo o de algún lugar que hubiera visitado Graubner. Lo único que tenía claro era que el ingeniero había sufrido durante toda su vida por culpa de aquella mujer. Cómo le hubiera gustado que se casaran y hubieran llenado la casa de niños. Todo habría sido más fácil para todos, sobre todo el ingeniero, cuyo carácter hubiera sido más amable y respetuoso de lo que había sido para la gente. Así, el recuerdo que dejaría en la mente de los trabajadores de la fábrica sería el de una persona cercana a la que poder contar cualquier problema o con la que poder contar para algo más que para el trabajo. Habría sido uno más del pueblo, y no el extranjero que llegó a Riópar a cambiar la vida de sus habitantes.

—Carmen, por favor, no me dejes —susurró.

A María se le cayó el alma al suelo. Le hubiera gustado saber quién era esa tal Carmen para hacerle llegar un telegrama y así poder despedirse de Graubner. Sin embargo, prefirió hacerse pasar por ella para calmarlo.

—No me voy a ir de su lado —le contestó.

Graubner, semiinconsciente, levantó la mano y tanteó en el aire en busca de la mano de su amada.

—¡Carmen! —la agitación que sintió al escuchar la voz de la que creía ser su amada le provocó un ataque de asma.

—Tranquílcese —le acarició la cabeza como si se tratase de un niño—. No me voy a ir de su lado.

—¡Carmen, te amo! —vociferó—. ¡Siempre te he amado!

A cada minuto que pasaba y a cada palabra que pronunciaba su respiración se fue haciendo más y más costosa.

—No me olvides, mi amor —susurró mientras una lágrima se escapó de sus ojos.

Tras un último intento fallido por respirar, Juan Jorge Graubner exhaló su último aliento volviendo a pronunciar el nombre de Carmen, el único y gran amor de su vida.

—¿Señor? —se asustó María intentando comprobar si respiraba.

La zozobra y el desconsuelo se abrían paso en su interior a medida que comenzó a ser consciente de que Graubner había muerto. Con un grito, salió

disparada de la habitación y corrió todo lo que pudo a avisar al médico para que fuera a inspeccionarlo.

En aquella habitación de esa enorme casa se quedó solo el cuerpo muerto de Graubner. Tan solo como había estado toda su vida. Su pecho hundido indicaba, claramente, que aquel cuerpo ya no guardaba ni un resquicio de vida. Su tez había cogido un ligero tono color morado debido a la falta de aire, aunque ya comenzaba a cambiar a un color ceniza, propio de los muertos.

El gesto con el que había acabado su vida era el mismo con el que había vivido, dolor y amargura. Ni siquiera había podido morir en paz, descansar tras una larga enfermedad. No. Su rostro reflejaba su propio dolor y el causado por él mismo a incontables personas.

La maldición que lo acompañó desde que pisó el pueblo de Riópar se llevaría su alma a la más profunda negrura. Aquella que él mismo había provocado con la muerte de Mateo.

Unos pasos acelerados se acercaron a su habitación y, al instante, se presentaron en la misma el médico de las reales fábricas y Joseph, que apenas podía creer lo que María había dicho cuando llegó sin aliento a la fábrica.

—Amigo mío —susurró Joseph, que apenas podía contener la emoción de ver allí muerto a su gran amigo.

Se quedó a un lado del cuerpo, mirándolo, intentando no entrometerse en las labores del médico, que inspeccionaba el cuerpo sin vida del ingeniero con sumo cuidado.

Unos pasos lentos se acercaron a la habitación. Se trataba de María, que apenas podía contener el llanto delante de aquellos hombres.

—Señor —dijo dirigiéndose a Joseph—, hay que avisar al cura para que vaya preparando la misa.

—No se preocupe, señora —contestó cogiéndole las manos—. Me ocuparé de avisar al cura y al mejor carpintero de la zona para que prepare un ataúd acorde con sus estatus.

—Gracias —dijo intentando sonreír.

Dicho eso, Joseph echó un último vistazo a la figura de su amigo y salió sin mirar atrás. Estaba dispuesto a buscar el mejor ataúd de la comarca para su

amigo. Él se lo merecía.

—Ha sufrido, doctor —dijo María cuando se quedaron solos—. No podía respirar.

—Sus pulmones estaban demasiado dañados desde que sufrió tercianas. Tarde o temprano terminaría así.

—Me gustaría que me hiciera un favor, doctor —comenzó María—. Yo apenas puedo caminar demasiado y me gustaría que fuera usted el encargado de dar la noticia en el pueblo. No quisiera que en el funeral hubiera poca gente. Este hombre se merece una despedida como Dios manda, con todo el pueblo apoyándolo.

El médico asintió seriamente. A él también le dolía la pérdida de aquel hombre que tanto había dado por el pueblo, aunque muchos se fueran a alegrar con su muerte.

—No se preocupe, María, lo haré.

Una hora después, las campanas de la iglesia tocaban tristemente la pérdida de Juan Jorge Graubner. Los vecinos del pueblo salieron a la calle sorprendidos por la noticia de la muerte del ingeniero. Se formaron corrillos de gente en los que se preguntaban cómo había podido pasar.

Sin embargo, solo una vecina del pueblo se quedó en casa, mirando desde allí la ventana donde se encontraba el cuerpo de su amado. Las lágrimas corrían por su rostro sin poder parar. La embargaba una congoja superior a la que sintió cuando su padre, José, falleció.

A pesar de que habían pasado los años y Carmen y Graubner ya no tenían la misma relación que antes, ella supo que él siempre estaría ahí para lo que quisiera. Y el hecho de saber eso, la reconfortaba porque así no se sentía sola en el mundo. Con la muerte de Graubner, ya nada tendría sentido para ella. Esperaría la muerte sola. Sentada en aquel sillón viejo de su padre sin más diversión que el crepitar de la chimenea. Recordó con amor lo vivido con su amada cuando eran jóvenes: las continuas quedadas en el granero de la fábrica, la primera vez que hicieron el amor en el despacho de Graubner, el momento en el que todo se derrumbó para ellos... En poco tiempo vivieron demasiadas cosas, tan intensas que era imposible describirlas con palabras. Cualquiera que hubiera tenido la suerte de amar con la locura y el fervor con el que ellos lo hicieron, la entendería en aquel momento.

El sonido de las campanas la trajo de nuevo a la realidad. El pasado era eso: pasado. Y el presente se presentaba de la peor manera posible: con la muerte de su amado Jorge, aquel vienés que llegó a Riópar para poner su vida patas arriba. Aún lo recordaba en la fuente del arco del antiguo pueblo, con su inseparable traje negro y abrigo del mismo color. Jamás olvidaría su porte noble, su rostro pálido y hermoso, sus finas manos que eran capaces de crear obras tan hermosas como las que salían de la fábrica... Para ella, Graubner era el reflejo de un príncipe. Alguien de la realeza que, sin saber por qué, fijó sus ojos en ella, una campesina que apenas tenían para comer.

Sin lugar a dudas, su historia de amor fue una de las más bellas, aunque también dolorosa, que podía haber existido. El amor que tenían el uno por el otro no se podía medir, tan solo podía sentirse, y era tal que cualquiera habría tenido envidia de ellos. Cualquiera habría querido sentir una mínima parte de lo que ellos sintieron mutuamente. Aunque, en su caso, tanto era el amor que se profesaban que se volvió contra ellos. Ya daba igual el motivo, solo importaba el dolor que había ido aumentando con el paso de los años. Un dolor que podría haber sido amor si no hubiera sido por el orgullo que vive en los corazones de la gente. Un orgullo capaz de matar un amor que hubiera podido mover montañas y cambiar la historia de las clases sociales. Ojalá se hubiera dado cuenta de ello Juan Jorge Graubner. Ojalá no hubiera antepuesto su título, su fábrica y su orgullo delante de ese amor, ya que la historia de ambos hubiera sido completamente diferente. Esta habría sido la historia de un amor incondicional.

—Jamás voy a olvidarte —dijo Carmen mirando hacia la ventana donde se encontraba Graubner—. Te amo, Jorge. Ve en paz.

Pocas fueron las personas que velaron el cuerpo del difunto aquella noche, aunque al pueblo habían acudido personas muy ilustres para despedir con honores a uno de los mejores ingenieros de su tiempo y amigo personal de la realeza.

—Ojalá viera lo que la gente lo quería —se lamentó María.

—Tenía muchos amigos en la Corte, al igual que detractores. Me alegra saber que no estará sola en un día como hoy —dijo Joseph.

Después de decir eso, varias personas llegaron portando un ataúd de madera de nogal, en el cual no habían escatimado en gastos. Se trataba de un féretro muy lujoso, cuya madera estaba labrada y en la que podían verse infinidad de imágenes religiosas. En la tapa, una cruz de bronce, realizada en su propia

fábrica, consagraba aquel pequeño habitáculo.

Varias fueron las personas que ayudaron a Joseph a meter el cuerpo del ingeniero en el ataúd. Una vez allí, María le echó un último vistazo a aquel hombre al que había considerado como a su propio hijo. Depositó un beso en su frente y, después, los hombres sellaron para siempre aquel féretro.

Con un cuidado infinito, salieron de la casa. Todos los vecinos del pueblo se habían acercado a aquel lugar para despedirlo. Algunas mujeres lloraban presas del temor por lo que ocurriría después en la fábrica. Había hombres que realmente estaban apenados por su muerte. Sin embargo, otros, los que más lo odiaban, veían pasar el féretro con una ligera sonrisa en los labios y una sensación de libertad que hacía tiempo que no tenían.

No obstante, había una persona que más lloraba la muerte de Graubner. Esta se encontraba en la puerta de su casa, intentando esconderse para que la gente no la viera llorar. Carmen veía pasar el féretro con el corazón encogido. Le hubiera gustado estar allí con él, cerca de su cuerpo, y tocarlo por última vez, aunque la gente del pueblo comentara lo que hacía. No le habría importado en lo más mínimo. De hecho, habría gritado que lo amaba con locura y que era el único hombre al que había amado.

La comitiva fúnebre pasó con demasiada rapidez para su gusto. Y, a pesar de que todos los vecinos se dispersaron, ella siguió en la puerta de su casa hasta que el féretro salió de su campo de visión. En ese momento, sintió que el alma se le rompía en mil pedazos. Entonces fue consciente de lo sola que se había quedado, que ni siquiera su cuerpo se quedaría a su lado. La única razón por la que había seguido viviendo acababa de pasar muerto ante sus ojos...

Epílogo



El cuerpo de Juan Jorge Graubner fue enterrado en la Parroquia de San Ignacio Mártir de Alcaraz, y con él fue sepultado su gran secreto. A pesar de que habían pasado los años, nadie supo jamás que fue él quien había provocado el accidente de la fábrica en la que murió Mateo y otro joven trabajador. Toda su vida soportó sobre sus hombros el peso de la muerte de dos personas, además del daño provocado a otras, como a Carmen.

Esa acción le llevó a la más profunda oscuridad y amargura en la que vivió durante muchos años y que, sin saberlo, lo condenaría después de la muerte. Ni siquiera entonces podría escapar de aquella maldición que lo persiguió durante gran parte de su vida, concretamente desde que llegó a Riópar. Resulta increíble ver cómo una persona que lo tenía todo para poder comerse el mundo, cayó tan bajo lentamente hasta casi perder su capital en ello. Puede que su orgullo y tiranía contribuyeran a ello, sin embargo, algo más pudo hacer que en su camino aparecieran tantas y tantas piedras. Hay quien llama a eso envidia por haber conseguido del rey lo que otros no pudieron hacer o porque un extranjero llegara a este país para llevar a cabo una empresa casi única en el mundo.

No obstante, la superstición en la que se creía en aquellos tiempos le llevó a creer que se trataba de algún tipo de maldición caída sobre su persona, por lo que aquello que tocara se convertiría en dolor y amargura.

Pasó su vida encadenado a ese orgullo que le llevó a la destrucción de sí mismo y de sus sueños. Sin embargo, su tesón lo llevó más lejos de lo que podría haber pensado en un momento. A pesar de todo lo acontecido en su vida, se podría decir que fue un hombre con suerte. Muy pocas personas conocen el amor verdadero y menos aún pueden disfrutarlo como él hizo. Si no se recreó más en él fue por propia decisión. No obstante, ni siquiera la muerte podría romper un lazo como el que se creó entre Graubner y Carmen, ya que era demasiado fuerte para cortarlo. Ni tampoco el olvido podría romperlo, puesto que ha quedado plasmado en palabras. Nada podrá hacer que olvidemos a los amantes que hace

casi 250 años fundieron sus cuerpos. Nadie olvidará su historia después de leerla...